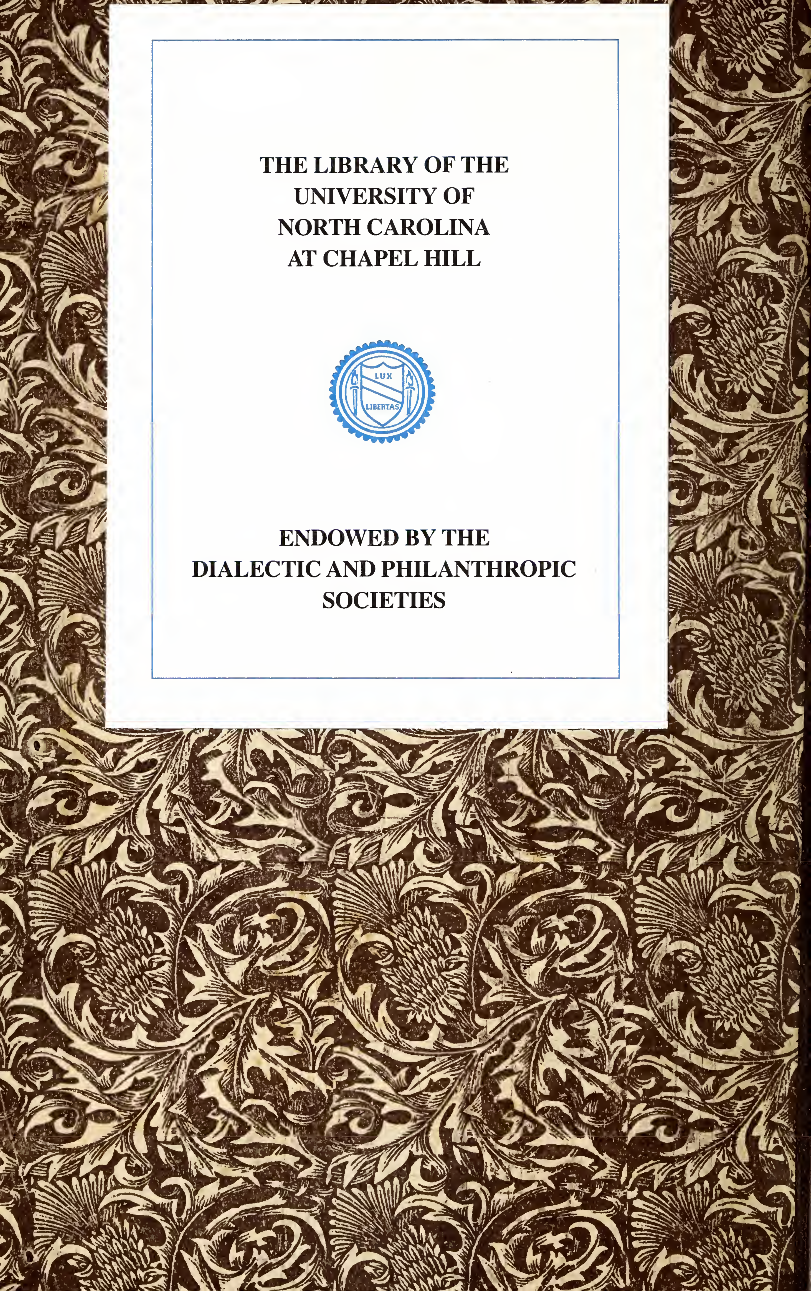






Rufino Blanco-Fombona

El hombre de hierro

(NOVELIN)



F. Sempere y Compañía, Editores
Calle del Palomar, núm. 10
VALENCIA



Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—Valencia

CARTA-PRÓLOGO

París 23 de Enero de 1907.

Sr. D. Rufino Blanco-Fombona.

Caracas.

MI QUERIDO Y MUY EMINENTE COLEGA: *Acabo de leer vuestro* HOMBRE DE HIERRO. *Es un libro muy fuerte; el más fuerte que habéis producido hasta hoy. Creo que él da definitivameute vuestra medida. Sois un poderoso relator y un escultor de figuras humanas. Os mostráis frío, duro, sardónico, superior infinitamente á los fantoches que movéis, y exponiendo vuestra fábula hacéis obra de juez.*

Los hombres y las escenas de Venezuela son vistos con ojos balzaquianos. ¡Qué tipos vuestro Brummel, especie de monsieur Alphonse americano; vuestro Joaquín Luz, vuestro Crispín, cuya muerte es una de las más bellas escenas del libro! ¿Y la revolución —ó guerra civil—y las perspectivas que se abren sobre la política y la vida social, sobre los arribistas y los intrigantes de Venezuela?

Estoy curioso de saber cómo es acogido por allá vuestro libro.

Me siento particularmente contento de leer vuestra última obra, porque ella me trae también, aunque indirectamente, noticias vuestras. Veo que os alejasteis de Europa, que habéis retornado á vuestro país. ¿Estáis contento por allá? ¿No sentís un poco la nostalgia del viejo continente, de París? Acaso encontréis un momento para decírmelo.

Entretanto, recibid mis felicitaciones por este nuevo y feliz esfuerzo y todos mis anhelos por vuestro triunfo.

Vuestro cordialmente,

MAX NORDAU.

LIMINAR

Una vez, hace muchos años, oí decir en grupo á Manuel Vicente Romero García:

—Carnevali Monreal es el primer escritor vivo de Venezuela.

Es verdad que aun no había aparecido Díaz Rodríguez y que César Zumeta andaba lejos, casi en olvido. Pero de todas suertes, impresionó mis oídos adolescentes aquel nombre extranjero y sonoro que oía por primera vez, y ese juicio tan lisonjero en boca de un hombrecito extraordinario y cascarrabias como el novelador de *Peonía.* Andando el tiempo conocí al caballero de nombre extranjero y sonoro: vi aquel semblante pálido, aquellos cabellos castaños, ya gríseos, aquel rostro prematuramente marchito, y comprendí cuánto valía el pensador adusto, buen enemigo y buen amigo, que ocultaba tras un exterior frío, indiferente, á un poderoso dialéctico, á un orador convincente, á un combatidor lleno de fuego, personaje de consejo que tiene toda la sagacidad florentina de su casi compatriota Maquiavelo, hombre público intelectual, tipo representativo de la Venezuela nueva.

Fuí amigo suyo y le debo gratitud. En días aciagos para mí, preso en garras de la barbarie, caído en un

antro de trogloditas, calumniado, vilipendiado, Carnevali Monreal fué de los pocos que clamaron justicia, coadyuvó á separar con sus manos las espinas y las basuras que velaban la entrada al antro, y allí pudo, á la postre, descender la verdad.

En esos días tremendos fué escrita, á trompicones, esta novela, que debe resentirse de su origen. ¿Qué mucho, pues, que dedique al hombre que endulzó mi amargura este libro que sale de las angustias de la prisión? En la persona de Carnevali Monreal lo dedico también á cuantos fueron mis amigos en aquella emergencia.

De la novela, ¿qué decir? «La verdad es la senda», enseña Tolstoi. Las mujeres de este libro no son *todas* las mujeres de Caracas, ni siquiera la mayoría. Son esas no más. Y respecto al héroe de este efímero novelín, baste con cerciorarse de que su novela fué su vida. Por lo demás, no deseo que se confundan mis ideas ni mis opiniones políticas con las que expresan los personajes en acción. Del presidente Castro he sido y soy admirador y amigo. Creo firmemente que si el general Castro, hoy enfermo, llegara á faltarnos antes de cumplir su período constitucional, Venezuela se daría cuenta cabal—y sólo entonces—de quién es y cuánto representa ese hombre famoso...

R. B.-F.

EL HOMBRE DE HIERRO

LIBRO PRIMERO

I

María, la viuda, cayó en la cama como una piedra. Trasnochos, inquietudes de la semana, emociones del entierro aquel día, y hasta la crisis de lágrimas por que pasó cuando, ya extinguidas las luces, oyó traquear el portón para cerrarse definitivamente, haciéndole comprender absoluta la ausencia del esposo, todo había contribuido á postrarla, al punto de que apenas reclinó la cabeza en las almohadas quedóse dormida.

Su prima Rosalía se acostó en la misma habitación—que no era dormitorio, sino un saloncito de recibo—sobre un colchón tendido para el caso en la alfombra, cerca del catre provisional de la viuda.

Los postigos, sobre el patio, estaban abiertos para dar paso al aire de la noche y disipar olores de botica en la habitación.

Sería la alta noche, ó según reza el viejo romance hispano,

media noche era por filo,
los gallos quieren cantar,

cuando oyóse un tartamudeo como de quejumbre, suave lamentación que no prorrumpe en querella franca, y que partía de otro cuarto, sito en el ala derecha de la casa, separado del que ocupaban las dos mujeres por el jardín del patio.

—¿Qué es?—preguntó la viuda, sobresaltándose al despertar.

—Nada—repuso Rosalía—; debe de ser alguno con pesadilla ó con dolor de estómago.

Pero el suave lamento cambióse de súbito en grito que espantó á ambas mujeres.

Se levantaron, encendieron la palmatoria, y á medio pergeñar se aventuraron á salir.

En toda la casa flotaba un insoportable olor de creolina y de éter. A la rosada luz de la pantalla, desgreñadas, vestidas á trompicones, muertas de miedo, las dos mujeres se enderezaron á la pieza de donde surgía el clamor, rompiendo, al paso, la fúnebre hilera de sillas negras que les estorbaba el avanzar en el corredor. Adolfo Pascuas, el marido de Rosalía, también se levantó á curiosear ó á inquirir la causa del grito, y los tres, ambas mujeres y Adolfo, tocaban á la misma puerta. Nadie respondía, pero oyóse adentro, leve, constante y entrecortado, el gemir de un hombre. Las mujeres temblaban, pavoridas. La llave, echada por dentro, no permitía entrar. Rosalía tuvo una idea. El postigo de la ventana, entrejunto, daba acceso á un brazo. Insinuó á su marido que introdujese la mano por el postigo, descorriera el picaporte de la ventana y abriese las maderas, á fin de mirar qué ocurría.

Cuando la ventana quedó abierta de par en

par, Adolfo Pascuas y las dos mujeres vieron una cosa ridícula.

Ramón, hermano de Crispín Luz, el muerto, yacía sobre la cama, envuelto en una sábana hasta los ojos, y tembloroso como un gusano. A las voces de la familia consintió en descubrir la cara, y surgió de entre la blancura del lecho una cara lívida, medúsea, en greñas, la barba hirsuta, los ojos pavoridos: la cara del espanto. En el suelo, una lamparilla, que había quedado con luz toda la noche, iluminaba el aposento.

—¿Pero qué es, Ramón?—preguntó Adolfo Pascuas.

—Aquí, aquí. Lo he visto. Me ha agarrado las piernas.

—Pero ¿quién?

—El, Crispín. Se me ha aparecido. Se sentó aquí, en mi cama. Me tiró de las piernas.

Las mujeres tuvieron un instante de pánico. Por sus espaldas corrió un temblor de calofrío. Pero la luz, la presencia de Adolfo, y sobre todo el ridículo de Ramón, las hicieron volver en sí. Rosalía no pudo contenerse y rompió á reir. Apretándose contra María, le dijo:

—Parece una visión... ¡uf!

A la postre se fueron, dejando á Ramón en el dormitorio, solo con su miedo.

—Yo lo creía menos cobarde, menos ridículo —empezó á considerar Rosalía—. ¡Y es éste el que amenaza con tragarse frito al Gobierno! ¡Y es éste el terrible hombre de negocios! Pues mira, en el fondo es lo mismo que el otro: un pazguato.

—Por Dios, Rosalía, cállate—expresó la viuda casi desazonada, comprendiendo la alusión á su difunto esposo.

—Tu caso es raro, chica. Un caso de amor póstumo... ¡Caramba!

Y se echó á reir con risa de chicuela.

Su risa disonaba á media noche, en aquella casa en duelo, donde flotaba aún el postrer aliento de un hombre, debajo de aquellas girándulas con cintas negras, indicio de luto, y que mariposeaban en el aire como libélulas de dolor.

Pero Rosalía bien podía permitirse tal inconveniencia. No tolerada únicamente, sino celebrada en la más mínima de sus acciones por su esposo; niña mimada, niña terrible de su madre y de su hogar, era una de esas personas á las que se conviene permitirlo todo, y de cuyas extravagancias se dice en son de disculpa, y como pase de aceptación: «Cosas de Fulana.»

Era una mujer alta, elegante, sensual, tanto de temperamento como de imaginación, sentimiento y gustos de artista que le hacían introducir, sin que se rindiera cuenta, la mayor cantidad de locura bohemia posible dentro de su vida burguesa, la mayor cantidad de locura compatible con su sexo y su medio. Tenía los redondos brazos velludos, las piernas, las caderas y la garganta de buen torno. La hermosura morena de Rosalía, más bien que hermosura era gracia; y esa gracia residía sobre todo en la cabeza, puesta sobre los hombros con la gentileza de una flor en su tallo, y que ella inclinaba en típico gesto hacia la izquierda, guiñando sus ojos negros y haciendo un mohín con la picaruela boca, de labios gordos y frescos.

Una vez se le preguntó por qué inclinaba la cabeza á la izquierda, y repuso:

—Es para oir lo que dice mi corazón.

Su corazón, en efecto, debía de decirle muchas y varias cosas, porque á los diez y ocho años ya

contaba á puñados los novios y era maestra en amores. En su torno revoloteaban los Deseos como las palomas lascivas en derredor de Venus. Besos los dió á millares; pero cuando más se encalabrinaban los novios, aspirando á mayor ventura, Rosalía, con frialdad y firmeza increíbles en una locuela, epicúrea hasta la médula de los huesos, los ponía á raya y en el colmo de la desilusión:

—Todo, menos eso.

Y no había que insistir. Era mordaz, irónica, y su despreocupación llegaba hasta burlarse de sus propias imperfecciones.

—A mi nariz—decía—no le falta sino ser más recta y más fina para parecerse á la nariz de una estatua griega.

Cantaba, tocaba el piano y la vihuela con primor, y su cháchara, su movilidad de cuerpo y de espíritu y su alegría inmarcesible contribuyeron siempre á rodearla de amigas, de rivales y de admiradores, y á que el perdón social cayera benevolente y paternal sobre sus locuras.

Su madre, viuda de un abogado de oratoria elegante y florida, verdadero artista del verbo, que hizo fortuna con su profesión, tan regocijada de espíritu como su hija y muy de manga ancha, la adoraba, lo mismo que sus hermanos Mario, poco mayor que Rosalía, y tres mucho más pequeños, internos en un colegio en la vecina Antilla de Trinidad.

La madre, doña Josefa de Linares, pequeñuela y regordeta—siete arrobas de carne grasa—desaforada lectora de novelas, tenía en la memoria una biblioteca de novelistas y á todo el mundo le encontraba parecido con las heroínas y los héroes de sus lecturas. Para doña Josefa, una mujer desenvuelta era una *Naná;* un avaro, *Mirouet;* un buen

obispo, *Monseñor Bienvenido,* el de Hugo. En su mundo real, como en su mundo de imaginación, existían *Clarisa Harlowe, Ana Karenine, Goriot, Jorge Aurispa, Doña Perfecta* y *Pepita Jiménez.*

María, hija de un hermano de doña Josefa, huérfana de padre y madre desde temprana infancia, fué criada por su tía bajo el mismo pie que la hija propia y con el mismo calor y regalo maternales. Era mayor de un año que Rosalía.

Algo más corta de estatura que su prima hermana, el castaño cabello rico, frondoso, blanca, de una blancura anémica, las manos finas y descarnadas, el rostro oval, María no radiaba juventud y contento como la otra muchacha. En su juventud algo se marchitaba, y los pliegues de su boca y sus pardos ojos, cuyas ojeras florecían á menudo con moradas violetas, solían darle un aspecto de pena ó de melancolía. A veces era más ruidosa y chacharera que su prima, á veces caía en silencios inrompibles, encerrándose en su cuarto para llorar á solas falsas penas, pesadumbres que no existían sino en su imaginación.

Se desinteresaba, cuando á bien lo tenía, por las cosas de mayor interés para sí, aceptándolas ó rechazándolas con un mohín de cansancio, mientras que se apasionaba, según el capricho del día por las mayores futilezas. Entre los hombres, que ella veía sin el fuego de su prima, no gozaba tanto partido como ésta. Cuando Rosalía contaba los amores á puñados, ella no pudiera anotar en su haber sino algún noviazgo fugaz, aceptado más bien por vanidad que por sentimiento. Enemiga de la movilidad de ardilla, peculiar á la prima hermana, María, cuando no era arrastrada al remolque por su compañera ó por doña Josefa, se pasaba días enteros tendida en la *chaise longue,* hojeando alguna

sentimental novela ó espiando el vuelo de las moscas, ó bien en asiento más propicio al trabajo, empeñándose en cualquier inútil labor de bordado ó costura, cien veces interrumpida, no terminada nunca.

Cavilaba, á las veces, sobre su papel *secundario* en el hogar, que ella en mientes atribuía, si bien con notoria injusticia, á su condición de intrusa y de hija de pega. Acaso contribuía esa preocupación á dar aquel tinte de languidez á sus ojos y á poner en su boca un pliegue de la melancolía, contraste con los risueños y alborotados abriles de su prima hermana. Se querían, sin embargo, sinceramente, sin que esto fuera óbice para que en riñas tildase á su prima de loca, de atrabiliaria, de inquieta.

—Esta lunática es mi luna—exclamaba por su parte Rosalía, cuando de chica, y aun ya mujer, se enfadaba con su compañera.

Cuando llegarón al saloncito en desorden donde ambas dormían esa noche, Rosalía se burlaba aún del miedo de Ramón y del extemporáneo amor póstumo de su prima.

—Por Dios, Rosalía; no me hables ni me hagas hablar ahora del pobre Crispín.

—¿Le tienes miedo á los muertos, como les tiene Ramón?

—No; no es eso.

—¡Ah! ¿Entonces ya no te inspira horror tu marido?

María no respondió, si no que continuaba desvistiéndose.

Rosalía, con buen humor intempestivo, le preguntó:

—Dime una cosa: ¿qué te produciría más espanto, que tu marido se te apareciera muerto ó verlo resucitar?

Y como no obtuvo por respuesta más que un «¡Jesús! no seas impertinente», introdujo Rosalía, ya en camisa, las desnudas piernas morenas entre las frazadas, se acurrucó en su colchón y se arrebujó, mientras la otra mujer, de un soplo, mataba la luz

II

María no pudo volver á conciliar el sueño. Las impertinencias de su prima la hicieron pensar en su matrimonio, en su viudez, en su porvenir. Después de aquella obscura noche de sus primeras nupcias, la vida y la libertad se extendían de nuevo á sus ojos con llanuras pradiales. Viuda en la flor de la vida, sin reatos, con experiencia, se volvería á casar, ¡cómo no! No erraría el camino. Ahora iba á acertar en la elección de esposo, adiestrada ya por el sufrimiento. No daría su mano al primero, y no escucharía más sugestiones que las de su corazón y de su interés. Quería ser feliz, y casarse con un hombre á quien amase, como hizo Rosalía, tan regocijada, tan libre, tan sin nubes en el horizonte. ¡Qué diferencia con aquel matrimonio suyo! ¡Qué diferencia de hombres! Adolfo, suave, galante, tolerante, muy lechuguino, permitiéndolo todo á su mujer; Crispín, enteco, desmañado, lleno de nimias preocupaciones, celoso, insulso, un pobre diablo. ¡Qué diferencia de hombres! Y el hombre es quien imprime sello al hogar. Además, sin amor no es asequible la felicidad. Equivale á fabricar sin cimientos. ¡Lo que es la vida! Rosalía y ella, crecidas juntas, en soltería la más dulce, risueña y sin trabas... Luego, ¡qué pesadilla! Era como un camino que se bifurcaba. La una seguía éste; la otra aquel rumbo. Adiós, hasta la vista. Para

Rosalía la ruta electa fué toda cantos de pájaros, fontanas que borbotan entre la mullida grama, compañeras de travesía, la canción en los labios, el quiquiriquí de las alquerías al amanecer, las estrellas de oro y el rasgueo de las guitarras en las claras noches azules, y con el alba el sol, el radiante sol empurpurando las uvas en los viñedos y los racimos de cambures en los rumorosos bananales. Ella, ¡cuán distinto! Su camino, un sendero rocalloso, difícil de acceso, entre el talud y el voladero, con ramas erizadas de púas que se extendían en las sombras cual manos de malhechores y arañaban su rostro y desgarraban sus ropas y sus carnes, sin un pozo cristalino donde mitigar la sed del ajetreo, sin rancho donde guarecerse, sin luciérnagas que alumbrasen la sombra nocturna, sin más compañía que la soledad y el hastío, los lagartos calentándose un instante á la intemperie del sol y los áspides dardeando la bilingüe temerosa entre las grietas verdinegras del berrocal.

¡Ah, no! Estaba dispuesta á no errar otra vez el rumbo. Por su imaginación fueron pasando aquellas de sus relaciones masculinas, probables candidaturas al tálamo. Ninguno le pareció apto para su marido. La infelicidad la había hecho desconfiada, recelosa. La figura de su amante—del que fué su amante—pasó también en la cáfila de su evocación. Ante aquella imagen tembló. Lo había amado y lo amaba aún, á pesar de que la suplició, á otro respecto, casi tanto como su esposo. Y en su pensamiento hizo un distingo. Para amante sí, todavía acaso. Para marido nunca. Era indiferente, canalla, cruel, lleno de egoísmo, y enamorado profesional. ¡No, cuándo! Ese nunca.

Y volvió á pensar en Crispín Luz, su marido inhumano, esa tarde. ¿Por qué, Dios mío, por qué

consintió en casarse con él? ¡Se hizo tantas veces, durante el breve tiempo de matrimonio, esa pregunta! Y siempre se dió la misma respuesta: «Casé por falta de voluntad, por tonta, por inexperta, por seguir la corriente; porque Rosalía se casaba, porque era menester no quedarme para vestir imágenes ó para niñera de los chicos de mi prima; porque deseaba labrarme una posición independiente y salir del tutelaje, porque las mujeres deben casarse, porque Rosalía, mi tía Josefa y Adolfo me metieron por los ojos á Crispín, jurándome ser un buen partido, sobre todo en Caracas, donde la pollería es caterva de perdis.»

Y era lo cierto.

Cuando Rosalía se enamoró de Adolfo Pascuas, en el corazón de María empezaba á germinar una pasioncilla, que ella no confesó nunca, ni siquiera á Rosalía, su íntima, su confidente, segura de que todos, Rosalía inclusive, se la hubieran contrariado. ¡Disfrutaba su preferido de tal reputación de calavera! Ella misma pugnaba por extrangular aquel sentimiento en botón.

Rosalía, por su parte, no confesaba tampoco la sinceridad de su afición por Adolfo, que empezaba á cortejarla. Pero como era la más cuerda de las locas, pensó desde la iniciación de sus amores que Adolfo se pintaba como nadie para su esposo, por las ideas, por las costumbres, y sobre todo porque se le estaba metiendo en el corazón más hondamente que nigún otro había penetrado.

Se propuso conseguir novio á María, á toda carrera, á fin de hacer dos parejas y gozar de mayor libertad con Adolfo. ¿No era María un constante y enojoso estafermo entre los amantes? De acuerdo con Adolfo, empezó á meter por los ojos de María á Crispín Luz.

—Pero si yo no pienso casarme aún—expresaba María—. Además, si no me gustan los...

Rosalía no la dejaba concluir.

—Tampoco me gustan á mí, chica. ¿Crees tú que pudieron gustarme nunca de veras Manuel Lindo, que no tiene de lindo sino el nombre; ni Rosales, cuya boca olía á todo menos á rosa; ni Pedro, ni...?

—¿Y Adolfo?—la interrumpió María con sonrisa maliciosa.

—No te rías, por Dios. No creas un instante que estoy enamorada de Adolfo Pascuas, de Adolfito. Adolfo en mi... Dios me salve el lugar.

Y luego de un gesto displicente, continuaba:

—Pero oye, te lo juro: es tonto lo que haces con Crispín Luz. Ves que en todas partes te devora con los ojos, que te sigue, que te está diciendo que te adora con el menor de sus movimientos. Sabes que no le habla á Adolfo sino de ti... ¿Y tú?

—Pero chica, ¡no es posible tanto amor! Nunca se me acerca.

—Por tímido. Porque te ama de veras.

—Mira, Rosalía, déjate de discursos y de embrollos.

—¿De embrollos? Después de todo, ¿á mí qué me va ni me viene? Pero es preferible que lo desahucies categóricamente. Escenas como la del domingo en Catedral, ¿tú sabes? no son de muy buen gusto.

—¿El domingo, en Catedral? ¿Qué dices?

—Sí; recuerda. Te miró, le miraste, volviste la cara y echaste á reir.

—Pero si no fué de él, te lo juro. Si fué de...

—No mientas, María. ¿Crees que no te conozco y que no le conozco á él?

La pobre María, de voluntad plegadiza, sobre todo tratándose de su prima, y sugestionada por aquella cháchara, no sabía qué pensar. ¿Sería cier-

to? Pero ¿cómo ella no se dió cuenta nunca? Y para no parecer menos perspicaz que su trapalona de prima, se calló, dando á entender que sabía cosas que ignoraba y que no podía menos de ignorar, pues todo aquello no eran sino imaginaciones de su prima.

Adolfo Pascuas, por su lado, y para complacer á su novia, preparaba á Crispín Luz. Así nacieron, por extraño y enrevesado modo, los amores de Crispín y María.

—Lo cierto—secreteaba Rosalía á su novio—, es que se necesita ser un żoquete como Crispín y una horchata como María para quererse por recomendaciones de tercero.

—Y tú verás—agregaba Adolfo—; van á ser muy felices.

III

Crispín estaba encantado y extrañado. Era dichoso y no creía merecer su dicha. ¿Era esto la vida? Entonces la vida no espantaba á nadie; ¡qué iba á espantar! Había, pues, dulzuras entre los abrojos. ¿Cómo es posible que haya seres renegados del vivir, cuando en un recodo ó en una curva de la existencia puede uno sorprenderse con las más gratas sorpresas? Dios, infinitamente grande é infinitamente bueno, mal podía haber lanzado hombres al mundo para la desesperanza y el dolor. ¡Qué bella era la vida y cómo la amaba!

Crispín, en corto lapso, se había enamorado con sinceridad de pasión. La sola calaverada de su juventud en punto de mujeres fué un amorío fugaz con una amiga de su hermana Eva; pero la novia, á pesar de no ser una maravilla de hermosura, se casó con otro. Esta malaventura de sus veinticinco años afectó mucho á Crispín, le hizo perder la escasa confianza que podía tener en sus aptitudes de Lovelace, y enfrenada la osadía y herido el orgullo, se retrajo de la vida social, á que nunca fué muy adicto. Era un hombre de regular estatura, que lucía alto á causa de su extrema delgadez; á lo canijo del cuerpo uníanse un espíritu pacato, las manos y el rostro de blancura de cera, la nariz de gancho, como su madre, los ojos

grandes y redondos, también como su madre, y ojos cuya orbicularidad le granjeó en el colegio el apodo de *El Buho.*

—Tienes ojos de sabiduría—le decía el padre á su chico socarronamente y aludiendo al pájaro de Minerva.

Los cabellos, en forma de cepillo, se los recortaba con periodicidad indeclinable cada quince días. Era un hombre metódico, puntual, con alta idea del deber y cuya abnegación se extremaba al punto de haber perdido, en apariencia, la noción de sus derechos. Inaccesible á los vahos del pantano, incontaminado por el mundo, á pesar de la vida, conservaba en su alma la frescura y el candor de la adolescencia. Sumiso, resignado, creyente, siempre tuvo el instinto del sacrificio, la pasividad de la deposición continua y sin tasa en aras de ajenos anhelos. No conoció más travesuras infantiles sino la de pintar mostachos enormes á las figuras del libro primario y el corretear con sus hermanos dentro del caserón solariego. Sólo que de colegial, en cuanto se encontraba un libro garrapateado, los coscorrones del maestro llovían sobre la cabeza de turco, así fuese inocente de la fechoría. Cuando los hermanos cometían un desaguisado y doña Felipa, iracunda, con la chancleta en la mano, preguntaba por el culpable, todos, de tácito acuerdo, indicaban á Crispín, á quien percudía la zurra. En la casa conservábase la tradición de una de estas injusticias que despertaba cada vez al referirla indefectible hilaridad. Varios de los chicos, pared por medio con doña Felipa, empezaron á jaranear cierta noche, produciendo truenos de ventosidad con la boca. Doña Felipa intimó silencio por dos veces, y en ambas ocasiones, luego de un paréntesis, prorrumpía de nuevo

en truenos bucales aquella endiablada chiquillería. Crispín era el único que callaba. A la tercera vez se presentó la madre furibunda, enarbolando una chinela.

—¿Quién es?—preguntó la colérica señora.

Los chicos respondieron á una:

—Crispín, mamá.

La madre le ordenó imperiosamente que se alzara la camisa, y antes de que el muchacho pusiera por obra el mandato, la terrible señora le suministró en las posaderas dos formidables chinelazos.

Los hermanos, con intención de humillarlo, preguntaron luego á Crispín:

—¿Cuántos te dió?

Y él, con sincera humildad, con una cristiana resignación que produjo y producía al referirlo, aun de hombres, indefectible hilaridad, contestó:

—Dos solamente.

En su vida pisó Crispín el umbral de una taberna; la taberna le inspiraba enofobia; ignoraba lenocinios y prostíbulos, se decía que los amores fáciles ó venales le eran desconocidos, y que se conservaba tan puro como Newton ó San Juan. A pesar de su salud quebrantadiza, de su propensión á bronquitis y achaques del pecho, entró desde los diez y ocho años, en calidad de dependiente, en la casa de Perrín & C.ª, y desde entonces servía en el mismo almacén con decisión, con lealtad, subiendo el escalafón á paso lento, pero seguro, y labrándose una reputación de honradez á toda prueba y de elemento laborioso é indispensable.

Se había enamorado con la misma circunspección y buena fe que ponía en la más ínfima de sus acciones, y enamorado no veía más porvenir para

su sentimiento que el de santificarlo por la Iglesia y legalizarlo ante la sociedad.

Se casaría, ¡cuándo no! con aquella mujercita adorable, perfecta, y de cuyo corazón se creía dueño. Viviría toda la vida feliz, rodeado de las cabecitas negras de la prole, entre la graciosa y experta cortesanía de Adolfo Pascuas, las inocentes locuras de Rosalía, las benévolas arrobas de doña Josefa, posesor de su novia, de su mujer, de su María,

> tesoro de hermosura,
> dechado de candor.

Cuanto á la parte económica de la existencia, que á fuero de tenedor de libros no olvidaba, ¿por qué arredrarse? Doña Felipa, ¿no poseía fortuna, el patrimonio de todos, indiviso? Sobre contar él con su sueldo en la casa de Perrín & C.ª, casa fuerte, exenta de factibles fracasos, á cuyo frente se hallaba aquel Perrín inteligente, audaz, fortunoso, que le merecía tanta admiración. ¿No era allí considerado por sus superiores? ¿qué esperaba sino aumento paulatino de influencia y de estipendio? Su porvenir, claro como una mañanita caraqueña, ¿no le invitaba al matrimonio?

El pensamiento en estas ideas, llegó Crispín á la casa de su novia, un domingo en la tarde á cosa de las cinco.

Qué dulzuras penetraron su corazón cuando al entrar en la casa le salió al encuentro la deliciosa Rosalía, diciéndole:

—Crispín, ¡qué suerte la suya! María está loca, loca, loca; no habla sino de usted. No piensa sino en usted. Anoche soñó con su Crispín. Espéreme un instante, voy á llamársela.

¡Qué iba á menester Crispín de aquel aguijón!

Pero se le empezó á derretir el corazón de placer, mientras Rosalía volaba al tocador, donde la prima se emperifollaba y afeitaba.

—María, ahí está Crispín. ¡Apresúrate; por Dios! No le hagas esperar tanto. Es un terrón de azúcar cuando habla de ti. En cinco minutos me ha trastornado la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—¡Qué iba á decirme! Cosas tuyas.

A poco se presentó con sus mecidos andares de pato, arrastrando sus siete arrobas, la voluminosa doña Josefa.

—Niñas, ¡Jesús! ¿qué esperan? Esos señores aguardan en la sala hace media hora.

—¿Llegó Adolfo?—preguntó Rosalía.

Y sin esperar respuesta, y atusándose á toda carrera los rizos de la frente, partió hacia la sala con rápido taconeo, sacudiendo con la derecha mano la recogida falda de muselina de seda azul.

Cuando María, instantes después de su prima, entró en la sala, á Crispín le saltó el corazón en el pecho y tuvo una extraña sensación. Le pareció ser como un hombre á quien empujan los cien brazos de la multitud hacia la puerta de un teatro, y que le hacían entrar á gozar del espectáculo, sin él darse cuenta.

Abrieron una ventana sobre la calle, de tres que había. Las dos mujeres se sentaron en sendos poyos, y los jóvenes en sendas sillas, cada uno del lado de la dama á quien servía.

Por la calle circulaban coches descubiertos, llenos de mujeres vestidas de claro y de hombres endomingados.

Algunos pedestres y de varios coches saludaban al paso al grupo de la ventana. De una victoria sacó la cara sonriente un jovencito boquirrubio, y

lanzó, como si estuviesen en Carnaval, un ramo de violetas blancas, que fué á caer en el corpiño de Rosalía. Al lanzar el bouquet el jovencito de las violetas blancas, había pronunciado:

—Para la más hermosa.

Por los ojos de María pasó un relámpago, y á aquel relámpago siguió la victoria, mientras Rosalía tomaba el mazo de violetas sin dudar un instante de que fuera para sí. Crispín, por su parte, sin penetrar en el fondo de aquella escena de un minuto, se puso taciturno, indignándose interiormente de lo que él pensaba usurpación á los derechos de María. ¿No dijo para la más hermosa? ¿Por qué había de ser para Rosalía? ¿Por qué se erigía ella, sin empacho, siendo parte, en juez de su hermosura? Y al propio tiempo, por una contrariedad del sentimiento que no podía explicarse, alegrábase de que no fuese María la electa del regalo, porque á su novia nadie sino él debía regalarla.

Adolfo se inclinó en ademán de prender el ramo en el corpiño de su novia, y Rosalía, que hubiera tolerado aquella osadía á cualquiera de sus enamorados de ocasión, se le ariscó á Adolfo, á quien amaba de veras, y golpeándole con el abanico la punta de los dedos pecadores, le amonestó:

—¡Cuidadito, ¿eh? cuidadito!

Y luego, más dulce:

—Usted no sabe—dijo.

Rasgó el manojo en cuatro hacecitos blancos y los repartió, rogándole al mismo tiempo á su prima:

—Préndemelo tú, María.

Crispín no sabía qué hacer con sus flores en la mano y titubeó un instante, hasta que vió á Adolfo que enfloraba el ojal del paletó. Se puso colo-

rado creyendo que los demás advirtieron su torpeza y su indecisión; la instantánea turbación cambióse en instantáneo rencor contra Adolfo Pascuas. ¿Por qué no se le ocurrían á Crispín aquellas cosas del otro? Por su cabeza pasó la idea de que María pudiera hacer un paralelo entre los dos, y compararlo á él, comedido, pero sin brillantez, bueno, honrado, lleno de virtudes domésticas, pero sin seducción, los dedos manchados de tinta, á pesar del limón agrio, piedra pómez y hasta agua de Colonia, con aquel gomoso de fingida frialdad á la inglesa, que pasó toda su juventud en Europa. Se puso á contemplarlo con el rabo del ojo. La raya de la cabeza partía en dos crenchas iguales el cabello castaño obscuro de Adolfo, cabello casi negro y en contraste con sus ojos azules como dos turquesas. Era un tipo elegante. La nariz fina y larga, los dientes grandes, uniformes, asomando en alguno la chispa de una orificación; el mostacho á la borgoña y las manos blancas, pulcras, de uñas acicaladas. En el meñique de la siniestra lucía una rara sortija de oro verde. El oyó en una ocasión la historia del anillo. Un cuadro de Moreau, la Virgen surgente de una flor, visto en París, en el Museo privado de la Rochefoucauld, le sugirió á Adolfo la idea del anillo, cinceladura de la cual un busto de mujer surgía de un lirio, con tanta gracia y fortuna, que no se percibía dónde terminaba el lirio y empezaba la mujer.

La noche caía. Era menester partir. Se convino en que irían al teatro Caracas, una hora, de nueve y media á diez y media, á ver alguna zarzuela.

—¿Qué zarzuela representan ó cantan á esa hora?—preguntó Rosalía.

Crispín repuso:

—*Un inglés de la Guayana* en El Gato Negro, según creo.

—Eso es una porquería—aseguró la novia de Adolfo.

Y éste repuso:

—¿Por qué, por ser obra nacional? Pues á mi no me parece mejor ni peor que las zarzuelas españolas. Sin embargo, si ustedes prefieren iremos á otra.

—No, no—se apresuró á decir María—; vamos á ver *Un inglés de la Guayana.* Además, la hora es excelente.

—Entonces—dijo Adolfo despidiéndose—, convenido. Estén listas para las nueve.

—De lo contrario—añadió Crispín—, nos iríamos solos.

En la calle empezaban á encenderse los faroles.

IV

Es la aurora. Sopla una brisa fresca, fría, casi de esa que hace meter las manos en los bolsillos y apresurar el paso á los madrugadores. Por las calles, aun dormidas, empieza á transitar el público de las mañanitas, el obrero que se introduce en la primera fritanga abierta á apurar su pocillo de café, mascando su arepa y su queso de cincho; el panadero, á caballo en su asno, entre dos serones, que reparte el pan del desayuno; el isleño lechero, cuyas cantimploras, pendientes á las ancas de la cabalgadura, forman la música matinal, tan caraqueña, de las hojalatas; la beata que va á misa terciado el pañolón negro, ó el de lujo de crespón blanco; la señorita que va á confesarse, la dueña á la zaga, el paso menudo, arrebujada en su mantilla andaluza; los empleados de tranvías que se apresuran á poner en movimiento los trenes; los pesados tranvías del matadero que traen al Mercado Central los restos de las últimas reses beneficiadas á media noche, y el jovencito que durmió fuera de casa, á quien la aurora sorprendió, y que va á la carrera hacia el hogar, los ojos abotagados, la boca amarga, la corbata en desorden...

Parleras como pericas y frescas como flores de pascua, atraviesan también la ciudad, en esta mañanita de abril, hasta siete mujeres jóvenes: Rosa-

lía, su prima, las tres hijas del negociante Perrín —Perrín and Company, como las llama Rosalía á causa de los tres novios que á menudo las siguen—, Juanita Pérez, condiscípula pobre cuyo padre acaba de morir, íntima de María y cabeza de turco de las travesuras é ironías de las demás, y Eva Luz, hermana de Crispín, la más jovencita de la banda.

Se dirigen al Oeste, hacia el Calvario. Desde hacía una semana comenzaron, á propuesta de Rosalía, estas excursiones matinales. Todas convinieron en que el frío y el madrugar eran muy gratos, y todas estaban, sin embargo, extrañadas de haber salido sin interrupción siete mañanas. El primer día fueron al Portachuelo, otro día por el camino de Sabana Grande, otro hacia Agua Salud. Hoy enderezaron sus menuditos pasos hacia el Calvario. Pasaron por frente á la iglesia de San Francisco, atravesaron la plaza de la Universidad, y calle derecha al Oeste no se detuvieron hasta la cima de la inmensa escalinata que da acceso por aquella parte á los jardines del Paseo. Habían subido corriendo la escalinata para ver quién llegaba la primera, y sudorosas y jadeantes, á pesar de la hora y de la temperatura, cayeron todas en el último escalón de la gradería, al pie mismo de la estatua de Colón.

La ciudad yacía á sus pies.

—Miren cuánto hemos andado—dijo una de las Perrín and Company, señalando hacia el Sagrado Corazón, en cuya vecindad vivían todas, con la sola excepción de Juanita Pérez.

Rosalía, en acceso de sentimentalismo, empezó á batir las manos y á repetir:

—¡Qué bello! ¡Qué bello! ¡Qué bello!

Y luego agregó:

—Tal como es, yo adoro á Caracas.

Las Perrín habían viajado por Europa, y lo sacaban á colación cada vez que podían. Por eso Ana Luisa, la mayor de entre ellas, compinche é íntima de Rosalía, y la más vivaracha de las tres, si cupiese este distingo tratándose de las Perrín, exclamó:

—¡Si tú conocieras á París! Las cinco de la tarde en el Bosque: no cabe más allá. ¡Si supieras lo que vale transitar la Avenida de los Campos Elíseos á esa hora, entre jardines, en medio de trenes lujosísimos, donde tú ves las artistas, las demimondaines á la moda, los diputados, los embajadores, los literatos, todo el París conocido de cerca ó de lejos!... Y luego el sol, allá detrás del Arco del Triunfo, chispeando á un lado, sobre la cúpula de los Inválidos, y espolvoreando las avenidas, las toilettes, los árboles con su polvillo de oro...

—¡Qué poética estás, Ana Luisa! ¡Si te oyera Peraza!—insinuó María.

Y Rosalía agregó:

—Bueno, aceptado. París es delicioso con su Avenida de los Campos Elíseos y sus cocotas y sus polvillos... etc., etc. Pero chica, las cosas bellas de allá no le quitan hermosura á las cosas bellas de aquí. Es bueno gozar del recuerdo cuando no se puede hacer otra cosa. Pero el recuerdo es una ilusión, y este paisaje, este espectáculo de la ciudad que se levanta, de esta ciudad en paños menores que se despierta, á la mañanita, es una realidad. Gocemos, pues, de este instante. Mira, mira.

Ya serían las siete. Por las calles empezaban á hormiguear los transeuntes. Las locomotoras del ferrocarril de La Guaira y del ferrocarril de Valencia, aunque invisibles, comenzaban á despedir penachos de humo. El pito de una tahona de maíz rasgó los aires con su grito agudo. La fusta de un

coche en ascensión á la colina restalló detrás de las muchachas, en la calzada, sobre los caballos, de cuyos lomos y de cuyas narices brotaban nubecillas de vapor. Aquella población, chata como una ciudad griega, pintoresca como una ciudad árabe, encajonada en el valle, surcada de cuatro riachuelos y ceñida por un cintillo de montañas verdes y azules; aquella ciudad de techos rojos, entre verdes jardines, con su blanca torre de la Catedral en el centro, como un atalaya, su claro cielo azul atravesado por vuelos de palomas y sus tapias por donde saca la copa un rumoroso chaguaramo, ó languidece un sauce, ó trepan las rosadas trinitarias, hacía evocar, como evocó Rosalía, los versos de *La vuelta á la patria*, del gran poeta Juan Antonio Pérez Bonalde:

Caracas allí está. Sus téchos rojos,
su blanca torre, sus azules lomas
y sus bandas de tímidas palomas,
hacen nublar de lágrimas mi ojos.

La bandera del orgulloso palacio de Miraflores batía á la brisa matinal, sobre Caracas, sus colores magníficos. Los turcos y las bellas turcas de ojos semitas, se rebullían en sus pocilgas del Camino Nuevo, y emprendían con sus tiendas á la espalda, en cestas y cajas, la romería hacia los barrios del centro. El sol, ascendiendo poco á poco, cambiaba las rosas del alba en una transparente lluvia de oro. El Avila, á lo lejos, ceñíase el turbante de su clara neblina azul. Al frente se divisaban, más allá de la plaza Bolívar, más allá de Catedral, más allá de Calendaria, más allá de la estación del ferrocarril central, los verdinegros cafetales de Quebrada Honda, bajo los búcaros rojos como parasoles de púrpura. A la diestra mano se mira-

ban la cúpula de Santa Teresa, la masa gris del Teatro Municipal, el Circo de Toros, el Mercado de San Pablo, el Puente de Hierro, las vegas del Guaire y todo el Caracas nuevo: las quintas del Paraíso, entre jardines, y entre las quintas floridas el épico bronce de Páez blandiendo la formidable lanza de las *Queseras del Medio*, y devolviendo su corcel con un gesto digno de Homero, al grito de «¡Vuelvan caras!» Más á la derecha aún, á ambas márgenes del Guaire, se extendían otras vegas y cultivadas hortalizas, ostentando la gama entera del verde, desde el verdín de la grama, aun cubierta de rocío, desde el verdegay de los retoños primerizos, hasta el verde terroso de las lechugas asoleadas, el verde maduro de las cañas de maíz y el verde más profundo de los chaguaramos viejos. Y por sobre todo, por encima de las gentes y de las cosas, el sol, el brillante sol de América, hacia donde ascendía la respiración, el abejeo de la ciudad que se despierta y empieza á ajetrearse y á vivir.

—¿Hasta cuándo nos quedamos aquí?—preguntó Eva.

Y Juanita Pérez, María y la menor de las Perrín, exclamaron en coro:

—De veras; vámonos.

Las muchachas se levantaron á emprender la ascensión de la colina. Varios paseantes empezaban á subir. Pasó un aya inglesa con dos chicas criollas, entre ocho y diez años.

Una de las niñas tiró una pedrezuela que sobresaltó á un estudiante, engolfado en un enorme libraco, á la sombra de un bambú. El aya la reprendió:

—*Mary: that is schoking.*

Ana Luisa Perrín encontró que el sistema de

severidad inglesa para educar á los niños era admirable.

—Pues á mí no me parece—dijo Rosalía por decir cualquier cosa.

—Ni á mí tampoco—asintió María—. Cuando yo tenga un hijo no se lo entregaré á estos esperpentos.

Rosalía y Ana Luisa, que iban del brazo, se miraron y sonrieron.

Y aquélla le dijo á la Perrín por lo bajo:

—Como que no es fácil que ella tenga un hijo. Ese pobre Crispín Luz no tiene cara de padre.

Y refería *sotto voce*, al oído de Ana Luisa Perrín, cosas que hacían á ésta desternillarse de risa.

—Pero ¡cómo! ¿Será posible? ¡A su edad! No parece caraqueño. Pero ¿nunca? ¿Nunca?

—No, chica, nunca... ¡El pobre! ¡Es tan ridículo! Figúrate que de niño le preguntaban: «¿Qué quieres tú ser, Crispín?» Y él respondía: «Yo, tenedor de libros.»

—¿Y por qué te empeñas tú, Rosalía, en casarlo con tu prima?

—Pues... porque me divierte. Son tallados el uno para el otro.

Un poco más adelante el resto del grupo se impacientaba.

—Pero caminen más de prisa. ¡Jesús! No llegaremos antes de la noche al estanque.

Y María, por su parte, las interrogó:

—¿Pero qué tienen ustedes? ¿Por qué se ríen tanto?

V

En el viejo caserón de sus mayores, un caserón secular del tiempo de la colonia, Crispín vivía con su madre y con sus hermanos Eva y Ramón, reducida familia para la amplitud de la mansión, y que no la ocupaba sino en mínima parte. Doña Felipa, casada con un agricultor rico y hacendoso, bonísimo sujeto, sólo capaz de haber soportado por luengos años el yugo de tan volcánica señora, era viuda hacía diez y ocho años y madre de prole numerosa, á pesar de un paréntesis de diez años en su vida conyugal. La muerte y la vida, los fallecimientos y los matrimonios habían mermado el hogar hasta el punto de ya no albergarse dentro de aquellos muros sino la madre y tres hijos. Joaquín, el mayor, casado imberbe aún, contaría á la sazón treinta y tres años, y en escala descendente venían Rosendo, de treinta y dos; Crispín, de treinta y uno; entre Crispín y Ramón se abría un claro, dos hermanitas muertas, y entre Ramón y Eva, que apenas contaba diez y ocho, la gran laguna de la separación entre el padre y la madre, á causa del carácter dictatorial y tremendo de doña Felipa.

Luego, á los diez años de rencor y fruncimiento, vino la reconciliación, y con la reconciliación, como esplendor de ocaso, Eva, el más rozagante y primoroso pimpollo de la caduca encina. A poco

del nacimiento de Eva murió el padre. Y doña Felipa fué levantando laboriosa y rígidamente su almácigo de párvulos.

Era doña Felipa una vieja flaca, biliosa, agresiva, tacaña, toda nervios, con dos ojos como dos llamas, y casi tan redondos y tan grandes como los de Crispín, que heredó de ella ese rasgo y el de la nariz como pico de cóndor, pero que en lo moral no parecía ni próximo de la anciana, sino buen hijo de su manso padre. Dominante por temperamento, sentía doña Felipa un sincero desdén por la poquedad espiritual de Crispín, como lo sintió por la poquedad espiritual del marido; prefería por similitudes morales con ella á Ramón y á Eva; á Ramón por lo emprendedor y trapalón, á Eva por lo hacendosa y firme de carácter. Aun en vida de su marido dirigía doña Felipa gran parte de los negocios desde su casa de Caracas, y ya muerto el esposo, no vendió las fincas rurales, sino que las manejó estrictamente por medio de agentes que la temían como á un coronel, y apenas tuvieron edad propicia al gobierno de las fincas, las puso en manos de sus dos hijos mayores, bajo la inmediata dirección materna. Nunca se allanó, á pesar de los reclamos, á fraccionar el patrimonio común. Se convino, por acceder á la voluntad de la vieja, en que el patrimonio permaneciera indiviso. Joaquín administraba una fundación de café, *Cantaura*, sita en las montañas de los antiguos Teques, no lejos de Caracas. Rosendo dirigía una hacienda de caña en los valles del Tuy. Ambos cobraban sueldos como administradores, más su parte proporcional en los rendimientos anuales; el remanente se enviaba á doña Felipa á Caracas, quien de allí sostenía el hogar común. Mitad por carácter cesáreo, mitad por tacañería, impuso doña Felipa este

modus vivendi. Lo que poseía en inmuebles urbanos y valores públicos lo manejaba personalmente, prorrateando los intereses. Sólo que á Eva, en su calidad de hija de familia, no se le daba un céntimo, como no se le daba tampoco á Crispín, por tácita exclusión no protestada, y so pretexto acaso de ganar crecido sueldo en la casa de Perrín. Quedaba Ramón, á quien se puso un comercio que hizo bancarrota y quien, en último análisis, era el más beneficiado, pues la vieja le quería con chochera y accedía á menudo á los apremios del mozo.

Usaba Ramón la barbilla como aseguran que la llevaba Demóstenes, es decir, ni tan larga como Felipe II, ni tan corta como el general Boulanger, y terminando en punta.

Era de porte airoso, parlanchín, embrollón, astuto, díscolo de genio y mendaz. Tenía pretensiones de *business man*, aunque salió siempre fallido en sus proyectos.

Su mala fe, su espíritu de trampa, era casi morboso. Con cualquiera de los cien proyectos que fermentaban en su cabeza, hubiera honradamente hecho fortuna. Pero se sentía impulsado á la aventura, á la inconstancia y á la pillería. Ideaba su plan, engatusaba á alguien, le sacaba dinero, le robaba y desacreditaba el negocio y se desacreditaba él mismo. Tal era el proceso de sus empresas. Había heredado de su madre aquel amor de planes donde corriera el dinero, aunque todo fuera en números, sobre el papel. No le faltaban á él trápalas para embaucar á la vieja, quien agarrada por su flaco—la pretensión de pericia en punto de negocios—, se dejaba arrastrar, aunque á regañadientes, á los chanchullos de Ramón. Este andaba muy atareado á la sazón con un proyecto de fabri-

car cemento romano. El conocía las montañas de *Cantaura*, y por allí debía existir, ¡cómo no! piedra caliza aparente.

Ramón explicaba el negocio á su madre.

—El barril de cemento se vende en Venezuela de cinco y medio á seis pesos. A los importadores les cuesta una barbaridad en La Guaira, ó en cualquier otro puerto de la República. Pues bien, mamá; nosotros podemos fabricarlo por menos de dos pesos y venderlo por más de tres, sin temor á competencia. La competencia en tales condiciones sería imposible. De un golpe nos adueñamos del mercado. Y son millones, millones los barriles de cemento que se consumen por año en el país.

A doña Felipa le brillaban los ojos.

—¿De veras? ¿Tú crees?

—¡Cómo que si creo! Tengo el punto muy estudiado.

—Bueno, ¿y la piedra caliza existe en *Cantaura* como tú piensas?

—Sí existe; tiene que existir. ¡Dígame si conoceré yo aquello! Allí abundan espatos.

—¿Abundan qué?...

—Espatos, mamá; piedra calcárea.

—Pero vamos á ver. ¿Cuánto presupones tú para el negocio?

—Pues poca cosa. Nosotros no necesitamos ni podemos formar una compañía. Pero con la piedra caliza me voy yo á Europa, formo una sociedad extranjera, y ¡zas! asunto concluído.

—¿Una compañía extranjera para extraer piedra caliza en *Cantaura?* No comprendo.

—No, mamá, no. Para venderle el contrato que haremos con el Gobierno.

Doña Felipa empezaba á comprender.

Lo que no comprendía ni podía comprender

doña Felipa era que toda la historia del cemento se reducía á que Ramón andaba loco perdido de una bailarina italiana, próxima á regresar á Europa, y que Ramón había jurado seguirla.

Ramón tronó. ¡Cómo! No sabía doña Felipa que los venezolanos eran unos carneros; que los capitalistas de aquí no arriesgan un céntimo en empresas; que la usura es lo único que los seduce?

Y luego, para lisonjear el amor propio de la vieja, añadía:

—Usted sabe mejor que nadie, usted, mujer de negocios, lo que son estas cosas. ¿No es verdad? Una compañía criolla está expuesta á que el Gobierno le eche el guante y haga oficial la empresa.

Y con tono de tragedia:

—¡Ah, nuestros gobiernos! La inmoralidad de nuestras costumbres políticas es lo que nos pierde. Aquí no hay patriotismo, ni honradez, ni nada.

Doña Felipa exigía números; un presupuesto formal. Y su espíritu práctico sobreponíase pronto á su amor de lucro y á su amor de madre.

—Una cosa te aseguro. No cuentes con un centavo hasta que yo no vea el contrato celebrado con el Gobierno.

La vieja daba en la cabeza de la dificultad.

—Pero, por Dios, mamá. ¿Está usted loca?—argüía Ramón desesperado—. ¿Usted no comprende que eso sería la piedra de escándalo? Se alzarían cien ambiciones dentro del mismo Gobierno, y cualquier magnate ó cualquier favorito nos birlaría el negocio, y nos enviaría á silbar iguanas.

—Pero...

—No, mamá; no haya peros. Esto lo debemos conservar entre usted y yo. Esto es nuestro, solamente nuestro: suyo y mío. Ni los hermanos mismos

deben saberlo. ¡Dígame usted si Joaquín se pone en la piedra caliza!... Cuanto á Crispín, es capaz de vender el secreto á Perrín y Compañía.

Y tomando un aspecto desolador añadió:

—Por Dios, seamos prudentes.

Endulzando la voz, continuaba:

—Usted ve que yo no pienso en mí solo. Pienso ante todo en usted. ¿Cree usted, por ventura, que yo habría comunicado mi secreto á otra persona?

Doña Felipa, sardesca de suyo, fingía fácilmente, por habitud de su espíritu, amostazarse de aquellas digresiones; pero en el fondo de su alma se bañaba en agua de rosas, lisonjeada y encantada con tales candongas de Ramón.

¡Ah, el perillán la conocía!

Luego Ramón, lleno de honradas convicciones, empezó á sermonear dentro del orden de ideas de su madre, es decir, expresando lo que ella quizás pensaba en aquel momento.

—Nunca son de más las precauciones. ¡Hay tanto pillo! Dígame usted si Perrín se pone en las montañas de *Cantaura*, donde abunda la piedra caliza...

Su pensamiento, como en sondaje de peligros probables, se detuvo en Crispín. Ese podía escamotear á doña Felipa la fabricación del cemento, el contrato, la piedra caliza y las montañas de *Cantaura*.

—Crispín, ya lo ve usted, mamá. Ha concluído por perder, por esa pazguata de María, el poco meollo que Dios le introdujo en el cráneo.

Y dando otro giro á la charla empezó á contar los díceres de Caracas, á propósito de los recientes esponsales de su hermano. A Crispín lo casaban por sorpresa.

Según Ramón, á Crispin, como á los niños y á los orates, debía permitírsele ó no la más mínima de las acciones.

—¡Pobre Crispín!—dijo la madre—. Bastante lo he aconsejado, pero está ciego.

—Si él nunca vió claro, mamá—concluyó sentenciosamente Ramón.

VI

La pieza de Crispín daba al patio, encuadrado de habitaciones, salvo á la parte Norte ó de entrada, donde había un corredor. Al fondo el comedor, tan ancho como el patio, y entre el patio y el comedor, un sardinel, de donde arrancaban trepa doras de corregüelas azules y de blancas madre selvas. Las trepadoras festoneaban una suerte de enramada fresca y umbría, refugio de la familia durante las horas muertas, en las siestas ardo rosas.

La ventana de Crispín caía al patio, y como los postigos permanecían abiertos de noche, las primeras luces de la aurora despertaban al durmiente.

Esa mañana, al alba, abrió los ojos, y echándose á prisa de la cama, según costumbre, se disponía á bañarse para luego tomar el desayuno y correr al almacén, adonde llegaba el primero todos los días.

Pero se detuvo un momento en la ventana, frente al jardincito del patio, en camisola de dormir, los pies descalzos, enfundadas las piernas en pantalones de desecho, los pantalones de levantarse. Así, en camisola, el cuello desgolletado y los brazos entre las anchas mangas, en la intimidad del dormitorio, su magra contextura parecía más raquítica, sus ojos más redondos, su nariz más de garfio, sus manos más huesudas. Se puso á pen-

sar en su novia, en su matrimonio, y en que pronto abandonaría quizás aquella casa donde nació y donde corrió su infancia. El fresco de la mañana le hizo toser y se arrebujó á la carrera en una bufanda que improvisó con un pañuelo de seda. Pero seguía tosiendo y mirando al jardín. ¡Con qué amor contemplaba aquel patio donde las coloradas gladiolas parecían lanzas teñidas de púrpura; aquel alegre patio donde florecían morados heliotropos y petunias, olorosas resedás y diamelas como pompones de blanco estambre; aquel patio de su hogar del que emergía, más alto que los demás aromas, el aroma tan respirado, tan conocido, tan de la casa, de los rosales y de los jazmineros, aroma que le hacía recordar su infancia! Y todo aquello lo abandonaría pronto. ¡Lo que es la vida!

Para Crispín, espíritu misoneísta, de neofobia recalcitrante, maniático de método, en cuya vida las cosas de hoy se parecían á las de ayer y las de mañana á las de hoy, el abandono de su hogar, acontecimiento máximo de su existencia, era una tortura. Aquel patio fué todo su horizonte, y ahora, de golpe, porque sí, iba á desprenderse de todas sus costumbres, de todas sus cosas familiares, como un bohemio. Volar de allí como un pájaro; arrancarse de aquellos muros, de aquel horizonte de cuatro tapias queridas; no respirar más aquel aroma de jazmineros y rosales; no percibir más las petunias, ni las gladiolas, ni las diamelas; no oler más las trascendentes resedás del jardincito doméstico; no oir en lo futuro el canto de los canarios en sus jaulas de verada; no columbrar en lo sucesivo aquel naranjo, plantación del abuelo, aquel retoño hespérido, siempre verde y juvenil, propicio siempre como un lar; no sentir ni admirar el cho-

rro de la gárgola, el surtidor escarchando con temblorosos diamantes fúlgidos los nenúfares de la pila, en el centro del patio... ¡qué tristeza! ¿Con qué llenar aquel vacío? ¿Y cómo sustituir aquellas cosas que pronto morirían para él y que tanto lugar ocupaban en su alma? ¿Por qué recordó la escena de una tarde, en su infancia? ¿Por qué no se había borrado de su memoria aquel recuerdo? ¿Por qué lo evocaba ahora?

Lo cierto es que, como si él no hubiese sido uno de los actores, el protagonista del pequeño drama, lo veía claro en esta mañanita, claro como si estuviese actualmente sucediendo, como si estuviese sucediendo á otras personas. Seis niños, cuatro varoncitos y dos hembras, juegan en el patio de la casa y forman una algarabía de mil demonios. Juegan al *gárgaro*. Chicos y chicuelas corren para no dejarse alcanzar de aquel de los muchachos que hace de *gárgaro*. El primero á quien éste alcance, fuera de una ventana neutral, el *descanso*, es á su turno *gárgaro*. Los muchachos se desperdigan por corredores y patio, y burlan al perseguidor, que ya á punto de asir á alguno se le escabulle de entre las manos. Otro, de escarnio, tira fuera un palmo de lengua, mientras gira en el torno de la pila central, cuyo bullente surtidor refresca el aire y en cuya taza florecen en cardumen los nenúfares blancos.

En el corredor, en sendos butacones, el padre y la madre; la madre, un libro abierto en las manos, olvida la lectura á instancias del papá, por mirar las travesuras y las picardihuelas de sus hijos. Imposible leer con aquella grita. Es una señora joven aún, prematuramente marchita por la maternidad, la negra cabeza erguida, los redondos, llameantes ojos, pardos y duros; y á pesar de la boca sonriente, un ceñito de firmeza. Cuando

menos se esperaba, nuevo adalid entra en liza: *Leviatán,* perrazo enorme de Terranova, negro y revoltoso, que echa á correr detrás de los chicos como si fuera otro muchacho. Los niños olvidan el *gárgaro,* y se ponen á jugar con el mastín. Agrúpanse en torno del animal, y le encaraman encima á uno de ellos, que en vano protesta contra la arbitraridad. El animal corre con el niño en el lomo, que se agarra de las lanas, muerto de miedo; corre como si llevara encima una flor. De pronto uno de los muchachos, el mayor, se acerca al perro y le clava un alfiler en el rabo. La hermosa bestia exhala un alarido, vuelve la cara y muerde. El dentellado jinete lanza un grito y cae al suelo lloriqueando.

—¿Qué es?—pregunta la señora, la madre.

Y el mayorcito, muerto de risa y como si fuese la cosa más natural del mundo, exclama:

—¡Qué va á ser! Que el perro ha mordido á Crispín.

Aquel recuerdo, ahora, le duele más que el mordisco y la caída de antaño.

Y Crispín continúa pensando, con melancolía, en que él abandonará pronto el hogar, cofre de todas sus más caras remembranzas. ¿Pero no lo abandonaron también, ¡ay! para siempre, su padre y las dos hermanitas? Y Joaquín y Rosendo, ¿no se casaron? ¿Por qué habría de serle á él más doloroso que á los demás salir de aquel caserón?

Cuando volvió de sus meditaciones: «¿Pero qué es, Dios mío, qué me pasa?—dijo mentalmente—. Ya son las siete.» Se bañó en un santiamén, se desayunó de pie, se vistió á la carrera, y cuando sonó la última campanada de las ocho, ya Crispín garrapateaba letras y números en su escritorio de la Casa Perrín & C.ª

VII

Se puso á la tarea, el alma ausente, contra su costumbre. Si pudiesen leer dentro de Crispín sus compañeros de almacén, verían cómo aquellos cinco sentidos y tres potencias que él aplicaba á la menor operación aritmética ó á la más simple carta, erraban hoy, ¡quién sabe por dónde! Rompió el borrador de una carta-cuenta para un cliente del interior de la República; volvió á escribir y volvió á romper. Decididamente se idiotizaba. «¿Qué es? ¿Qué tengo? Esperaré al señor Perrín, le hablaré de mi matrimonio, invocaré mis servicios en la casa y pediré aumento de sueldo. ¿Por qué no? Es lo más natural. Aquí se mejora justicieramente á todo el mundo. Yo mismo soy un ejemplo. La casa tuvo siempre deferencia por mí. El señor Perrín descansa un poco su confianza en mi laboriosidad. Me siento fuerte en el ánimo y en la estimación de mi jefe. Es lo más natural que le exija mayor mesada cuando mi vida va á cambiar y con mi vida mi posición y mis gastos.»

Le parecía muy natural, y lo era en efecto, dirigirse al jefe, cuyo brazo derecho le sería menos útil que Crispín, y pedirle más liberal remuneración en vista de las circunstancias. Pero Crispín, en el fondo orgulloso, era tímido á fuerza

de orgullo. Se torturaba con la idea de una evasiva. Y retrocedía ante la imagen del señor Perrín, diciéndole á él, al brazo derecho: «Señor mío, no es posible aumentar el sueldo de usted.» Y luego todo el mundo lo sabría. Y ya perdería él la mitad de su prestigio ante los empleados, porque verían que al jefe se le importaba un bledo amputarse el brazo derecho; ante el mismo señor Perrín, porque lo consideraría como un sórdido egoísta, sin interés por aquella casa que, sin embargo, quería como propia, por aquel escritorio al cual se sentaba hacía tanto tiempo, por aquellos negocios que él, gracias á una ilusión, imaginaba también suyos, acaso por la costumbre de escribir á los clientes: *nosotros,* etc.

Pero de pronto pensó en su novia, y en que el árbol del hogar pimpollecería. No quiso pensar ahora en la herencia de su madre, porque á esta idea se asociaba la de la muerte de la anciana, y porque prefería contar con el esfuerzo de su brazo por único sostén de la familia que iba á fundar, y como siempre, tuvo alta conciencia del deber ante el espectáculo de arrancar una mujer, so pretexto de amor, á las comodidades domésticas para hacerla padecer privaciones, y ante la idea de echar hijos al mundo sin tenerles asegurada la subsistencia, toda su hombría de bien se rebeló. «Le hablaré—se dijo—, suceda lo que suceda.»

Entretanto cada cual, en la casa, ocupábase en sus tareas.

Aquel mundo era un cosmos aparte, con sus personajes, sus amores, sus odios y sus opiniones especiales. Había muchos empleados, en los distintos departamentos, separados unos de otros por barandajes de cedro con columnitas labradas, dentro de un mismo largo salón, cuyas puertas y ven-

tanas á una mano cobijábanse con marquesinas de cretona, listadas de *crudo* y de rojo para resguardo del sol, en los días caniculares; á la otra mano corría por todo el largo del salón una mampara de tela metálica verde.

Entre los empleados los había ingleses, alemanes, curaçoleños, venezolanos, é hijos venezolanos de padres extranjeros. Se oían distintos idiomas, y á veces un español como hablado por loros. Para aquel mundo no existía nada más noble que el comercio, ni nada más vil que el gobierno, cualquiera que fuese. A los periodistas les llamaban *ganapanes*, á los literatos los juzgaban ociosos y viciosos, dispuestos á todo, hasta ponerse en ridículo en prosa y en verso, antes que á trabajar. De los militares no esperaban sino la traición y la cobardía. Pero el grupo de los políticos era lo que más desdén merecía del microcosmos comercial. Cuando se referían á algún personaje oficial, decían: «Ese ladrón.» Y para significar la propia honradez, nunca puesta á prueba, y para diferenciarse de los hombres públicos, se expresaban con esta fórmula: «Nosotros los que vivimos de nuestro trabajo.»

Cuanto á opiniones políticas, todos eran conservadores, y respecto á ideas religiosas, las había varias, como los distintos credos que profesaban, y era el único punto en que todos hacían gala de tolerancia.

El peor, el que más odiaba todo lo que no fuera comprar y vender, cobrar y pagar, era el cajero, de treinta y seis á treinta y siete años, el pelo colorado, de pizarra los hundidos ojos, un costurón en la mejilla izquierda, chiquitín, de cuerpo tan ridículo como su rostro y tan feo como su alma. Se llamaba Schegell, y era hijo de una venezolana y

de un alemán. Pero nadie con más sinceridad que él odiaba á Venezuela.

—Usted es un caso raro—le decían sus compañeros de almacén—. Los hijos de extranjeros son aquí los mejores patriotas. Recuerde la independencia. Los descendientes de españoles fueron los que hicieron la patria.

—¡Qué patria! ¡No me hablen de patria! Yo comprendo que se tenga orgullo de haber nacido francés, ó inglés, ó alemán. En ser ciudadano de los Estados Unidos. Pero ¿con qué cara dice uno: «¡Yo soy venezolano!»? ¿Qué significa, vamos á ver, ser venezolano? Pertenecer, ni más ni menos, á una tribu de cafres...

Ya todos estaban acostumbrados á aquellas diatribas. Los extranjeros reían y los nacionales no paraban mientes en Schegell. Crispín era el único que lo tomaba en serio, y se enfurruñaba á menudo con los vituperios del cajerito viperino.

—No debe de ser tan despreciable, señor Schegell—decía exaltándose—el pueblo que ha producido á Bolívar, á Miranda y á Sucre.

A Schegell le sofocaba el deseo de añadir: «Sí; pero también lo ha parido á usted; y usted es aquí, hoy, casi todo el mundo.»

Callaba, sin embargo. Dentro del almacén, Crispín era un personaje; como se le sabía un trabajador, se le consideraba. Sólo el pequeño Schegell pensaba, y á veces decía, que en el fondo no era Crispín sino un gaznápiro y un hipócrita.

Al golpe de las diez aquella mañana entró de la calle el señor Perrín, hombre como de cincuenta y tantos años, rechoncho, gordinflón, cargado de espaldas, la nariz gruesa y colorada, azules los ojillos vivaces, calva la frente, y una melenita crespa y rubia hacía el occipucio. Los rizos, largos,

bailoteaban en las espaldas, y parecían surgir de la giba, manchándola de grasa y de caspa. Nació en Curaçao, de un inglés y de una holandesa. Allí se estableció muy joven, é hizo dinero contrabandeando en Coro y Maracaibo, y vendiendo fusiles á los eternos revolucionarios de Venezuela asilados frente á las costas de la República, en aquella isla que tanta falta debe de estar haciendo, con todos sus habitantes, en el fondo del mar. El juego de Perrín era claro. ¿Había paz en Venezuela? Se dedicaba al contrabando. ¿Había guerra? Mercaba fusiles y pertrechos á la revolución. Si ésta fracasaba, ya él tenía en caja sus monedas; caso de triunfar, él aparecía como un benemérito de la causa, y demandaba contratos y regalías, que á menudo le otorgaron.

Con una de estas revoluciones triunfadoras vino él á establecerse en Caracas. A la sombra de esa revolucién, ya en el Capitolio, Perrín llevó á término pingües manejos y realizó proyectos de cuantía, y ya viento propicio no dejó de hinchar la vela á cuyo impulso hendía su nave audaz y fortunosa la mar en calma.

Sonó el timbre de llamato en el escritorio de Crispín. Este se apresuró á tomar un cartapacio, donde introdujo á la carrera dos ó tres papeles más, y á la carrera salió hacia el despacho del señor Perrín. Al despacho daba acceso una puerta de resorte, con batientes forrados en reps verde.

El *Nabab*—como apellidaba doña Josefa Linares á Perrín, en recuerdo del *Nabab* de Alfonso Daudet—, calados los lentes de oro y enjugándose con el pañuelo de seda la frente, leía un pliego, y no se dignó siquiera alzar la vista á la entrada de Crispín. Este se detuvo y permaneció en pie delante del escritorio. El escritorio era bajo,

cuadrado, lleno de cajones laterales y cubierto de papeles, todos en orden. A la siniestra mano del escritorio había un mueble de gavetas con rótulos. Encima del mueble un retrato del Libertador veía de soslayo á una reina Victoria, en marco dorado, que erguía su obesa persona sobre la persona no menos obesa del señor Perrín. A la otra mano había un estante con anaqueles y pluteos. En los anaqueles enfilados lucían su tafilete obras de derecho, varios tomos de recopilación de leyes y decretos de Venezuela, un atlas, un volumen con los distintos aranceles dictados en la República y voluminosos diccionarios.

A ambos lados del estante, dos grabados se destacaban de la tapicería roja con flores de lis de oro pálido. Los grabados representan: uno á la reina Emma de Holanda, otro al príncipe de Gales. Las sillas y el sofá de baqueta, muy cómodos, parecían esperar cuerpos de perezosos. Sobre el sofá, á la izquierda del escritorio, en el centro de la pieza, el sol de las ventanas abrillantaba una copia, en marco de cedro, de un paisaje de Hobbema ó de Wynants.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Luz?—dijo el viejo *Nabab* alzando por fin la cabeza, y como si no supiera que hacía diez minutos que lo tenía por delante.

Y luego, sin esperar respuesta:

—¿Vino el abogado?—preguntó.

—Sí señor; vino.

—¿Pero estuvo en el tribunal.

—Sí señor.

—Bien. ¿Qué hay del asunto de las haciendas?

Crispín empezó á dar cuenta.

Escrupuloso como nadie, incapaz de coger un alfiler ajeno, pero imbuído de aquel espíritu comercial de injusticia y de picardía, según el cual,

desde el primer cambalache que hicieron los hombres, el talento consiste en explotar la necesidad ó la impericia de aquel con quien se negocia, Crispín celebraba quizás en su fuero interno como golpe de habilidad y discreción el caso de las haciendas. Se trataba de una familia rica venida á menos. Estas fincas, vendidas á la casa con pactos de retro en momentos de apuro, los dueños las perdían ahora por la quinta parte de su valor. Perrín había sido inflexible. Pero por una especie de pudor tardío, y sin que nadie le interrogara, empezó á decir:

—¡Qué! ¿No sabe la gente á lo que se expone cuando retrovende una finca? Pues bien; así como tomaron mi dinero cuando lo necesitaron, cojo yo las fincas, vencido el plazo. Lamento que no pudieran rescatarlas. Lo lamento como particular. Pero como hombre de negocios, como Perrín & C.ª, comprendo que con lamentaciones no se llega lejos. ¿No es así, señor Luz?

—Así es—repuso Crispín con convicción.

—Por otra parte—siguió el viejo—, esto no es un brillante negocio. Esto quita tiempo, y luego los gastos...

Se interrumpió y se puso á jugar con una plegadera, meditando.

Crispín pensaba en el aumento de sueldo. A pesar de su resolución no se atrevía. No; no era oportuno ahora.

El señor Perrín preguntó:

—¿Han venido los administradores?

—¿Los administradores?...

—Sí, hombre—dijo Perrín con impaciencia—, los recomendados de Fitz para mayordomos.

—¡Ah!—repuso Crispín—; deben de ser entonces esos hombres que esperan en el corredor.

—Hágalos entrar uno á uno. Y déjeme solo.

Entró un hombre de aspecto burdo, por las trazas un campesino. El señor Perrín le sonrió amablemente y lo hizo sentar junto á sí.

Trataron poco, sin embargo. Al rústico no le gustaron las proposiciones de Perrín, y como no era ni un casuísta ni un retórico, no encontrando lo que buscaba, en vez de argüir y sofisticar calló y se fué.

«Es un animal», pensó el viejo, é hizo entrar á otro. También salió al cabo de minutos y penetró un tercero.

Este charro era más joven que los anteriores, y más charlatán. Sabía trabajar, sí señor; y como honrado ninguno le ponía el pie delante. Sostenía á su madre, á su mujer, á sus tres hijuelas y á la familia de un hermano tullido. El señor Fitz sabía cómo fué mayordomo en *La Cañada* por años. El tenía recomendaciones. Y en el comercio tampoco le faltaban conocidos. La casa de Hellmund sabía quién era José Lugo.

El *Nabab* lo dejaba decir, estudiando á su hombre.

—Amigo Lugo—expresó á la postre—, yo se quién es usted. El señor Fitz me ha hecho especiales recomendaciones de su competencia y de su honradez. Cuanto á mí, usted me gusta; y como somos hombres prácticos, vamos al grano directamente.

Quería encargar á Lugo como administrador de una de las haciendas.

—Usted las conoce, ¿no es cierto?

—¿Cómo que si las conozco? Supóngase que...

El palurdo iba á seguir charlando; pero Perrín lo interrumpió esta vez:

—¿Cuál de las dos le gustaría á usted?

—*La Florida*—repuso el alárabe sin vacilar.

—¿En cuánto la valora usted, amigo Lugo?

—Pues yo...—dijo el zambombo, sin decir nada, mientras se rascaba la cabeza, como si quisiera arrancarse las cifras con las uñas.

—¿Entre dos amigos vale quince mil pesos?

—Los vale.

Aquí Perrín arrimó un poco más su sillón al asiento del campesino, se puso muy serio y le dijo, como en confidencia, al pobre diablo:

—Pues bien, amigo Lugo. Esa finca será de usted.

Y empezó á explicarle cómo, dándole sabor de miel á sus palabras y tiñendo en rosa las tortuosidades y oquedades de su pensamiento. El rústico no entendía bien; pero entendió, y eso bastaba, aquella promesa de Mefistófeles, según la cual, á vuelta de pocos años, la hermosa finca pasaría del ricacho á propiedad del pobrete labriego.

Según Perrín, la cosa era clara. Lugo se encargaría de la hacienda, amortizando anualmente la deuda de quince mil pesos, tasa de la finca. Sólo que los intereses, muy leoninos, no se cobraban, é irían capitalizándose á su turno, y haciendo impagable, eterna, aquella suma de quince mil pesos, que el pobre hombre no había recibido. Lugo firmaría, pues, con el contrato, un pacto de esclavitud, obligándose á trabajar y hermosear la finca que pensaba poseer un día, en puro beneficio de la casa Perrín.

El rústico salió radiante.

Volvió á sonar el timbre en el escritorio de Crispín. Este se presentó de nuevo con su cartapacio.

Los lentes de oro cabalgaban sobre la gruesa nariz roja. El pañuelo de seda enjugaba la sudorosa y resplandeciente calva.

«Llegué oportunamente», pensó Crispín; y recogió en haz todas sus fuerzas y todas sus audacias para tratar el punto del sueldo. Pero el *Nabab* pasó de nuevo su pañuelo de seda por la frente, según gesto habitual, y dijo con laconismo:

—Ponga usted lo que haya para la firma sobre el escritorio.

Y tomando el flamante sombrero de copa y su bastón *palo de oro,* la contera reluciente y por puño un redolín de metal, salió de estampía.

VIII

Varios días corrieron y Crispín Luz no hallaba el momento oportuno de abordar al terrible señor Perrín. Aquel diablo de hombre, siempre de apuro, siempre maquinando planes supramercantiles, siempre en destilación de la quinta esencia de las especulaciones; aquel hombre, á quien no le bastaba el proveerse en los mercados de Europa y surtir á los comerciantes menores; aquel hombre, cuya casa—á semejanza de ciertas tabaquerías de Filadelfia ó de ciertos cafés de Amsterdán, en donde en las trastiendas hay un burdel—no era simple comercio, sino campo donde se lanzaba él, con voluptuosidad de equilibrista y aplomo de acróbata, en toda suerte de combinaciones bursátiles y extrabursátiles; aquella voluntad inteligente y traviesa, en actividad siempre, imponía á Crispín, al punto de que las más atrevidas resoluciones del pobre mozo se estrellaban ante la calva resplandeciente de Perrín.

Pero Crispín Luz poseía como ninguno la energía de la paciencia, la táctica del gato que se acurruca enfrente del agujero por donde irremisiblemente saldrá el ratón. Sólo que él carecía de la acometividad, de la destreza y de la intención del felino. Cuando el ratón le pasa por delante no le brinca encima, sino espera el regreso, y ya de

retorno el roedor, difiere aún el atraparlo, como más oportuno, para nueva salida. Y sigue esperando...

Pero el amor se le metió en el alma con tanto empuje, prestándole tan desusados bríos, que Crispín abordó á la postre al señor Perrín. Tal momento fué á la verdad propicio. La casa había suministrado fondos á un ministro de los de la última hornada, para comprar ciertos valores que estaban por el suelo y que el gobierno haría subir á las nubes con un mero decreto. Perrín compró, naturalmente, por una gruesa cantidad de dichos valores. El decreto acababa de salir y Perrín embolsaba de la noche á la mañana un millón de bolívares. Todo el almacén lo sabía y cada uno de los empleados consideraba aquel triunfo de la casa como propio, enorgulleciéndose del jefe, de aquel experto Perrín cuya barca no encallaba sino en bancos de coral ó en fabulosos pláceres de perlas.

El señor Perrín, además, estaba aquel día muy amable. Hasta se permitió interesarse por Crispín.

—¿Conque se nos casa usted, señor Luz?

—Sí señor; me caso.

—Hace usted bien, amigo mío; es un tributo que debemos á la sociedad. ¿Usted no es enemigo del matrimonio, señor Luz? ¿Ni en principio, eh?

—¿Yo, señor? Puesto que me caso...

—No; esa no es razón. Hay quienes se casan sin curarse del vínculo. Unos por dinero, otros por sensualismo, otros por seguir la corriente.

—Pero yo me caso por amor.

—¿Por amor?—dijo Perrín, sin poder disimular una sonrisa—; ¿por amor? Eso es muy peligroso. Mire usted; hace poco leí en *El Cojo Ilustrado* un artículo de un joven de Caracas, á quien usted

debe de conocer. Se llama Paulo Emilio ó Pedro Emilio Coll. Este caballerito citaba á Nietzsche, una cita de veras curiosa que me hizo comprar y leer al autor citado. Y me encuentro con que este autor opina que á los enamorados no debiera permitírseles dar un paso de tal trascendencia como el matrimonio mientras no termine el enamoramiento, que es una especie de locura. Y tiene razón. ¡El acto más serio de la vida efectuado por locos! Vea usted las consecuencias.

Y riéndose con risa franca, añadió:

—Yo, como su paisano de usted don Tomás Michelena, pienso que debieran hacerse entre los cónyuges ensayos de cinco años.

—Pero eso sí sería una locura—insinuó con firmeza Crispín—. ¡Qué sería de la virtud, del pudor, de la sociedad!

Perrín se pasó el pañuelo de seda por la augusta frente, y por única respuesta, dijo:

—Lea á Nietzsche. ¿Ha leído usted á Nietzsche?

—No. Es autor prohibido. Creo que está en el Indice.

Perrín pensó de seguro algo muy triste y desfavorable respecto de Crispín. No quiso insistir, sino que, recordando á la mujer con quien iba á casarse el joven, lo cumplimentó:

—Se lleva usted una muchacha preciosa, preciosa. Es amiga de mis hijas, como usted sabe. La conozco bien.

Crispín Luz hizo un esfuerzo sobrehumano y se aventuró á tocar el punto.

—A propósito de mi matrimonio, señor Perrín... yo...

Pero como no continuaba, el comerciante interrogó, para sacar al mozo las atarugadas palabras:

—¿Usted, qué?

—...Yo... desde hace días quería decirle algo á usted...

—Dígalo, pues—repuso Perrín, ya impaciente.

Entonces Crispín sin detenerse, como á quien empujan, á su pesar, expuso su petición:

—Pues yo quería pedir á usted aumento de sueldo.

Y se quedó mudo, vacío, como si hubiese olvidado toda idea y el modo de expresarlas. Perrín lo sacó de la atonía, exclamando:

—¡Cómo no! Es muy justo. ¡Y yo que no había pensado! ¿Usted gana seiscientos bolívares mensuales, no es así? Pues bien; desde el primero del mes entrante ganará ochocientos.

Cuando salió del despacho, Crispín iba radiante de alegría, lleno de ternura hacia todas las cosas y dispuesto á dejarse sacrificar, si fuera menester, por la caspa y la grasa que se desprendían de los temblones crespitos rubios del señor Perrín.

Cuando á la noche entró en la sala de las Linares, Rosalía conoció al punto el júbilo del joven.

—Usted trae alguna buena noticia. Usted está muy contento. A ver, cuéntenos.

Y se le aproximó, como si la novia fuese ella y no María.

No estaban en el salón sino la novia de Crispín, en la ventana, acodada en un verde botella cojín briscado; la señora Linares, que leía á la luz de una lámpara, en un ángulo, una recién comprada novela de Bourget, *Mentiras;* y en el sofá central, Adolfito Pascuas y Rosalía, arrullándose como dos tórtolas.

Crispín fué á sentarse en el otro poyo de la ventana, enfrente de María. La empezó á decir á media voz cosas dulces, naderías apasionadas y encantadoras de esas que saben murmurar los poetas

y los enamorados, y sacando del bolsillo una cajita con lazos de seda color de rosa, se la puso en las manos.

—Gracias, Crispín.

Por la acera pasaba en ese momento y saludaba con ceremonia el boquirrubio jovencito que tardes atrás lanzó á aquella misma ventana un ramo de violetas blancas.

La cajita con cintas de seda rosada cayó al suelo.

Crispín se apresuró á recogerla. Y se la entregó diciendo:

—¡Qué feliz soy, María!

Y se puso á referirle que el señor Perrín le aumentaba el sueldo. Era menester fijar ya fecha para el matrimonio.

—¿No te parece, María?

—Sí; como tú quieras.

IX

A la luz de los arcos voltaicos, modestas lunas de Avenida, vía láctea de soles urbanos, larga fila de coches sube por el bulevar Este del Capitolio y se detiene ante la puerta del Concejo Municipal de Caracas, ancha puerta lateral del cuadrado é inmenso edificio que además del Concejo contiene la Gobernación, Tribunales del distrito y el cuartel de policía.

Del primer coche echan pie á tierra Crispín Luz, muy enfracado, y María con su velo y sus azahares de novia. De los demás coches descienden personas conocidas, ellos y ellas de gala. A la derecha, en el vestíbulo, un esbelto reloj dorado marca las nueve y media. Pasado el umbral, la concurrencia, detrás de los novios, tuerce á la izquierda, asciende una corta gradería y se desparrama por los asientos de damasco, enfrente y á ambas manos de la mesa de los munícipes. El salón, profusamente iluminado por manojos de bombillas eléctricas, es un paralelógramo cuya tapicería mural exornan retratos al óleo, en anchas cañuelas doradas de próceres de la Independencia y de ex presidentes de la República. Mírase colgante de la pared, en urna de cristal, el viejo pendón guerrero del conquistador Pizarro, traído por Bolívar del Perú; y al fondo, y ocupando todo el ancho

del muro, el gran cuadro de Martín Tovar y Tovar, *El acta de Independencia*, el señorío de Caracas, los patricios de casi tamaño natural que firman el 5 de Julio de 1811 la creación de la República. Se destacan del enorme lienzo el marqués de Ustáriz, que pasa la pluma á otro patricio, y la bella y heroica persona de Francisco de Miranda, aquel bohemio glorioso, filósofo, militar y muy hombre de mundo, una de las figuras más interesantes del siglo XVIII, que supo hacerse amar de Catalina de Rusia, que batalló en el Norte junto á Wáshington y á Lafayette, que mendigó de corte en corte apoyo para la libertad de las Américas, que escapó del Tribunal revolucionario de París para ir luego á morirse y á ver quemar sus Memorias en los calabozos africanos de España.

La ceremonia fué breve. Firmaron los novios el contrato matrimonial, firmaron los testigos, y quedó unida la pareja ante la sociedad. Mientras María firmaba, Rosalía, casada un mes antes, decía á su esposo:

—Es la última vez que firma con su nombre de soltera.

—Sí—repuso Adolfo fijándose en la mano temblorosa de María—; esta noche pierde su nombre.

—Pues mira, chico—observó Rosalía—, no será lo único que pierda esta noche.

Poco después los trenes, partidos á gran trote, llegaban á la casa de la novia. Se cumplimentaba á María, cuyas pálidas mejillas se coloreaban de una sincera púrpura de emoción. Blanca, erguida, moldeado su finísimo cuerpo por el traje de novia con sus azahares y su velo, animada por el bullicio, por el Champaña y por la trascendencia de aquella hora suprema de su vida, no tenían sus grandes ojos pardos la languidez de

costumbre, ni su cara la expresión de melancolía que le era habitual. Se puso á repartir los simbólicos azahares, del brazo de su esposo, con intención.

El carininfo boquirrubio, el jovencito de las violetas blancas, se acercó á la pareja. María lo vió con indiferencia cara á cara. Pero mientras Crispín se entretuvo un instante con la sandunguera personita de Ana Luisa Perrín, que le comunicaba quién sabe qué nadería con aspecto muy grave, el caballerito de las violetas se atrevió á deslizar una osada frase, en voz casi natural, frase que se ahogó en el tumulto y que se introdujo en la orejita blanca de María, turbando á la joven un momento. Arrastró á su marido cariñosamente:

—Ven, Crispín.

Y salieron hacia el corredor. Allí se empezó á rifar el bouquet de la novia.

En los rostros de las muchachas casaderas se pintaba el anhelo, apenas disimulado, de sacárselo, pues creían firmemente muchas de ellas, á pesar de las decepciones constantes, que la muchacha á quien la suerte favorece con el bouquet nupcial, favorece también con el marido, antes del año.

Doña Josefa Linares paseaba de un lado á otro, obsequiosa y sonreída, sus siete arrobas.

—Es un buen augurio—le decía á otra señora, refiriéndose al presagio del bouquet—. Es buen augurio. Yo soy como los romanos: creo en los augurios y en los sueños.

La otra señora creía también en los sueños, sobre todo en los malos sueños. Cierta amiga de ella soñó que su esposo había fallecido en Europa, donde viajaba, y por el primer paquete le llegó la noticia.

—Había muerto la misma noche del sueño—re-

petía la señora con temblorcitos de voz, como si ella también estuviese amenazada de viudez—. La misma noche del sueño.

Por allí cerca otra dama interrogó á la que acababa de referir la historia del sueño y del muerto:

—¿Entonces usted cree en la telepatía?

Un poco más lejos el señor Perrín juraba á doña Felipa que su hijo de ella era la más sólida columna de la casa Perrín y C.ª El, Perrín, se sentía feliz con aquel matrimonio. Crispín era una joya, «un modelo».

—Y eso que usted no conoce á Ramón—dijo doña Felipa.

—¡Cómo no he de conocerle!

—Digo, no lo conoce á fondo. Ramón es muy avispado. Yo se lo aseguro. Ese irá lejos.

Perrín se tornó sentimental.

—¡Ah, los hijos! ¡No saben lo que nos cuestan! Y luego, cuando pudieran empezar á resarcirnos, se nos van, se casan. ¡Esa es la vida! Ya usted ve mis tres muchachas... El día menos pensado, extraños se las llevan.

Perrín hablaba por decir algo, por charlar, por pasar el rato. Sus hijos, sus tres hijas, no le pesaban; pero de que casaran ó no, más ó menos pronto, se le daban á él tres pitos. No eran mercancía que pudiera averiarse. Por lo menos él no lo creía.

Doña Felipa, que oía con indiferencia, porque su nota no era la sentimental, aprovechó la ocasión de zaherir á alguien, con cualquier pretexto.

—¡Cómo! ¿preferiría usted que sus niñas se quedaran solteras... como las Luzardo?—dijo señalando con un gesto hacia un rincón, dos cuerpos voluminosos, dos sacos de tocino, de que nadie hacía caso, junto á otro saco de tocino maternal.

¡Ay, si la hubieran oído aquellas terribles solteronas! ¡Comparadas con doña Felipa, ésta aparecía como un espíritu manso, un temperamento conciliador, una persona benévola! Allí se estaban en sus poltronas, solitarias como islas.

Entre la ponzoña de sus lenguas y de sus intenciones, entre su eterna actitud de pújiles, dispuestas siempre á romper lanzas por un quítame allá esas pajas, entre las Luzardo y la concurrencia estableció ésta un cordón sanitario de indiferencia. Y allí se estaban repantigadas en sus poltronas, solas, aisladas, en cuarentena.

Doña Felipa, que las acababa de indicar á Perrín como abominables paradigmas de soltería, volvíase hacia la señora Linares, tan regocijada, tan bonachona, tan diferente, volvióse con espíritu de embestida, é irónica de admiración expresó:

—Para matrimonios, Josefa. ¡Dos bodas en un mes! ¡Caramba! ¡Es triunfo!

El ramillete de la novia se lo acababa de sacar Eva Luz, la sola de las muchachas que no tenía galanteador oficial. Muchas se rieron. Y una dijo:

—Como no se case con Perrín, que es viudo...

Pero Ana Luisa Perrín, *sotto voce,* por supuesto, tomó la cosa por lo trágico, efecto de varias copitas de Champaña que purpuraban sus mejillas y alocaban su imaginación. Aseguraba á su novio que hubo trampa en la rifa.

Era la media noche. Los invitados fueron pasando al comedor. Perrín con doña Felipa; Joaquín Luz con la señora Linares; el caballerito boquirrubio con Eva; Rosalía con Rosendo; la esposa de éste con Adolfo; Mario Linares con la señora de Joaquín; Ana Luisa con Peraza, su prometido; Ramón con una de las Perrín, cuyo novio no asistía por enfermo. Y otras, y otras y otras parejas.

En la mesa todo fué compostura y silencio un minuto. No se oía sino el percutir de las copas y el tintineo de los cubiertos contra la vajilla, silletas que traqueaban en busca de acomodo, fru-fru de sedas rozadas, dedos ociosos que tamborileaban á la sordina sobre el mantel. Un minuto después el barullo sólo reinaba. Las conversaciones se hicieron parciales.

—Se fueron los novios—dijo una señora madura que estaba espiando la ocasión para soltar la noticia.

Por la mesa, de un extremo á otro, corrieron epigramas más ó menos buídos y más ó menos cultos.

—Si es hora de fuga para los novios, vámonos también nosotros—dijo á Ana Luisa Perrín su galán.

—¡Ay, qué delicia!—respondió ésta, encogiendo los hombros en graciosísimo y picaresco mohín, como si tuviera escalofrío.

El jovencito boquirrubio se volvió á Eva muy alarmado.

—¿Oye usted? Su hermano se lleva á una señorita. ¡Qué hombre!

—¡Y qué mujer!—repuso Eva sonriéndose.

Los sirvientes pasaban con las fuentes rebosando y los trinchantes enarbolados, cruzándose señas con los ojos de un lado á otro de la mesa, encasacados y solícitos. Los Ganímedes de alquiler escanciaban el licor de Burdeos, de Borgoña, el Chablis, el Sauterne, el Champaña, en copas de capricho como cráteras ó como cálices de magnolia sobre su tallo, ya azules, ya rosadas, algunas amarillas y otras de un blanco y transparente cristal.

—¿Qué es eso?—preguntó Ana Luisa á su novio, repugnando un plato.

—Esto creo que es lengua ahumada con *petit pois.*

—Pues bien, Peraza—dijo Ana Luisa casi al oído de su novio—; páseme usted la lengua.

Rosalía, que lo oyó, muriéndose de risa y admirando los progresos de esa discípula é imitadora suya, le dijo:

—Estás terrible esta noche, Ana Luisa.

—¿De veras, chica?—contestó ésta—. Cualquiera me tomaría por hermana tuya.

Perrín conversaba con Rosendo, con Joaquín y otros convidados de su vecindad.

Joaquín, alto, fornido, tostado del sol, negra barba partida y ojos negros, sano, risueño, enérgico, opinaba que la agricultura y la cría eran lo único que podía salvar á Venezuela.

Rosendo, por el aspecto de su hermano, parecía la reducción del tipo de Joaquín, y le faltaba aquella simpatía alegre y comunicativa del otro. Heredó de su madre, en lo físico, lo mismo que Eva, el ceñito de la frente, y en lo moral el apego del lucro y la tacañería. Era en todo más escéptico y desconfiado que su hermano mayor. Por lo demás, bastaba mirarlos juntos para comprender que ambos descendían de la misma progenitura. Según él, á este país se lo llevaba la trampa por falta de inmigración.

—La paz, señores, es lo que puede salvarnos á todos—aseguraba Perrín, á pesar de que él había hecho su fortuna con las revoluciones.

—Pero los desiertos gozan de paz—insinuaba Rosendo—y no prosperan.

—La gente...—expuso Perrín, y se atragantó con un pedazo de galantina.

Fué necesaria una copita de Chateau Laffitte.

—La gente, la gente y los capitales vendrán con la paz.

Rosendo opinaba que nadie vendría sino trayéndolo.

—Este país—dijo—está muy desacreditado en el exterior, parte por sus errores, parte porque en Europa y los Estados Unidos se hace una campaña constante de descrédito contra los pueblos hispanoamericanos, por medio del telégrafo y de la prensa, y con el plan de pintarnos á los ojos el mundo en estado completo de salvajez que disculpe todos los atropellos de que quieran hacernos víctimas. En Europa y Norte América no se publican de nosotros sino las noticias desastrosas de guerras, terremotos, inundaciones, cuanto pueda dañarnos.

—Como usted puede imaginarse, don Rosendo—opinó Crispín—, Europa y los Estados Unidos mal pueden tener ese interés. Al contrario, quieren la prosperidad de estos pueblos, los quieren ricos y felices para que les compren á ellos lo que ellos producen.

—Pero si es que la propaganda se hace para engañar al vecino, al competidor. Por lo demás, en el mismo vapor donde nos llegan diarios, revistas y aun libros pintándonos incapaces de civilización, nos llegan asimismo catálogos, viajeros de comercio, toda suerte de propaganda para aumentar nuestro comercio con pueblos de por allá.

Y luego de una pausa en que Perrín iba á ingerir algo, Rosendo continuó:

—Nosotros por crédulos, por inocentes, por ignorantes, quién sabe por qué, no nos hemos dado cuenta de las armas terribles que son cables y telégrafos. Mientras la propaganda de descrédito continúe, entre otras razones para que los europeos no emigren hacia acá, estamos perdidos; no tendremos inmigración. Y la inmigración es la que nos salva.

Perrín hacía molinetes con las manos. El no podía creer aquello. Exageración; criterio erróneo. Los Estados Unidos, la Europa, nunca agresivos, estaban animados de los mejores deseos para con estos países. La inmigración vendría, ¡cómo no! Como fué á los Estados Unidos. Como va á la Argentina, como va al Brasil. Todo es cuestión de tiempo... y de paz.

Joaquín terció. El veía las cosas desde otro punto de vista.

—La inmigración en verdad es salvadora. Pero miren ustedes lo que pasa en el estado actual de nuestro país. Un extranjero se establece, pongamos en calídad de comerciante, en algún villorrio de Venezuela. Enfrente, y cerca de ese comerciante, hay otros comerciantes venezolrnos establecidos. Se presenta la guerra. Las contribuciones militares y los saqueos los sufren de preferencia los nacionales. Y luego, ¿qué resulta? Estos quedan arruinados, y el comerciante extranjero campea solo y acapara el mercado.

—Pero usted no negará, amigo señor Luz—reivindicó Perrín—, que los extranjeros también sufren en sus intereses con la guerra.

—Concedido—repuso Joaquín—. Y no nos salgamos de mi ejemplo. Supongamos que al comerciante extranjero también lo arruinan. Pues bien; á éste le queda el recurso diplomático del reclamo. El ministro ó el cónsul de ese extranjero se arreglan con él, hacen una tramoya, y por lo que valía ciento piden mil y obtienen quinientos. Resultado: el ministro diplomático, que hace su agosto con los reclamos, los favorece, y el comerciante extranjero de su propia ruina hace el mejor negocio.

—Usted es muy pesimista, don Joaquín.

—¿Pesimista? ¡Dios me libre! Yo creo que á pesar

de los tropiezos vamos andando. Mire usted: las selvas del Orinoco están repletas de sarrapia, de vainilla, de caucho, productos que se venden á precios fabulosos. Para no hablarle de las minas de oro del Yuruary, de las minas de cobre de Aroa, de los pláceres de perlas de Cubagua y de Margarita, de las salinas de Araya, de Marcaibo, de Coro. ¿Sabe usted cuántos millones de bolívares entran anualmente en Venezuela con la mera exportación de ganado á las Antillas y al Brasil? ¿Sabe usted lo que nos producen el cacao y el café? Creo que con nada de organización nos salvamos. ¡Cómo voy á ser pesimista!

—Es cierto—opinó Rosendo—. Pero sin gente, ¿cómo podremos explotar nuestros productos naturales?

Y Perrín, que volvía á su tema, concluyó:

—Y sin paz, ¿cómo vendrá la gente?

Ramón, un poco más distante, y distraído con su su vecina, muy charlatana y muy feliz, á pesar de la enfermedad y ausencia del novio, no había logrado meter baza. Pero de lejos pudo afirmar, á última hora, que el gobierno tenía la culpa de todas las desgracias de Venezuela, y que los gobernantes de este país eran unos pícaros y unos ladrones.

Doña Felipa aprobaba con la cabeza.

X

Sería muy de mañana cuando Crispín, adormilado aún, dió media vuelta en la cama, tropezó con un bulto y se despertó. Su primer impulso vago de somnolente fué el de echarse del lecho —obediencia maquinal ó subconsciente á la costumbre de levantarse y vestirse al abrir los ojos—, para correr al almacén. Pero el bulto, que no era sino el blanco y ovillado cuerpo de María, acabó por despertarlo á la realidad.

No estaba en su dormitorio de soltero, ni por la celosía de aquella ventana penetraban los perfumes tan conocidos, resedá, heliotropo, diamela, rosa y jazmín, de su patio familiar, sino aromas silvestres, olor de tierra mojada, fragancia de cafetales montañeros, y hasta le vino como una ráfaga de pesebre, de estiércol y burrajo. Al piído de los canarios de Eva reemplazaba la algarabía de pájaros ignotos. Un oído más experto, el oído rústico de los montañeses, hubiera podido entresacar, como hilos diferentes de la propia madeja de trinos, el canto armoniosísimo, sabio, dulce, como de una flauta maestra, de la *paraulata,* el más ronco, travieso y quebradizo de los *pico de plata,* y el intermitente, quejumbroso y romántico de las *soy sola.* Como cien diversas flores constituyen un mazo, un ramillete, aquellas melodías dispersas se

cambiaban y tramaban en los aires produciendo un solo triunfo armonioso.

Con mucho sigilo se levantó, y ya lavado y vestido salió fuera y se puso á contemplar aquel campo y aquella casa de *Cantaura* que apenas conocía. Pensó en el cambio de su vida, y la gratitud le hizo recordar á Perrín, que tan generosamente acordaba ocho días de resplandor y de vagueo á la reciente luna de miel. La primera idea, por supuesto, fué la de acogerse á las épicas montañas de *Cantaura*, por donde vagan aún la inulta sombra y la leyenda del cacique Guaicaipuro, á vivir en amor, á esconder la felicidad con egoísmo propio de enamorado, obediente á ese instinto de los esposos primerizos, instinto que no es quizás pudor, sino supervivencia del hombre primitivo que se ocultaba con su presa en el fondo de las cavernas.

Una criada, una campesina flor de la montaña, el zurrón de cuero en la mano, lleno de maíz, removía los granos de oro ruidosamente. En su torno, en el centro del vastísimo patio, con cerca de enanos poma rosales, se agrupaban cacareando las gallinas. Al sonoro repiqueteo de los granos de oro en el zurrón, volaban de entre la verdura las gallinetas estridentes; surgían del estanque los patos, y más glotones que vanidosos, los pavos interrumpían la rueda y se apresuraban al desayuno con sus cuellos granulosos, bermejos y amoratados.

Ante el apeñuscamiento de aves, la montañesa, como si aquel público de volátiles entendiera otras voces que las del hambre, lo amonestó:

—Quietecitos, ó me retiro y no hay desayuno.

Con mucha y estudiada parsimonia empezó á dejar caer los rubios granitos, mientras resolvía

un grave problema: ¿á cuáles de las gallinas echaría el guante para el festejo de don Crispín y doña María? A todas las quería por igual, á todas las llamaba por su nombre, y le dolía matar á cualquiera de los volátiles.

La muchacha era una morenaza rolliza, de ojos muy negros, un sombrero alón de cogollo en la cabeza, alpargatas pulquérrimas—como de estreno—, roja la falda y una holgada blusa blanca de percal, que arremangó por lucir ó libertar los brazos, y blusa que ponía al descubierto el firme, redondo cuello, y el arranque de acanalados senos, opulentos y erguidos. Estaba endomingada por el arribo del matrimonio. Seguía echando maíz á la alcahazada, poco á poco, y seguía el titubeo. ¿Cuáles de la manada escogería? Vino á sacarla del embarazo el grito de su madre, la vieja cocinera, tan vieja en la casa que no tenía más recuerdos sino los de su vida allí.

—¡Caramba, Petronila! ¿Qué esperas? Trae las gallinas pronto.

—¿Pero cuáles escojo, *mama?*

—Pues las primeras que alcances. Si no andas pronto iré yo misma.

Sin más, la vieja echó á andar hacia el patio, y en llegando atrapó dos gallinas, una con cada mano.

—No, mama; esas no—dijo Petronila—. La jabada es muy buena ponedora, y la poncha estuvo con moquillo hace poco.

La vieja no tenía que hacer con nada. Y se dispuso á llevárselas á la cocina. De regreso vió á Crispín, ya vestido, enjuagándose la boca y contemplando, el cepillo de los dientes en la mano derecha, el desayuno y la caza de los animales.

—¡Gua, niño Crispín!—exclamó la vieja—. ¡Qué

madrugador! ¿Se despertó la niña María? Voy á traer una tacita de café.

—No, Juana; espérate. Iré á tomarla yo mismo al fogón.

Fué detrás de la vieja, pero en vez de esperar el café, Crispín se abalanzó á una camaza rebosante de blanca, fresca y espumosa leche.

Pidió un vaso.

—No, niño Crispín; bébasela así mismo, en la camaza. Es más sabrosa. Acaban de ordeñarla.

Crispín empezó á apurar la enorme camaza. Cuando concluyó de beber parecía que la camaza estaba intacta. En la cara de Crispín la leche había pintado dos bigotazos blancos.

En un rincón de la cocina un rústico, á golpes de hacha, hendía troncos secos en astillas, para leña.

—¿No lo recuerda, niño Crispín?—preguntó la vieja—. Es Juan, mi hijo Juan. Ahí va con usted Es de la misma edad...

La vieja, por las trazas, iba á empezar á referir historias. Pero el campesino dejó el hacha de lado y presentó á Crispín una parásita silvestre, una frágil y blanca flor de Mayo, lujo de las montañas, que parecía rara, adorante mariposa.

—Es para la señora—dijo.

Crispín aceptó la delicada y linda parásita, con más unas clavellinas purpúreas de Petronila, de las cuales se enamoró, y con su camaza de leche y sus flores se fué como pudo á la esposa.

María acababa de despertarse, é iba á aprovechar la ausencia de Crispín para vestirse.

—Crispín, por Dios; no entres.

El marido no hizo caso, sino reventó á reir, entrando. María, en camisa, echó á correr hacia el lecho y se cubrió todo el cuerpo con las sábanas.

—¿Pero qué tienes, mi hijita; no eres mi esposa?

—Sí, pero me da pena... Tú, vestido, y yo así...

Crispín se reía con sus blancos bigotazos pintados.

—¡No seas boba! Mira, flores. Mira, leche fresca. Tómala aquí mismo. Está deliciosa.

Y le presentó la enorme camaza.

A María le daba pena, de veras le daba pena; pero él la convencía de que todo era acostumbrarse, y ella sacó por fin los desnudos y blancos brazos, echó hacia atrás la cabellera con ademán que descubrió las negras y velludas axilas y empezó á beber. Sentado al borde del lecho, Crispín se la comía con los ojos.

—Debes de estar cansada. No te levantes todavía.

La esposa confesaba su postración, achacándola á la caminata del día antes. ¡Haber montado á caballo por tan abruptos cerros, durante media hora, ella, ella que no cabalgó nunca sino en caballitos de palo, en sus juguetes de Nuremberg, cuando niña, y en los eternamente encabritados, pero eternamente inmóviles, potros de los carruseles! ¡Si le parecía mentira! El le juraba que aquello era una heroicidad.

Lo cierto es que el ferrocarril los dejó el día antes, á cosa de las cuatro y media, en la estación de Los Teques, y hubo que hacer una legua á caballo. Por aquellos caminos de cabra no cabía otra locomoción. Joaquín y su señora, desenfadada caballera, los habían conducido con mil precauciones, en dos corceles fuertes como elefantes y mansos como ovejas. Dos peones asistían á la novel amazona; al estribo el uno, el otro, el palafrenero, llevando del diestro el palafrén. Crispín era, en rigor, tan de á pie como su esposa. No cesó

de aconsejarla, sin embargo, durante el trayecto, precaviendo riesgos.

—Tira el caballo hacia la izquierda, María.

O bien:

—Cuidado con las ramas de ese yagrumo.

En alguna de estas inútiles recomendaciones, y por llevar fijos los ojos en María, iba dando él consigo en tierra. Le dió miedo, y se aferró con ambas manos á la montura, mientras abría las piernas como dos alas y se encorvaba sobre la crin del pisador. María tornó la cara hacia Joaquín, apuesto jinete, y al percibir un poco más atrás la figura del esposo, lamentable, caricaturesca, exilarante, obedeció á un movimiento natural y se echó á reir.

Crispín, aunque alebronado, no cejaba en sus exclamaciones de precaución.

—Cuidado, María.

Joaquín y la señora de éste cruzábanse miradas de sonrisa.

—Mira tú por ti—concluyó por aconsejar Joaquín á su hermano—; mira tú por ti, que nosotros nos encargamos de poner sana y salva á María en tus brazos cuando lleguemos.

María aseguraba no tener miedo. Pero de cuando en cuando buscaba fortaleza en los ojos de los demás. Por fin llegaron. Se comió, se tertuleó un momento y Joaquín y su esposa fueron á dormir en la Trilla, inmenso edificio, á poco de allí, donde se elabora el café, dejando á Crispín en posesión de María y á los dos en posesión de la casa. Por las vetustas paredes de la vetusta mansión ascendía aquella blanca luna de miel.

El caserón, obra de un alarife primitivo, era un vasto edificio rectangular, un dédalo de habitaciones grandes y chicas, sin gusto ni concierto,

entre dos amplios corredores, uno al frente, á espaldas del casuchón el otro.

Cuando Crispín salió de nuevo al corredor frontal, esa mañana, en compañía de su esposa, presentábase allí, jinete en lindo caballo ruano, Pedro, el primogénito de Joaquín, un gigante para sus trece años.

—Papá y mamá—dijo—me envían á saludar á ustedes. Que dentro de un momento vendrán.

Y torciendo su cabalgadura, el huraño y rozagante efebo se perdió entre la verdura de los árboles, al pasitrote, mientras Crispín, apoyado en María, viéndolo alejarse, soñaba en algún garrido garzón que un día viniera á darle un beso filial, en aquel mismo rincón de montaña, y partiera, ágil y robusto, á sus tareas del campo, al golpe del bridón.

LIBRO SEGUNDO

I

Julio de Nájera, el jovencito de las violetas blancas, Brummel, como se le apellidaba por su dandismo irreprochable, empezó á cortejar á Eva Luz desde la noche del matrimonio de Crispín. La visitaba á menudo, y contra lo que él pensó al iniciar sus asiduidades, y contra lo que hubiera pensado todo el mundo, Eva no fué pasatiempo, un triunfo más en su carrera de donjuanismo, sino que acaso hizo brotar en aquel corazón de enamorado profesional fuentes de puras, cristalinas é ignoradas aguas de amor.

Brummel, el sexto ó séptimo retoño de su familia, seguía la tradición, afinándola, de sus hermanos mayores. Trabajar, nunca. Convertir el más mínimo esfuerzo personal en dinero, ni por imaginación. El padre los vestía y les daba mesa y casa, más una pequeña pitanza para el bolsillo, suma que no alcanzaba jamás, ¡qué iba á alcanzar! para gastos de representación. Por donde los varios Brummeles calzaban á su fantasía las botas de

siete leguas para fraguar á diario mil trampantojos donde solían caer sastres, camiseros, zapateros, cantinas, restaurants, joyerías, etc., sin excluir á los amigos personales, á quienes de vez en cuando se sometía á la tortura del empréstito. Brummel, de los menores, era también de los más apuestos y más listos. Alto, flexible como un junco, barbilampiño, rubio, con sus cabellos ensortijados, más joven de rostro que de edad, parecía una mujer disfrazada de varón. Aquella carita de serafín, aquella finura innata, aquella zalema cortesana de su sonrisa y de sus modales escondían el alma de un perfecto canalla, de un gorrón, de un caballero de industria. Las mujeres lo sabían. Sin embargo, imposible contar más dulces victorias sobre corazones femeninos. Su carita de serafín y su nombre le daban acceso á todas partes.

Con su habitual cinismo, gracioso y sonriente, solía decir:

—No puedo quejarme de la suerte. Todos los hombres me abren los brazos y todas las mujeres me abren las piernas.

Una artista francesa, prendada de Brummel, quiso llevárselo á Europa.

—Vámonos—le decía—. Esto no es para ti. Vámonos á París. Mira; tengo una villa en Suiza, nos iremos allá, ó bien á Niza, adonde prefieras.

Pero Brummel prefería continuar en Carácas su vida regalona, ociosa, de parásito elegante, campando de golondro.

—¿Por quién me tomas? ¿Crees que puedo irme así detrás de cualquiera?

Sin embargo, sus escrúpulos no llegaban hasta renunciar á los brillantes que le regalaba la artista.

Y en su interior pensaba que alejarse de su

tierra sería tontuna cuando él podía conquistarlo aquí todo, osar á todo, por medio de las mujeres.

¡Cuál no sería, pues, la extrañeza del Lovelace cuando comprendió que Eva Luz, la chiquitina de Eva, no caía á sus pies torturada y muerta de amor! No se desviaba de él, no lo rechazaba; pero la pasión no aparecía por ninguna parte en aquella frágil criatura.

Brummel fingía creer, por picarla, que ella era incapaz de amor; que era una inferioridad, una anomalía de la niña; que así como nacen mudos, ciegos y sordos, solían nacer mujeres y hombres carentes de afectividad, seres morbosos, tan dignos de lástima como el que nace ó se vuelve loco.

Pero Eva, con estudiada ingenuidad, le aseguraba que había adorado á su primer novio. Ese sí supo despertar en ella el amor. ¿Que se había muerto? ¡Qué importaba! Aquella memoria le inspiraba aun más amor que todas las galanterías de Brummel.

Eva Luz no hablaba con sinceridad. Apenas si recordaba al difunto amante de sus diez y seis años. Pero no quería servir de juguete á Brummel. Lo conocía demasiado para creerlo. Hubiera gozado en su vanidad con verlo rendido, amartelado, sollozante de amor á sus pies; pero como no lo creía fácil, ya era un triunfo el desdeñarlo, triunfo que ella, con su instinto y su talento de mujer, sabría hacer bien ruidoso. En aquella peliaguda esgrima sentimental, Eva sentíase tan fuerte como Brummel. No se rendiría. Y de aquella caza desesperada, de aquella firmeza de la una y de aquel asedio del otro, luego de un paréntesis de indiferentismo, ingenuo y glacial, empezó á nacer en el alma de Brummel el anhelo de la cosa imposible, el suspiro por la cosa inaccesible, la aspiración al ideal, que

viene á ser, en relaciones de esta índole, amanecer de amor.

Pero el amor en el corazón de este maestro, ¿quién sino él podía adivinarlo? Ninguno, además, con tanto dominio sobre sí propio. Su profesorado galante le hizo comprender, desde temprano, que en amor el menos enamorado es quien vence; y que si á la postre un amor se cura con otro, lo cuerdo es no dejarse dominar del corazón, prevenir una pasión con un amorío, y en vez de cultivar un hondo afecto, entretenerse en más fáciles ocupaciones sentimentales.

El seguía su misma vida triunfante y alegre, dentro de la cual Eva Luz significaba, en su pensamiento, una contrariedad. Espació sus visitas, no las interrumpió. Su vago instinto de aventurero le insinuaba que debajo de aquellos techos no se olvidaría fácilmente su nombre. Y Brummel, de acuerdo con sus teorías, pensaba en la mujer de Crispín, que habitaba la misma casa, como en una presa probable, buena en todo caso para desendurecer, por celos á fuego lento, el corazón de Eva.

Allí habitaba, en efecto, María. Crispín no se resolvió á abandonar el caserón solariego. «Allí había—pensó—puesto para todos.» Tomó para sí un ala de la vasta mansión, donde vivía en plena independencia de los demás. Eran cuatro piezas: un saloncito muy coqueto, el dormitorio, el tocador y un cuarto para desahogo. Las habitaciones, pintadas, empapeladas y amuebladas de nuevo, eran muy monas y muy cómodas: una casa dentro de la casa. Fuera del comedor, el W. C. y el baño, nada le era al matrimonio común con los demás. Recibía sus visitas en su propio saloncito, independiente de doña Felipa, de Ramón y de Eva, que recibían en el gran salón, y á veces recibía á las personas

de su confianza en el mismo corredor, adornado con un mueble para sombreros, abrigos y bastones, en cuyo centro brillaba un espejo, con varios cuadros de pared y menaje de Viena. Sólo en la mesa, á los horas de comer, se congregaba la familia toda. De ahí el que Julio de Nájera hubiese durante meses visitado la casa sin toparse con María. ¡Cuántas veces atisbó ésta, por un postigo, la entrada ó despedida de Brummel. ¡Cuántas veces pensó en salir, como al azar, con el propósito de encontrarse con Julio en el corredor! Pero la idea de Crispín la sofrenaba y contenía. ¡Era tan celoso, tan ridículamente celoso! Ya habían tenido escenas, al volver del teatro, por si ella miraba ó no miraba á éste ó al otro. ¡Salir sola ella, cuándo! ¡Qué diferencia con Adolfo Pascuas, que acordaba á Rosalía plena libertad! ¿Para eso se habia casado? ¿Para vivir entre aquellas cuatro paredes; para contemplar en la mesa la cara de odio de doña Felipa? ¡Dios mío, qué desgraciada era! Y Eva, ¿por qué la repulsa de Eva? Y su marido, ¿por qué la quería con aquella melosidad, que apenas llegaba del almacén la ensalivaba á besos extemporáneos?

Casada sin amor, obligada á vivir con un hombre que ocupaba lugar en su lecho, pero no en su corazón, y cuyo carácter meticuloso y cuya vida regulada como la máquina de un reloj, era lo contrario de aquella educación desenfadada que diera á sus niñas doña Josefa, de aquella juventud alegre y sin más pauta que la aventura sentimental ó la fiesta social nuevas, cambiantes cada semana, cada mes, mal podía sentirse feliz María en aquel garlito donde cayó su inexperiencia.

Por lo que respecta á doña Felipa, era insufrible, ciertamente. María no disimulaba el miedo cerval que las pullas de la vieja le producían.

¿No tronaba la reticente anciana en presencia de la propia María, con el dañado intento de zaherirla, contra las educaciones epidérmicas, que hacían de las señoritas, casquivanas ó haraganas, damiselas ó poltronas, cualquier cosa menos amas de casa, *housekeepers*?

Cuanto á Eva, la repulsión provenía, en último análisis, de la diversidad de temperamentos. María, hipocondríaca, amiga del ocio, dejándose llevar de la corriente, era el polo opuesto de su cuñada. Eva, delgaducha, nerviosa, hacendosa, en el fondo calculadora, se parecía á su madre sin la aspereza de la anciana; pero el mismo ceñito de voluntad ó de voluntariedad encapotaba á veces su frente. Se distinguía en lo físico por la rectitud de su nariz y la altivez de su erguida cabeza de yegua árabe; en lo moral por su laboriosidad inteligente. Ella bordaba, cortaba, cosía, tocaba el piano, cuidaba sus macetas y sus canarios, leía versos, leía novelas, recibía y pagaba visitas. ¿No se brindó veinte veces á llevar sobre sus jóvenes espaldas el peso entero de aquel hogar de todos? Sino que doña Felipa no claudicaba. ¿Pero quién sino Eva ayudaba á la vieja en los quehaceres domésticos? ¿Quién solía tomar cuenta á la cocinera y dar la ropa al lavado? ¿Quién pagaba al panadero; quién dirigía con su madre el servicio? No era ciertamente María, «á pesar de ser la señora», insinuaba doña Felipa.

Con excepción de los jueves, que recibían, y de alguna que otra noche de teatro, de visitas ó de permanencia en la casa, Crispín y María, luego de comer, se iban de preferencia á la tertulia de las Linares. En torno de las hospitalarias y sonrientes arrobas de doña Josefa se congregaban siempre los numerosos miembros de su familia, ó amigos de

Rosalía y de Adolfo, pues como el matrimonio vivía allí, allí se le visitaba. Rosalía cantaba al piano, con su linda voz de calandria, ó rasgueaba el guitarrón andaluz de las serenatas. Algunas amigas solteras de Rosalía y de María acudían de cuando en cuando, y no faltaba tampoco, una vez á la semana lo menos, Ana Luisa Perrín, recién casada. El mismo Crispín desenfundó y repasó el repertorio de su olvidada flauta, y acompañaba á la alegría de las veladas. Lo cierto es que todo allí era buena acogida sonriente. María, en aquel centro, suspiraba, lejos de la adustez de doña Felipa. Adolfo Pascuas permanecía en la reunión hasta las nueve y media, hora en que invariablemente se iba al club para no regresar hasta las dos de la mañana. Muy suave, muy agradable, una historia oportuna siempre y una sonrisa para las historias de los demás, irreprochable de trajes como de maneras, con sus manos finas, blancas, pulcras, de uñas acicaladas, Adolfo era el tipo del clubman, en quien detrás del clubman anima el tahur. Poseedor de una pequeña fortuna, no la mermaba un punto, sino la ponía en movimiento en las mesas de *baccarat,* con tanta discreción y tanto acierto, que le exprimía renta no desairable, merced á la cual vivió siempre de soltero en opulencia, y vivía ahora en matrimonio con holganza rayana en esplendidez.

Cierta noche se presentó de rondón en la tertulia doméstica de las Linares Julio de Nájera.

—¿Usted por aquí? ¡Sorpresa más agradable!

Entonces el arribante explicó, muy compungido, el objeto de su visita. Ya lo sabrían por los periódicos: el río Apure, desbordado, inundó á San Fernando. ¡Cuántos hogares en ruinas! En Caracas se preparaba un concierto de caridad. Se contaba

con que Rosalía no negase el concurso de su voz, la limosna de su talento, á aquellos desgraciados. El tuvo la suerte de ser comisionado para suplicarle cooperara con el prestigio de su persona en aquella fiesta de la caridad.

Lo que en el fondo solicitaba el pillín de Brummel era acercarse á María, introducirse, con cualquier pretexto, en el circulito de las Linares. ¡Lo que á él se le importaba de la inundación, ni de San Fernando, ni del río Apure, ni de los conciertos de caridad!

II

La tertulia de las Linares, á pesar de su intimidad, estaba siempre animadísima.

El doctor Linares, el diserto y florido abogado, á fuer de genuino talento y de personalidad de cuenta, había impreso el sello de su personalidad en el hogar, sin que, por otra parte, se preocupara nunca de ello. Del amor al estudio se contagió doña Josefa, en los límites que le era dable, y de ahí nació la desaforada afición de la señora á las novelas, al punto de caer en la monomanía de encontrar en cada ser viviente el tipo más ó menos exacto de sus personajes de lectura. Rosalía heredó aquel sentimiento del arte, de la medida, del aticismo, que en el padre se traducía en ciceronianos períodos, en áticas arquitecturas de frases, y que en la hija se traslucía en la agilidad de su espíritu y en su intenso gusto por el canto y la música, cultivados con gracia y fortuna. En Mario era quizás más hondo aún y más franco el sello paterno. Mario no era un orador, sino un charlatán de grato acento y verbo irrestañable. Curioso de saber y perezoso como ninguno, salía poco durante el día de sus habitaciones—en un alto, al fondo de la casa—, que él llamaba su observatorio, por tener allí un pequeño telescopio con que se la pasaba muchas noches estudiando y oteando el cielo. Pero, en verdad, su

intermitente apego á la astronomía no era óbice para echarse á la calle de diario apenas terminada la comida. Algunas veces, no obstante, permanecía en la tertulia doméstica, donde echaba, por supuesto, su cuarto á espadas.

Esa noche acababa de salir, cuando se presentó Julio de Nájera, so pretexto de someter el programa del concierto de caridad á la aprobación de Rosalía. Pero Julio era un diablillo travieso. ¡Pues no se puso á cantar canciones al rasgueo del guitarrón andaluz!

Estreché sus quince años,
besé la boca de flor
y los cabellos castaños,
junto al viejo mar cantor.

Piensa, amada, en el amante,
no me quieras olvidar...
Y cayó una estrella errante
en la copa azul del mar.

¡Y cómo alzaba su carita de serafín cantando su canción de amores!

—Es de comérselo, como un dulce—cuchicheaba Ana Luisa Perrín, allí presente, al oído de María.

—Apuesto á que están ustedes hablando mal de mí—dijo Brummel, concluyendo el canto.

—Es cierto—repuso Ana Luisa—. Y lo peor es que María comparte mi opinión.

—¿De veras, María?

Esta asintió con la cabeza y la sonrisa. Entonces Brummel depuso el guitarrón, y fué á sentarse junto á las dos mujeres. Empezaron á charlar los tres, en grupito aparte, y algo muy alegre debía de contarles Brummel, porque ambas señoras se desternillaban de risa.

El pobre Crispín, en tormento, pretextando

cualquier cosa, invitó á su mujer á partir. María accedió sin protestar, casi risueña. Por la calle no desplegó los labios, mientras Crispín, amilanado, viendo venir la tempestad, no se atrevía á interrumpir aquel mutismo, y hasta empezaba á arrepentirse de su arranque celoso. Entraron, y el silencio no se rompía; pero no bien concluyó de quitarse el sombrero María, cuando el estallido tuvo lugar. Sonó el ¡pum! como de botella de champaña descorchada, y ya el gaseoso licor de rabia espumaba, derramándose.

—¿Sabes, Crispín? Esto es intolerable. Tú me ofendes con tus celos. ¡Dios mío! ¿Cuándo te he dado motivos para que me injuries con tales aprensiones? ¿Crees tú que eso es natural? No podré salir. No podré respirar. No volveré ni siquiera á casa.

«Casa» llamaba ella á la en que se había criado. Bien sabía que lo de «casa» disgustaba á Crispín; pero como su deseo era disgustarlo y desahogarse, lo soltó adrede. Crispín fingió no comprender y se redujo á decir:

—¿Estás loca, mi hijita? ¿Celos yo? ¿Celos de ti? Vamos, no te hagas la tonta.

Y se acercó en ademán de acariciarla. Pero María se revolvió furiosa, como fiera acorralada.

—No son momentos de besuqueos. Tu proceder es ridículo y ofensivo. No vuelvo á salir de aquí. Moriré encerrada en estas cuatro paredes, antes que exponerme á ser hazmerreir de nadie.

El se exasperó á su turno y dijo que hacía uso de los derechos que la Iglesia y la sociedad le acordaban.

María no repuso una jota y empezó á desvestirse y á acostarse. El, por su lado, se dió á trancar puertas y ventanas, esperando que pasara la tem-

pestad. Luego, desvestido á su turno, en camisa de dormir, tomó la palmatoria y se puso á registrar debajo de los sofás, detrás de las puertas, dentro de los armarios, por todas partes, según su costumbre, como si en cualquier rendija hubiera podido esconderse algún ignorado enemigo ó algún ágil ladrón. Después se arrodilló á rezar, y ya por fin vino á acostarse, temeroso, con precauciones. Su mujer, la sábana hasta la cabeza y vuelta hacia el muro, fingía no sentir. Tendido en el lecho, inmóvil, sin atreverse á tropezar con ella, Crispín, en voz queda, temblorosa, la llamó:

—María, María.

Esta no quiso responder.

—María.

—¿Qué es?

—Oye, mi hijita: voy á explicarte...

—No necesito de explicaciones. Mejor es que te duermas.

Entonces él, á pesar de todo, empezó á sincerarse. No era cuestión de celos. ¡Cómo iba á celarla á ella, un ángel! Pero él quería un rorro, un bebé, un hijo.

—Mira: fuí en casa del médico. Lo consulté. El doctor me recomienda acostarme temprano, madrugar, agua fría, buena alimentación, vino de quina, ejercicio, menos escritorio. Ya ves: no deseaba esta noche sino recogerme temprano; cumplir la prescripción. Mañana me verás salir con el alba. Yo lo que quiero es un bebé, María, un bebé.

Su esposa lo había escuchado sin interrumpirlo, con extrañeza, con rabia, con risa, con lástima. ¡Dios mío, y aquello era su esposo! ¡Pobre hombre! Y pensaba: «¡Un hijo, un hijo!... También lo quisiera yo para llenar el vacio de mi existencia; pero tú eres incapaz de esa fábrica.»

Y como en los matrimonios estériles cada cónyuge achaca al otro, aunque sea de pensamiento, la esterilidad, ella le agradecía con vago agradecimiento, meramente instintivo, el que su esposo no la culpase á ella y se dispusiera á medicarse por creerse él solo incapaz de la paternidad.

—¿Y qué más te dijo el médico?—se aventuró á preguntar.

—Añadió: «No haya preocuparse; un día ú otro eso vendrá.»

—Y de mí, ¿te habló algo?

—No; no me atreví á exponerte en consulta.

—Bueno, Crispín. Pues yo te digo como el doctor: «Eso vendrá.»

El quiso estrecharla en sus brazos y darla un beso—un beso de gratitud por aquella promesa equívoca—; pero María lo rechazó dulcemente.

—No; ahora no. Vamos á dormir.

Entonces Crispín, con su voz más cariñosa, con voz como forrada en algodones, se atrevió á demandarle:

—¿Me quieres, María?

—Sí.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Pues mira: yo te adoro. Sería capaz de dejarme descuartizar por ti. ¡Si supieras cuánto sufro algunas veces con tus contrariedades! Quisiera para ti toda una vida color de rosa. ¿Por qué disgustarse á veces? Es necesario ser tolerante con mamá, con Eva. ¿Tú no me ves á mí? ¡Por cuántas paso!

María lo interrumpió:

—¡Ah! por lo que respecta á tu madre, bien sabe Dios lo que soporto. ¿Y Eva? He terminado por no hablar con ella sino lo indispensable. Por ti, no

por mí, deberían ser ambas un poco más benévolas.

La desavenencia entre su familia y su mujer era de las mayores torturas de Crispín. Entre aquellos afectos suyos encontrados, entre aquellos seres queridos, entre aquellos perros y gatos de su hogar, la víctima era él. Fingía no ver; fingía no oir. ¿Pero cómo no contestar cuando lo increpaba doña Felipa:

—¡Hijo mío; bonita holgazana has traído á la casa!?

O bien cuando María le afirmaba que doña Felipa, fuera de Ramón, y acaso de Eva, no amaba á nadie, y empezaba á aborrecer á la humanidad en Crispín.

Eva era la más prudente. Sin embargo, ¡cómo se mortificó él, una ocasión que la oyó, detrás de una persiana, dictaminar:

—¡Pobre Crispín! Esa no es la mujer que le convenía. Mientras él se mata allá en el almacén trabajando, ella pasa los días en la cama, como una odalisca, ó bordando ese cojín que no termina jamás!

De Ramón, no se diga.

¿No se atrevió á expresar á Crispín, en propia cara, que doña Josefa, vieja verde sin escrúpulos, llena de damerías, educó á María pésimamente, en ocio é ignorancia; que Rosalía—la angelical Rosalía—era una descocada, y Adolfo Pascuas un tahur?

¡Cuánto le dolían aquellas apreciaciones infames y calumniosas en boca de un hermano, aunque ese hermano fuese Ramón, tan consentido, tan atrabiliario, tan lenguaraz!

Oyó un ronquidito. Su mujer dormía. Y siguió pensando, pensando en que pronto vendría un

bebé, cuya presencia barrería, como enviado por las hadas, todos los rencores y orduras del hogar.

¡Qué efectos morales, qué cambios con aquella aparición!

La maternidad abriría en su esposa los ocultos tesoros de aquella mina de afectos. Doña Felipa rejuvenecería en el amor del nieto, volviendo á ser madre, ¡á su edad! Eva, Ramón, subyugados á la ley del chiquitín, ley de ternura y de paz, fraternizarían, ¿no es cierto? con María. Cuanto á él... ¡ah! para él, aquel chiquitín esperado, aquel Mesías, ¡qué alientos iba á infundirle, qué horizontes de aurora descorrería á sus ojos! Empezaría otra vida, la buena, la nueva, la verdadera é ignorada. Todo el dolor suyo, toda la amargura de su infancia y de su juventud no eran sino crisoles, una preparación á la futura felicidad.

Cuando á la madrugada se durmió, por el pálido rostro de Crispín erraba una sonrisa.

III

A un extremo de la enramada, al frente de las enredaderas de corregüelas azules y de blancas madreselvas, Eva trabaja en su mesita de labores. Corta un claro percal mosqueado de puntos rojos, atareada en hacerse una basquiña. La tijera en la mano, interrumpiéndose, vuelve la cabecita con agilidad viperina al sofá donde Ramón y doña Felipa cuchichean.

—¡Jesús! Parecen ustedes conspiradores.

Como apenas le hacen caso, pónese á tararear, con intención, la música de los conspiradores en el coro de *Hernani*.

Ramón se levanta, sacude la tela del pantalón con su amarilla y delgada vara de vera; luego saca el reloj y exclama:

—Ya es hora: me voy.

—Me alegro—dice Eva—; con eso te llevarás tus papelotes, que me están estorbando.

Ramón recoge, en efecto, un rollo de cartones de sobre la mesita de labores de su hermana, y clavándole á ésta de paso por la espalda ambos índices como un par de banderillas, se despide, el cariño en la voz:

—Adiós, mala pécora.

Sale risueño, toma el primer coche que atraviesa, y le endilga:

—A casa de Perrín y C.ª

Ramón no se había marchado á Europa, con su piedra caliza en el bolsillo, á formar la cacareada compañía para la fabricación del cemento romano. La bailarina de Italia tampoco había partido. Doña Felipa, mitad por avariciosa y ante la perspectiva de enormes proventos, mitad por aquella debilidad de su senectud, por el afecto loco é increíble hacia el increíble y loco de Ramón, se resolvió á aflojar los cuartos. Toda una historia. Con el mayor sigilo se vendió una acción del Banco de Venezuela, de tres que poseían. Aunque estaban á nombre de la anciana, como la mayoría de los bienes, aquello no era suyo, sino de todos. La vieja, sin embargo, engatusada por Ramón, se allanó á venderla. Mas, ¡qué rifirrafe suscitó la escatimosa y terrible anciana cuando se convenció de la zancadilla, de que Ramón la engañaba, que no partía, y á la sospecha de no existir tal piedra caliza en las montañas de *Cantaura!* Ramón hubo de convencerla. Aquello no era un escamoteo, ¡qué había de ser! ¡Cómo dudar de él, de su honradez, de su sinceridad! ¡Tiempos más calamitosos. ¡Cuando hasta una madre como ella se permitía sospechar de un hijo como él! ¡Caramba! Ya vería doña Felipa los proventos de aquella suma. Por lo pronto le indicó, mera medida de prudencia, para el caso de algún fortuito reclamo, de alguna extemporaneidad de Joaquín, de Rosendo ó del chisgarabís de Crispín, que hiciera reparaciones en la casa con motivo del matrimonio de éste, que regalara á la novia un objeto de cuantía; en fin, que pusiera en movimiento algún dinero. ¡Pero quién iba á atreverse! ¡A una madre! El, por su parte, embolsó doce mil francos. La bailarina tuvo, por supuesto, una recrudescencia de amor. No podía abandonar á su *cariño*. E irse, ¿á qué, adónde? ¡Eran tan felices en Caracas! Ya no

lo inducía á partir, como Aida á su amante, en la ópera de Verdi:

Fuggiam gli ardori inospiti
di queste landi ignude...

Sólo que ella quería trabajar, no serle gravosa.

—Mi padre tenía un café en Milán. Conozco, de cuando chica, el negocio de cantina. Compra un mostrador, una armadura, unos cuantos licores; se abre un saloncito, y ya ves, yo trabajo y ganaremos ambos.

Al poco tiempo la bailarina instalaba su café, con un servicio de cinco italianitas, en el Puente de Hierro. Al frente de la cantina se leía, de noche, en letras de gas: *El Café Milanés*. Sino que los doce mil bolívares no alcanzaron y hubo que sacar á crédito muchos artículos. El café producía. ¡Cómo no! Allí se expendían, no sólo vinos del Vesubio y mortadelas de Bolonia y marrasquino y gorgonzola, sino sonrisas, besos; algo más dulce que el marrasquino, más embriagante que los vinos del Vesubio, más sonrosado que las mortadelas de Bolonia.

Todas las noches, larga fila de victorias y calesas estacionábase en el Puente de Hierro, ante las puertas resplandecientes del *Café Milanés*. Diputados, senadores, ministros, mozos, viejos, solteros y casados, se apeñuscaban, al son de la orquesta, á libar una copita, entre requiebro y requiebro. Ramón dejaba correr la bola, encantado de las habilidades de su bailarina. Pero un día, el día menos pensado, la bailarina abandonó todo: á su amante, á sus pingües italianitas, á sus amigos de ocasión, su Puente de Hierro, su *Café Milanés*, todo, y llena de dignidad y de distinción, los bolsillos bien repletos, y no de las brisas del

Guaira, se fué á vivir vida de gran señora entre los brazos y en una bien puesta mansión del gobernador de Caracas.

Al negocio, en menos de quince días, se lo llevó la trampa. Todas fueron volando, una á una, las palomitas de Italia, hacia diferentes palomares, sin olvidar, en el ímpetu del vuelo, alguna que otra caja de marrasquino ó del buen *Lachryma Christi* del Vesubio.

Ramón, por su parte, recrudeció su odio contra el gobierno. Y cuando se trataba del gobernador,

—¡Ah, bandolero!—decía apretando los puños—. ¡Yo te cogeré en mis manos! ¡Deja que estralle un triquitraque! ¡Deja que se presente la primera revolución! ¡Deja que venga el general Hernández!

Pero todo pasa, todo, hasta las más crudas ideas de venganza. Y mientras el general Hernández llegaba, mientras sonara el triquitraque vindicativo, Ramón pensaba y ponía por obra algún chanchullo de los que solía él, con gravedad académica, apellidar negocios.

¿No había metido en la cabeza á Perrín la conveniencia de fabricar casas de vecindad en Caracas, caserones donde la pobrecía por precio módico tuviese albergue?

Tanto y tan alucinantemente se la insinuó, que Perrín se allanaba á la idea de fabricar junto con Ramón caserones de tres pisos, de cuartos pequeñitos, baratos, para menestrales.

Luego de mucho titubeo, Perrín se decidió á pedir los planos, y allá iba Ramón esa tarde con sus rollos de cartones topográficos.

—Oiga usted, señor Perrín—explicaba Ramón entusiasmándose ante la excelente disposición del negociante—; oiga usted: fabricaremos, según estos

planos, tres, si usted prefiere, cuatro, sí, cuatro caserones de á cincuenta piezas cada uno. Cada edificio viene á costar, vea usted el cálculo, sesenta mil bolívares, sesenta mil nada más, una bicoca. Calcule cinco pesos de alquiler mensual á cada pieza... Si es lo que yo le digo...

A Perrín le parecía excesiva la tarifa de cinco pesos. Pero Ramón no se paraba en pelillos.

—Póngale usted cuatro; póngale usted tres y medio. Saque la cuenta. Vea lo que reditúa. ¡Si es una ganga!

Perrín oponía reparos. Encontraba enormes los edificios.

—¡Cincuenta cuartos! Reduzcamos á veinticinco. En el trópico, usted sabe, ¡con estos calores! Aquello olería como una jaula de monos.

Ramón se escandalizaba.

—¡Ah, no señor! Vea usted los planos: ventilación; ventana y puerta en cada pieza. Y luego agua, el agua, véalo usted, en todas partes.

El espíritu práctico de Perrín se fué al grano.

—Oiga, amigo mío. Estamos tratando las cosas como si fuéramos el Concejo Municipal ó alguna Junta de higiene. Vamos al fondo.

—Pues bien; vamos al fondo. Cuatro caserones de cincuenta piezas costarán, precio mínimo, 240.000 bolívares. Alquilándose cada habitación á 14 ó 16 bolívares mensuales, el capital, es decir, los 240.000 bolívares reditúan mucho más del 12 por 100 al año.

—Es verdad.

—Y ahora—añadió Ramón con una sonrisa—, como nos proponemos obra de utilidad pública, pediremos—usted pedirá y le acordarán—exoneración de derechos aduaneros para los materiales. Ya usted sabe lo que esto significa. Haremos un buen

negocio. Cuando yo le digo, señor Perrín, que haremos un buen negocio...

Perrín asentía. La idea no merecía desdén. Pero ignoraba aún el papel de Ramón en el desarrollo del plan.

—Y para llevar el proyecto á término, señor Luz, usted cuenta con...

—120.000 bolívares, la mitad de lo presupuesto —interrumpió Ramon, imperturbable.

—¿Usted los apronta? ¿Usted los tiene?

—Mi madre me fía.

Y le expuso, con más detalles que nunca, el proyecto. No sólo aprontaba la mitad del capital —tomando los 120.000 francos, por supuesto, á interés, al mismo Perrín—, sino que dirigiría la obra sin percibir estipendio alguno por su trabajo personal.

Hacía calor. Cristalizándose en perlas, el sudor resbalaba por la calva de Perrín hasta la frondosidad de las cejas. El apoplético negociante enjugaba su frente con el pañuelo de seda, pensativo.

Con la fortuna de la anciana le sucedía á Perrín lo propio que á doña Felipa con la fortuna del comerciante, y lo mismo que sucede á todo el mundo con la riqueza de los demás: siempre se piensa mayor de lo que en realidad es. ¿Doña Josefa Linares, por ejemplo, no llamaba á Perrín el *Nabab?* Con ojos de aumento ve la gran mayoría, no meros capitales, sino cosas más palmarias, talento, valor, hermosura, etc. De ahí las leyendas en torno de ciertos nombres. A diario convierte el público en don Juan á un afortunado en dos ó tres lances de amor; en Bayardo el caballero á un vulgar duelista; en Juno, «la de los ojos de buey», como canta Homero, á cualquier chiquilla de miradas gachonas. Por eso cada quien posee dos va-

lores: el intrínseco y el que se le asigna en el mercado social. Por eso cada quien aspira á merecer el mejor concepto público.

Perrín no cerró trato; no convino en nada concluyente. Pero cuando el vulpino de Ramón se despidió, íbase tan campante como si llevara los doscientos cuarenta mil francos de Perrín en billetes de banco entre las hojas de su cartera.

IV

Era la noche del concierto de caridad en obsequio de los inundados de Apure. Los coches iban entrando, al paso, en el vestíbulo del teatro Municipal. Entraban por la izquierda, se detenían un punto, mientras descendían las pecheras blancas, los negros fracs, las mantillas color de crema sobre los altos peinados y sobre los hombros desnudos, y salían por la derecha á estacionarse en la ancha plazoleta, en torno de la estatua en bronce de un prócer de la independencia. La multitud, al apearse, luego de ascender una gradería, se desparramaba á ambos lados de la escalera presidencial, y penetraba por el boquete del centro á las plateas y á las poltronas de patio, ó bien ascendía á derecha é izquierda, por las escaleras alfombradas de rojo con barras transversales de cobre reluciente, á perderse é instalarse en los palcos del primero y segundo piso.

El teatro resplandecía.

Una inmensa culebra de rosas, de jazmines del malabar y de azucenas, trenzadas con verdes hojas, ceñía la delantera de los palcos, ondulando en los intercolumnios, como puentes colgantes de flores y perfumando los bustos de máximos maestros de la armonía: Beethoven, Mozart, Bellini, Donizetti, Berlioz, Wágner, Chopín, Schúbert, Wéber, Gounod, etc.

Aquí y allá telas vaporosas de lila, de salmón y de azul; volantes montados con frunces y recubiertos con encajes de Malinas, faldas de velo de seda nutria con guarniciones de terciopelo; blancas espaldas mórbidas, rasgados y negros ojos semitas, vellidos brazos trigueños, torneados como para abarcar toda la dicha de un apretón, boquitas encarnadas, golosas de caricias, cabelleras obscuras donde se enmarañaban las gotas de rocío de los diamantes, lóbulos de rosadas orejas en las que fulgecía la chispa azul de un zafiro, cuellos de cisne abrazados de perlas, cabecitas morenas y castañas besadas de un jazmín ó de un clavel.

En un palco central de primera fila se destacaban, en los asientos de adelante, Ana Luisa Perrín y María; en los asientos inmediatamente posteriores veíase á Adolfo Pascuas detrás de Ana Luisa, y detrás de María á Julio de Nájera; y allá, en el fondo del palco, á Peraza, el marido de la Perrín, y á Crispín Luz. Rosalía y doña Josefa andaban por entre bastidores, y Mario Linares, desde un asiento del patio, clavaba su binóculo en la cabecita erguida y nerviosa de Eva Luz, cuyo perfil se divisaba en la platea, debajo del palco de María, junto á la barbilla á la Demóstenes de su hermano Ramón.

Salieron á la escena, cantaron y tocaron, más ó menos bien, caballeros y damas, ya artistas, ya aficionados, á quienes se ovacionaba por galantería. Luego presentóse el pianista caraqueño Salicrup, artista de veras, que interpretó á maravilla, con maestría digna de Teresa Carreño ó de Paderewsky, una sonata de Beethoven. El público se desgajó en sinceros aplausos. Llegaba el número de Rosalía. Apareció radiante, impávida, risueña, del brazo del director de la Academia de Bellas

Artes, inclinada su cabecita de alondra, en mohín de ingenuidad, sobre el hombro izquierdo. Había comido esa tarde, con algunas otras personas de las que tomaban parte en la fiesta, en la casa del director de Bellas Artes, y acaso el desparpajo suyo, la serenidad de su semblante, apuntalábase en algunas copitas de champaña.

Vestía un traje escotado de tul negro, con incrustaciones de flores en color y de tul *pailleté*. Las hombreras, de terciopelo, y una gran orquídea en la cintura. En las orejas, dos corales rosa pálido, y sin otro adorno la cabeza que el de su propia gracia. ¿Por qué vistió ese traje que no era quizás el más propicio á su morena hermosura? ¿Por qué se aferró en no escuchar á Adolfo, que le aconsejaba acicalarse con el traje *princesa,* de muselina blanca sobre fondo rosa, *pailleté* de azul, que tanto le sentaba en las noches de fiesta? No quería confesarlo, pero obedecía á una superstición, á una *cábula*, como dicen los gariteros. Aquel traje le era propicio; siempre que se lo puso le sucedieron cosas gratas. Lo llevaba, pues, en previsión de su triunfo de artista como un *porte bonheur*. Acompañada por la orquesta del teatro cantó el aria de los pájaros, de la ópera *I Pagliacci,* aquel himno á la libertad individual, al amor del vuelo y del ritmo, tan en armonía con su temperamento. Cantó con sentimiento, con gusto, sin titubeos. Las notas de los violines volaban como pájaros, ávidos de la luz y del esplendor de las campiñas. Y en las alas líricas de los violines se lanzaban al aire como un coro de alondras las voces del instrumento humano. Las arpas eolias, los sistros, las flautas de cristal, no cantan como aquella garganta, ni se emocionan como aquella alma que celebra el triunfo del ala, la hermosura del pío, el santo anhelo del

corazón que aspira á amar y á volar, como las aves del cielo.

Apenas concluyó, cuando ya una salva de aplausos la saludaba, mientras el director de Bellas Artes, obsequioso y risueño, le presentaba un magnífico ramillete que la galantería oficial, previsora siempre en salir al encuentro de las vanidades, dispuso para el triunfo con veinticuatro horas de antelación.

Cuando Rosalía salió á la escena, el que tembló como un hombre de azogue fué Crispín. Adolfo Pascuas, no. Estaba seguro de su mujer. A pesar de todo, mientras ella estuvo en el escenario, se torturó Adolfo hebra á hebra el sedeño bigote, que no llevaba más á la borgoñona, sino guiado en haces de púas hacia los ojos, según la moda última, á lo Wilhelm, *Germaniæ Imperator*.

Radiosa, feliz, María apenas se daba cuenta sino del acaramelado Brummel, de los discreteos del lechuguino, quien inclinándose á cada paso encima de los desnudos hombros de la deseada, le miraba los blancos senos, y respiraba adrede un chorro de fogoso aliento sobre aquellas espaldas, por las cuales corría, desde la nuca hasta las caderas, á cada resuello de Julio, una escala de calofríos.

El concierto finalizó temprano. Cuando Adolfo Pascuas y Brummel llegaron al club, luego de conducir el uno y acompañar el otro á Rosalía al hogar, sería á lo sumo la media noche. La partida de *baccarat* estaba animadísima, como que el banquero, un figurón de la política, macilento, canoso, aburrido, parecía gozar con voluptuosidad malsana, con una suerte de masoquismo económico, en perder lo suyo.

En el círculo, gracias á su mala fortuna, este

personaje era muy popular, casi tan popular como otro banquero pequeño, gordo, redondo como una bola, moreno, de ojos inteligentes, chacharero, nervioso, agitando casi siempre los brazos, contestando á cien personas al mismo tiempo, ocupándose de todo. Estribaba la popularidad de este banquero en que presumía de manirroto y alocado, aunque lo era sólo en apariencia. Hombre sagaz y calculista, levantó su fortuna á pulso, en corto lapso, en contratos con los gobiernos; pero á fuer de hombre perspicaz, se dejaba explotar de unos y roer de otros con la sonrisa en los labios, haciendo prosélitos y ganando voluntades, y seguro de que varios de aquellos mismos hombres, que algún día lo reemplazarían á él en los favores oficiales, no le serían hostiles ni á sí ni á sus intereses, en recuerdo de la camaradería y generosidad de antaño. En resumen, era un lince aquella morena bola de carne, perspicaz, charlatana é inteligente.

De él decían en el club:

—Que gane bastante. Es de los nuestros.

Respecto al viejo de cara aburrida, la opinión más jugosa era la de Ramón Luz.

—Don Fulano, por lo menos—decía Ramón—, pone en circulación lo que se roba. Da al César lo que es del César: su alma de esclavo y su rostro de escupidera. Y da al *baccarat* lo que es del fisco.

El personaje cuyo rostro servía de escupidera al César, según la benévola frase del benévolo Ramón Luz, apenas entraron Brummel y Adolfo Pascuas, muequeó en esguince de hastío, acaso para indicar el desahucio de todo, hasta de la guiña, pues empezaba á desquitarse. Recogió su dinero —una cesta de fichas—, se levantó, y sin desplegar los labios se fué.

—Adjudicad la banca—dijo una voz imperiosa.

Entonces alguien anunció:

—Cincuenta luises.

Un empleado, á espaldas del gurrupié, empezó á subastar la banca.

—Cincuenta luises: á la una, á las dos, á las...

—Sesenta...

—Setenta...

Las voces iban repercutiendo en distintos puntos del salón. El empleado volvía con premura la cabeza hacia donde aparecía la última oferta, el mejor postor.

—Ochenta.

—Noventa.

—Cien luises—dijo en voz clara y rotunda Adolfo Pascuas.

Como no hubo quien pujara más, la banca se le adjudicó.

Adolfo, muy familiar con aquel público, reputado como admirable de sangre fría en la talla, estiró los puños de su camisa, muy finchado en su frac, vióse las pulcras manos con una casi femenil coquetería, y volviéndose á un lacayito que esperaba órdenes junto al banquero, le ordenó:

—Tráigame quinientos luises.

El lacayito partió apresurado, y regresó á poco de la caja con una cestita de mimbres rebosante de fichas amarillas de á cien francos. Luego de entregar las fichas presentó al banquero una pluma empapada en tinta y una tarjeta de color anaranjado, en cuyos centros, en cifras rojas, se leía: 500. Y Adolfo Pascuas firmó al pie de este letrero: «Vale por quinientos luises, que me comprometo á pagar mañana á las cinco de la tarde.»

Empezó á tallar con intermitencia de fortuna. Pero hacia la mitad de la baraja triunfó su buena

suerte habitual. Y sonreía con amabilidad ante las protestas, á la sordina, de algunos jugadores.

—Imposible ganarle.

—¡Qué hombre!

—¡Qué suerte!

De pronto, en un lance,

—*Ocho*—dijo el banquero, volviendo un ocho de pique y una dama de caró.

—*Nueve*—respondieron á la derecha.

Y en seguida, á la izquierda:

—*Nueve.*

Adolfo esperó que el gurrupié pagara ambos cuadros. Echó una ojeada á los nuevos envites, calculó un segundo en sus mientes, pero algo no le convino de seguro, porque exclamó en francés:

—*Messieurs: Il y a une suite.*

—Yo la tomo—repnso una voz.

Y apenas se levantó el banquero, cuando ya ocupaba el sitio la figurita de serafín de Brummel.

Como Adolfo pensaba continuar de tallador, había dejado á la diestra del marmolito donde se apoyan las cartas la cesta llena de fichas—capital y ganancias—que le pasó el gurrupié.

Cuando los jugadores se apercibieron de quién era el sustituto de Adolfo, empezaron á retirar, unos con disimulo y otros francamente, las apuestas, sobre todo las de cuantía. Apenas quedaron aquí y allá, sobre el tapiz, los envites pequeños, de uno, de dos, de tres luises.

La morena bola de carne, inquieta, charlatana y risueña, que jugaba de pie, retiró una torre de fichas amarillas, pero como condescendencia, dejó una sola isla gualda en aquel lago verde. Y apoyó su cóndescendencia en una ironía que todo el mundo celebró.

Brummel,. impertérrito, fingía no ver ni oir.

Repartió la baraja. Luego vió su punto y ofreció:

—Carta.

De ningún lado pidieron. Tomó una para sí: una figura.

Entonces, con la mayor tranquilidad del mundo, el lindo Brummel, el encanto de las mujeres de Caracas, Brummel, el de la carita de serafín, lanzó displicentemente sus cartas al depósito de cartas jugadas, puso por delante del gurrupié la cesta rebosante con las fichas de Adolfo Pascuas, y con voz de imperio, con aquella voz que había rendido tantos corazones, le dijo:

—¡Pague!

El gurrupié titubeó, en silencio, un instante, y sus negros ojos buscaron los ojos de turquesa de Adolfo Pascuas. Las turquesas sonrieron, con un meneo de párpados afirmativo.

—Pague usted—insistía Brummel.

Y el gurrupié, ya autorizado por la señal de Adolfo, empezó á repartir las fichas ajenas entre los ganadores del fullero, del sollastre hecho á la tolerancia, al mimo, del querubín Julio de Nájera, á quien todos los hombres abren los brazos y todas las mujeres abren las piernas.

—Yo te arreglaré eso mañana—prometió Brummel levantándose y dirigiéndose á Adolfo Pascuas.

—No corre prisa—repuso el otro, con la ironía de quien sabe que no verá más su dinero.

Brummel, poco á poco, sonreído, comentando con un amigo la mala suerte, abandonó el salón; y cuando Brummel hubo partido,

—¡Qué tupé!—exclamó uno de los presentes.

Y antes de empezar la talla, mientras barajaba, tranquilo, risueño, con indiferencia, con naturalidad, Adolfo Pascuas empezó á referir una de esas remembranzas de jugador, anécdota semejante al

peregrino caso de que él acababa de ser víctima; el descarado timo de dos griegos, en el *Círculo de la Esgrima*, en París.

—El banquero, el italianito marqués de Villa-Marina, venía echando la baraja con suerte increíble. A cada paso: *ocho, nueve*. Un buen señor que jugaba de pie, por la mucha afluencia de público, lanzó á la mesa un billetín arrugado, un billete de cincuenta francos, su último billete quizás. Villa-Marina perdió esa vez. El billetico arrugado permaneció encima de la mesa, con más cincuenta francos en fichas. El banquero volvió á perder, el gurrupié volvió á pagar, y ya el montoncito anónimo ascendía á doscientos francos. Villa-Marina perdió dos ó tres veces más, y hubo que reponer la banca. El montoncito crecía. Como nadie reclamaba aquel dinero, y todo el mundo empezaba á fijar allí la atención,

—¿De quién es ese envite?—preguntó el comisario de juego.

Entonces un griego, muy fresco, delante de todo aquel público, dijo:

—Del señor.

E inclinándose encima de la mesa, y acaparando aquel dinero de otro, lo puso por delante de un paisano y compañero suyo, que le quedaba á la derecha.

El compañero dejó correr la bola y empezó á contar con la mayor calma, como para cerciorarse de que no le faltaba nada. Hubo, en medio del silencio, un cruce general de miradas. Y la risa no pudo contenerse cuando, por no sé dónde, una voz desconocida preguntó:

—A ver, señores: ¿cuál de ambos griegos tiene más tupé?

V

Son las seis de la tarde. Crispín entra en su casa, de regreso del almacén.

¡Qué soledad, qué murria, dentro de aquel caserón desierto!

A María, enferma, hubo que dejarla partir á Macuto, según prescripción médica; por allá anda en compañía de la excelente doña Josefa y de Rosalía. A él no le es posible, dado sus quehaceres en la casa Perrín, sino tomar el tren los sábados en la tarde para regresar á Caracas el lunes en la mañana.

¡Qué soledad, qué murria, dentro de aquel caserón desierto!

Eva anda por fuera, con amigas; á Ramón, muy atareado desde que entró en fábricas é intimidades con Perrín, apenas se le ve, cuando se le ve, sino á las horas de comida. Crispín se dirige, según costumbre diaria, á la pieza de su madre para saludarla, al regreso, con un ósculo en la frente. Pero hoy no puede verla. Doña Felipa le grita, desde el interior:

—No entres, Crispín. Me estoy vistiendo.

La servidumbre, hacia el fondo, no aparece por los corredores principales. Las luces del crepúsculo mueren, y aun no comienzan á encender las lámparas. El jardín, en sombra, parece un campo

fúnebre de cipreses y asfodelos. Los boquetes obscuros de puertas y ventanas, oquedades siniestras.

¡Qué soledad, qué murria, dentro de aquel caserón desierto!

Crispín se endereza á sus habitaciones, toma la flauta y ensaya á tocar; pero aquel tañido agudo, en la obscuridad, le destempla los nervios; la flauta suena como una ironía. La melancolía penetra su espíritu. Pone á un lado el instrumento, arrodíllase en el reclinatorio de ébano, en cuyo cojín ahueca el raso—huella de las rodillas de la ausente—. Empieza á rezar, delante de un Cristo flácido, que abre sus descarnados brazos con mueca de impotencia; pero vencido Crispín, quién sabe por qué ignotos dolores, y enterneciéndose por la plegaria ó por el recuerdo, deshíncase y va á echarse encima de un diván, las manos en el rostro, sollozando, bañado en lágrimas.

¡Qué soledad, qué murria, dentro de aquella alma desierta!

Sin un amigo, sin un afecto, amando á los que no le aman; ajeno á cuanto no sea el trabajar mecánico, la vida monótona, la existencia á compás. Sin una sorpresa en los recodos del camino, sino la carretera ancha, igual, sola, muda, recorrida ayer y que mañana recorrerá lo mismo. ¡Qué aridez de ruta! ¡Qué travesía más guijeña! Sin un recental que bale, detrás de la vaca, al regresar á la alquería; sin un árbol copudo con sus pájaros entre la fronda; sin una canción que salga de los ranchos, á la luz de la luna; sin divisar desde el horizonte el humo doméstico curvándose en espirales, en tirabuzones de sombra, prueba de que la amada y el puchero esperaban nuestro arribo; sin fuentes cristalinas y parleras adonde vayan por agua las muchachas del lugar, la tinaja ó el cántaro á la

cintura, la canción y los besos en los labios, y el rojo clavel, como al descuido, entre los cabellos negros.

¡Qué soledad, qué murria, dentro de aquella alma desierta!

Esperaba que su hijo, su primer hijo, le traería la felicidad... y el primogénito no llegaba, á pesar de cumplir él con las prescripciones médicas; y lo que es más, á pesar de las promesas al Nazareno de *San Pablo* y á Nuestra Señora de las Mercedes. Su mujer, á quien adoraba, ¿no era también su tormento? ¿Cómo explicarse el desapego de María? ¿Será desamor ese desvío; será obra de su naturaleza versátil y caprichosa esa indiferencia? ¡Cuánto se hubiera dicho feliz si al llegar él de sus labores, por ejemplo, María se abalanzara á su encuentro con un beso, con una frase, con una ternura cualquiera! Si al partir ella le recomendara un pronto regreso; si en alguna ocasión, con algún pretexto, ella le manifestara la más mínima, espontánea inclinación. La amaba, sí, y quería ser amado. Su corazón, para alentar, necesitaba de afecto; se marchitaba sin el rayo de amor y sin rocío de ternuras, como las plantas sin el agua y el sol.

¡Pensaban acaso que porque nunca se quejase vivía con placer aquella vida suya de números y de vulgares epístolas; de habladurías de Ramón; vituperios de Schegell; ínfulas de Perrín; cizañas y peloteras entre su mujer y su madre!... ¡Ah! ¡Y la tortura peor, los celos!—no de Pedro ni de Juan—¡Dios lo libre de acusar á nadie! pero de una cosa vaga, quimérica, y sin embargo, existente, que filtrándose poco á poco en el alma de su esposa, lo desgraciaba á él, al marido. ¡Y había que fingir, Dios santo! ¡que fingir indiferencia, acomodo! ¡Había que tolerar el que la esposa se ausen-

tara y fuera á instalarse allá, muy lejos, sin él, en un balneario! Había que pasar por todo. ¡Cómo no, tratándose de la salud de su mujer! Por fortuna, la acompañaban la excelente doña Josefa y la angelical Rosalía.

La comida fué silente, aburrida. Eva llamó por teléfeno para anunciar que comía fuera, en casa de amigas, y para que Ramón fuese por ella á la noche. Este, con aspecto preocupado, no pronunció diez palabras durante el ágape familiar. Doña Felipa se redujo á quejarse de un hipo que apenas se alivia con bicarbonato de soda. Crispín tampoco desplegó sus labios. En aquella mesa tediosa no se oían frases sino por el tenor:

—Fulano, llévese la sopa.

—Páseme las albóndigas, Fulano.

O el quejido rabioso de la anciana:

—¡Caramba! ¡Demonios! Este hipo es insoportable.

Luego de terminada la comida, Ramón se puso á fumar un cigarrillo, esperando las nueve para ir por la hermana; la vieja, que apenas probó guiso, se retiró á sus habitaciones, eructando, ahíta, indigesta, seguida por la doncella con la copita de agua carbonatada. Crispín se restituyó á su apartamento. Sin otra luz que la de una cerilla ó pábilo á caballo sobre un crucero de corcho, dentro de un vaso de aceite, enfrente del altarito, las piezas de Crispín, obscuras, silenciosas, vacías, eran como el símbolo de aquella existencia de su morador, tan subterránea, tan callada, tan opaca.

En la desolación de su vida, se asía Crispín del trabajo, como el que resbala por un abismo se ase de una brizna de hierba, sin esperanza ó con esperanza vidriosa de que aquella levedad pueda resistir tal pesantez. Trabajaba como un negro; se

hundía en la labor como en una piscina, queriendo olvidar en el tráfago la acerbidad de sus horas. En ínfimas cartas á ínfimo cliente de ínfima provincia, metía Crispín de su alma, sobrecargo de conciencia, desperdicio de esfuerzo. Sugería la idea de un mozo de cordel atolondrado que para alzar un almohadón de plumas malgastara el vigor del parihuelero que se atreve con un piano. Era el que antes entraba y el último que salía del almacén. Había concluído por sentir orgullo cuando se le preguntaba sobre la marcha de los negocios.

—¡Ah, la casa, viento en popa! Yo, atareadísimo. Apenas tengo tiempo de nada.

Encantado con aquella laboriosidad siempre creciente, con aquel celo increíble por los intereses de la casa, Perrín se descansaba, más de lo justo, en su *hombre de hierro*. Así lo bautizó, en un rasgo de buen humor: el *hombre de hierro*. ¡Y para cuántas ocupaciones, ajenas á los deberes de almacén, lo llamaba! Crispín agradecía tal confianza, feliz de que lo explotaran. Porque uno de los temores de aquel timorato consistía en la aprensión de que lo plantasen en la calle. Ninguna vanidad más contenta, ningún regocijo más sincero, cuando algún colega para congraciarse con él, á fin de endosarle parte de las labores, le decía:

—¡Ah, señor Luz! ¡Usted es el alma de la oficina! ¡Qué sería de la casa á no contar con usted!

¡Cuántas veces lo sorprendió la media noche, la pluma en la mano, las resmas de papel y los libracos del almacén en el corredor de su casa, á luz de su bujía, sacando cuentas, revisando libros, poniendo orden en caos de papelerías! Su mujer, por allí cerca, después de la comida, en la prima noche, se dormitaba en un butacón, rendida de

sueño y de hastío, vencida por el cansancio y por la aridez de la teneduría de libros. El acababa por suplicarle:

—Vete á acostar, hija mía. Yo voy ahora. Es cuestión de un momento.

Las horas corrían. La media noche llegaba. Luego, cuando iba él á recogerse, María, despertándose, malhumorada, soñolienta, le impedía entrar con luz, so pretexto de temor al incendio; en realidad para que la claridad no la ofendiese las pupilas. El iba en las sombras, entre los muebles, á tientas, dando tumbos, cayendo á veces, abrazado con sus librotes. Cuando entraba en el lecho nupcial y sentía el olor femíneo y la tibieza de la sábana, lo invadían deseos de abrazar y besar á su linda mujercita. Pero ella lo reprendía:

—¡Jesús, Crispín! Es media noche. Déjame dormir.

No bien terminó la comida aquella noche, no bien hubo prendido Ramón en silencio el cigarrillo de la digestión, y luego que doña Felipa se partió á su cuarto, el regüeldo en los labios y la copita carbonatada á la zaga, cuando Crispín, entrando en su pieza, tendióse en el diván, en aquel mismo canapé que horas antes recogiera sus lágrimas. La blanca luna ascendía por el cielo del patio, blanca y melancólica, vertiendo calma é iluminando las cosas con su romántica luz. Crispín, desde el sofá, la siguió en su viaje por el cielo, y rendido, á la postre, de aquella contemplación, de aquel viaje celeste de sus ojos, los fué cerrando poco á poco hasta quedarse dormido.

El silencio reinaba en el caserón. Sólo se oía, allá dentro, sonora, constante, fresca, la gota de agua del tinajero.

VI

El balneario de Macuto, con sus casitas blancas y el pintoresco manchón de sus quintas de madera y de hierro, donde chispean al sol persianas de vidrios polícromos, ó alguna bandera bate al viento sus tres colores mirandinos, trepa de la playa al monte y se acurruca en las faldas de piedra y bajo las centenarias arboledas, como si huyera al monstruo azul, al iracundo mar Caribe que muge contra los malecones sacudiendo una blanca melena de espumas.

De la marina que empieza en la estación del ferrocarril hasta perderse por el camino de El Cojo ó La Florida, parten calles transversales, en dirección del monte, paralelas al arroyo que se desprende, entre peñascos, de la cima y rompe en dos el pueblo. En su carrera á la montaña, el pueblecillo resguarda sus casucas y sus quintas al abrigo de los copudos almendrones que bordean las aceras; detiénese un instante en torno del vastísimo parque guarecido de cedros eminentes, de palmeras como abanicos faraónicos y de verdes acacias que la primavera empurpura, para luego desparramarse por las floridas laderas, y contemplar desde aquel anfiteatro, y en seguro, la cólera del mar.

El hotel donde posaban doña Josefa y las dos jóvenes damas, el casino, un gran edificio de ma-

dera sobre altos soportales de mampostería, adosaba su mole contra el monte, hacia el fondo del pueblo, á la derecha. Sus piezas ventiladas, sus corredores latos, despejados, frescos, y su anchuroso y entablado salón de baile, lo hacían albergue preferido de aquellas personas de ambos sexos que aman el confort relativo de una estación de baños. Las habitaciones ocupadas por la familia Linares, á la izquierda, caían sobre unas vegas, con vistas al mar. Desde la cama, en la mañanita, ó en la *chaise-longue* de las siestas, podían ver por la ventana el camino de El Cojo, por donde se perdían en parejas los sombreros de panamá y los trajes holgados de franela blanca de los hombres, junto á los parasoles encarnados como amapolas y las muselinas claras de las mujeres; las vegas cubiertas del rocío matinal; los perezosos cocales; las playas, á trechos pedrizales, ó ya tiras sabulosas, doradas de sol; el piélago azul, y alguna carreta campesina que, al paso de su jamelgo desaparecido bajo los verdes haces de hierba ó de malojo, se aleja por la ruta amarillenta, orilla del mar.

¿Su mal era más bien moral que físico? Había enflaquecido bastante. Las violetas circuían de un halo morado sus ojos; el óvalo del rostro estiróse por la magrura. Las manos parecían de veras lirios de cinco pétalos. Comprimida por la vida, como una flor entre las hojas de un libro, asemejábase á una virgen de Memling ó de algún otro primitivo flamenco. Las finas cejas se arqueaban sobre la languidez de sus pardos ojos. Por cualquier cosa rompía á llorar; vapores subían á su cabeza, desvaneciéndola, y un temor inexplicable, un pavor de quimeras se apoderó de su espíritu, angustiándolo. La noche misma le era hostil: si dormía era con sueño inquieto, surcado de malos sueños; cuan-

do insomne, lo que era ¡ay! tan frecuente, temblaba de pavura. Pero lo prefería todo antes que despertar á Crispín, que roncaba allí, á su lado, é inspirábale aquel sueño del justo, aquel sueño de trabajador, aquel sueño feliz, una antipatía, un odio inimaginable. A veces le decía Crispín, por las mañanas:

—Creo que no duermes bien, María. Te siento rebulléndote. Vida, ¿sientes algo?

E invariablemente respondía:

—No, nada. Si duermo bien... Son aprensiones tuyas.

El médico, sin embargo, la envió á Macuto.

Allí llegó María, pálida, enferma, con bruscas y deprimentes sacudidas nerviosas. Allí le abrió, recién llegadas, una tarde, en lágrimas, su corazón á Rosalía.

—Estoy enferma, pero no del cuerpo, del alma. Tú no sabes lo que es vivir con personas hostiles y taciturnas, en soledad física y moral, sin una alegría doméstica, viendo la calle—la calle prohibida é imposible—como una liberación.

—Pero ¿no eres feliz? Crispín te adora, se desvive por ti.

—Me quiere, sí, á su modo. Yo, ¿cómo decirte?... yo también lo quiero. Pero ¡qué monotonía! Llega, me abraza, me besuquea, me refiere historias del almacén, siempre las mismas: que si Schegell vitupera ó censura esto y lo otro; que si Perrín proyecta cual empresa; que si los clientes del interior no pagan. Y luego aquella flauta, aquella eterna y desacorde y maldita flauta.

De las querellas, Rosalía infirió que la posición de la prima era supremamente infeliz; que el desamor, la antipatía del ser con quien compartía la existencia enraizó en el alma de su compañera de

infancia, y comprendió que aunque el esposo fuese un ángel, la más mínima ó delicada de las acciones de éste le parecerían odiosas é insufribles á la esposa. Pero en vez de sugerirle aquella reflexión ó el remedio para el mal, su naturaleza truhanesca la hizo reir con la historia de la flauta impertinente é insinuar á María:

—¿Por qué no se la escondes? ¡Si es tan fácil!

—Bueno; suponte que se la esconda. Pero ¿cómo esconderlo á él? ¿cómo esconderme yo? Soy muy desgraciada, Rosalía. Figúrate que me tiene loca: quiere un hijo; ha hecho promesas; toma remedios; quiere un hijo. Yo no tengo la culpa. ¿Y los celos? Ya tú ves: ni á casa puedo ir. Esto es horroroso. Mi vida, mi juventud, entre cuatro paredes, oyendo los rezongos de doña Felipa, sintiéndome odiada por Ramón y por Eva, sin otro apoyo que el de un marido que carece de autoridad en su hogar. ¡Soy muy desgraciada!

María hasta entonces guardó silencio respecto de las intimidades de su matrimonio, por orgullo, por repugnancia á confesarse infeliz delante de la dicha y la vida risueña de su prima. A las alusiones y á las preguntas se contentaba con responder, si no evasivamenle, con reticencias que apenas alzaban una punta del velo cobertor de tantas lacerías y lacras de su corazón.

Se ignoraba, pues, la verdad. Rosalía la interrogó, apenándose con sinceridad.

—Pero ¿por qué no habías dicho nada primero? Eso tiene que cambiar. Yo te lo aseguro: cambiará.

—¡Ay! ¡Cuando recuerdo nuestra vida de solteras: aquella libertad, aquella alegría! No he debido casarme nunca.

Lo cierto es que María, como ella á menudo se repetía, casó por falta de voluntad, por seguir la

corriente, porque su prima se casaba, porque era menester no quedarse para beata, ó—lo que más la horrorizaba—para cuidar los chicos de Rosalía. Casó porque deseaba labrarse una posición independiente y salir del tutelaje; porque las mujeres deben casarse; porque Rosalía, doña Josefa y Adolfo Pascuas le metieron por los ojos á Crispín Luz, jurándole ser un excelente partido, sobre todo en Caracas, donde la pollería es una cáfila de perdidos. Casó porque la vida se conjuraba contra ella, porque no poseía más fortuna que sus frescos abriles; porque las preocupaciones militaban en pro de la alianza; por todo, menos por afección. A Crispín no lo amó nunca de novio, y de esposo ya no podía sufrirlo. Sobre que en su alma, aquel rescoldo de la pasión secreta, de su afecto por Brummel, estaba trocándose en llama, en llama de amor que la abrasaba, por las asiduidades del pisaverde, por la desilusión de su matrimonio, por la rivalidad con Eva, por el ansia de mejora y el anhelo de felicidad de toda alma. El ocio de su existencia favorecía, además, como una brisa el fuego interior. Y hasta exaltaba, en su mente, aquella novela sentimental, el mismo sabor de fruta prohibida, el mismo dejo de aventura, la nota de romance que esos amores ponían en su taciturna, estéril y bostezante reclusión de cadina.

Rosalía, en son de consuelo, también abrió á los ojos de su prima, esa tarde, su hucha de expansiones.

Lo que en su alma había de artista, de tronera, de bohemia, enfrenado por los mil lazos de las conveniencias en una mujer de su clase; el temperamento suyo, que de soltera la hizo mordaz, loca, descocada, *demivierge*, ahora casada, satisfecha, feliz, se explayaba en teorías de un egoísmo

feroz. Imposible para vida de hogar con otro hombre que no fuera de la pasta de su marido; en camaradería con aquel á quien ella supo adivinar y escoger para esposo, con aquel Adolfo Pascuas, frívolo, galante, indiferente, corrompido con exquisitez, de corazón macerado en esencias y forrado en risueño egoísmo, lleno de refinamientos sensuales en su vida conyugal y que trataba á su esposa como á una barragana, Rosalía aprendió lo poquísimo que le faltaba por saber, y su epicureísmo, acordándose con el de su esposo, constituía un lazo más entre ellos, apretando aquel nudo, ya tan estrecho, de la común felicidad.

Sintiéndose feliz, gozosa de la vida, pensaba y opinaba que los demás debían buscar por todos los medios la dicha, objeto supremo de la existencia. El lamentarse es de inválidos. Uno debe privarse de cuanto le sea ingrato y practicar todo aquello en donde encuentre placer. ¿La sociedad? ¡Bonita cosa! Por sobre la sociedad está la vida. Además, no había para qué romper. A la sociedad, como á los niños, se le hace apurar la copa amarga azucarando á la copa los bordes. Una mujer joven y hermosa como María, no tiene derecho de desperdiciar su juventud y su hermosura. ¡Cuántos suspirarían por ella! El amor no es farsa. El amor, el verdadero, el mutuo, mitiga recíprocamente una sed recíproca. Se otorga y se recibe un bien. Por el temblor de placer que nuestra boca infunde, la boca amada, á su vez, nos pone á temblar de emoción.

—Mira—terminó—, yo amo á mi marido; lo amo de amor. Por eso no lo he engañado, ni acaso lo engañaré nunca. Si no... Sin haber pertenecido jamás á otro hombre, yo soy como una casquivana que hubiera fatigado al Placer en todos los brazos, y que con el hastío que producen, según cuentan,

los amores sin amor, luego de gozados, hubiera formado un gran hastío, el hastío de una vida de experiencia, hastío que reposa hoy á la sombra y entre los besos del hombre á quien adoro.

María no distinguía muy bien aquellos matices de sensaciones, ni penetraba hasta el fondo aquellas reconditeces de un alma complicada más que la suya. Pero de las imaginaciones de Rosalía, indujo un consejo de adulterio. Ella pensó á menudo en el amor á otro hombre que no fuera su marido, como en algo posible, probable, aceptable; pero la palabra adulterio, que ahora le vino á la punta de la lengua, chocóle instintivamente, con aquella repugnancia que la costumbre nos hace contraer, sin analizar, hacia muchas cosas, y que constituye parte de nuestras preocupaciones.

Las dos jóvenes se fincharon y descendieron á la playa. Era la hora en que todo el mundo se echa fuera, á recorrer la marina, por la acera encimentada, y á sentarse en los escaños de mampostería, al fresco del terral, mientras se aproxima la hora de ir á la estación, á curiosear entre los pasajeros de La Guaira, para luego marcharse cada quien á la comida.

¿Cuál no sería la sorpresa de ambas mujeres cuando vieron entre los arribantes de La Guaira, esa tardecita, á Julio de Nájera? De muchas tardes atrás, sin embargo, María iba á la estación con el deseo, con la idea, ¡qué diablos! con la seguridad de asistir al arribo de Brummel. Su sorpresa, pues, no fué tan sincera. El barbilindo sollastre se apeó, y con naturalidad, como si fuese punto convenido, se dirigió á las damas, é imitando la vocecita y el gesto de Ana Luisa Perrín, les dijo por saludo:

—Este ferrocarril de La Guaira á Macuto, entre el monte y el mar, me recuerda el de Marsella á

Génova y resto de la costa ligur. Sólo que allí el tren es de lujo, y la gente más chic. ¡Ah! y los túneles y los puentes y los caseríos... ¡Una delicia!

A la noche, después de comer, mientras la multitud se esparcía por la marina, á lo largo del rompeolas, y una orquesta de lugar suena sus instrumentos, á la puerta de una cantina frontera, arrellanado en butacones y *chaise-longues,* de vista al mar, un grupito—el grupo de las Linares en Macuto—charla y dispone un paseo para la mañana siguiente.

Pasos aparte, en dos sillas de extensión, María y Brummel, con el mayor desenfado, cuchichean amartelados, como dos novios. La luna, de esas claras lunas del trópico, riela en el mar. A su luz se perciben los carcomidos y verdinegros postes que sostienen el puentecillo de madera que sirve de acceso al redondo y almenado edificio de baños. La espuma, rota en los postes, cubre las verdes lamas, la arena, los caracoles y las pedrezuelas rosadas, como con randas de encaje. Algunas pedrezuelas se agitan, se mueven, parecen caminar: son cangrejos que la ola echa á la playa y que se deslizan por el pedrizal. La música sigue tocando. Los paseantes van y vienen. Brummel, inclinado sobre el asiento de María, inclinado hasta beberle casi el aliento, aprovecha un instante en que el grupo cercano departe con más calor, y osadamente, rápidamente, amorosamente, la besa en los labios.

María fingió indignarse, y á poco se levantó; pero sin aspavientos ni desplantes se aproximó al grupito de contertulios. Luego de minutos, pretextando jaqueca, se fué. Doña Josefa, la excelente doña Josefa, la acompañó, y por el camino la iba riñendo:

—¿Sabes, hija mía? Tú eres una mujer casada. Esos cuchicheos, en público, no te convienen. Tú no eres Mad. Bovary.

Poco después calló la música; los paseantes fueron partiéndose; la playa quedaba desierta. Y algún rezagado pudo ver, hacia la media noche, una sombra que, deslizándose por los corredores del casino, empujaba una puerta. La puerta, primero de ceder, traqueó.

Una vocecita femenina, amortiguada, murmuró:

—¿Usted aquí, Julio? ¡Qué insolencia! ¡Llamaré!

Y una de hombre:

—¡Te adoro, María!

Hubo ruido sordo, como desplome de cuerpos en lucha sobre un colchón.

En la pieza contigua, otra voz de mujer interrogó:

—¿Todavía despierta? ¿Ocurre algo?

Y la misma vocecita amortiguada que habló la primera, repuso:

—No... nada... soy yo... que tropecé con un mueble.

VII

El bochorno de la canícula penetra por la taraceada celosía de tela metálica verde de una corrida mampara, y por puertas y ventanales con marquesinas de cretona listada de *crudo* y de rojo. No se percibe en el lato recinto más que el chirriar de las plumas contra la aspereza del pliego; el zumbido de alguna mosca ahita, de volar torpe, ó bien, de cuando en cuando, el esgarre, la carraspera de éste ó aquél de los varios bustos inclinados sobre los escritorios, vestidos con la blusa de almacén, fresca, blanca ó amarilla y ligera como un hollejo de seda barata.

Al igual de sus compañeros de oficina, Crispín se engolfa en la tarea. Sólo que á veces, distraído, el pensamiento errante, muerde el palillero, los ojos fijos en la persiana verde, por donde se cala, amortiguada, la lumbre solar. El calor sofocante no enerva, sin embargo, el vuelo de sus preocupaciones.

¿Por qué María no se restituye al hogar cuando él la sabe mejor? ¿Por qué hoy, á la hora de almuerzo, cuando telefoneó, según diaria costumbre, para saludarla, fué un criado del casino quien salió á responderle? Todavía oye distinta, clara, aquella voz masculina, indiferente, que le repuso: «La señora salió desde temprano al campo.» Era

la primer mañana que su esposa le jugaba aquella partida. ¿Ignoraba ella, por ventura, cuánto iba á desagradarlo con esa desatención? ¿Por qué no esperar su telefonema? ¿No le sobraban á María tiempo y vagar para caminatas y paseos? ¿Adónde, con quién andar á esa hora?

El bueno de Crispín se perdía en descabelladas imaginaciones. Ya era su mujer entre las olas, víctima del mar, á lucha partida con la Desnarigada, sin encontrar en la desesperación de su agonía un brazo fuerte y amigo que la librase de morir. Ya la miraba tendida, exánime, fulminada por el sol. O bien á bordo de humeante, embandederado trasatlántico, pronto á partir de la rada, ¡quién sabe para dónde! Apoyada en el brazo de un hombre, rubio, desconocido, extranjero, agitaba María, risueña y llorosa al mismo tiempo, un pañuelo blanco, en el adiós de la despedida. La veía con toda precisión, en la cabeza una cachucha de turista, terciado el carrielito, batiendo el cendal en el aire. En aquel buque pirata se iba su mujer, su felicidad, su honor. Veía rojo y pensaba en vindicaciones y en sangre. Una gota, no de sangre, sino de sudor, que iba rodando por su frente y cayó sobre el papel, manchándolo, hizo que volviera á la realidad.

Entonces, para desechar sus quimeras, se puso á escribir concienzudamente, la atención clavada, sujeta con la punta de la pluma, para que no escapase.

Perrín había aceptado la agencia de un artículo que, si bien ajeno á su comercio, él creía popularizar en Venezuela, matando así dos pájaros de una pedrada, ya que, por sobre su agosto, hacía un servicio á alguno de sus relacionados del extranjero. Como Perrín creía en la eficacia del

anuncio, encargó á Crispín la factura de una *réclame* sensacional.

—Usted hará algo bueno—le dijo—. Mucho le recomiendo la cosa: una añagaza en forma. ¡No importa lo que se gaste en anuncios! Quiero servir á esa gente lanzándoles en el mercado su artículo con gran bombo.

Se trataba de una medicina, un reconstituyente, bueno—opinaba Perrín—para estos pueblos anémicos y palúdicos: *Extracto de coca,* de que serían Perrin y C.ª agentes y únicos depositarios por mayor para Venezuela, Colombia y las Antillas.

Crispín estudió, se documentó, hojeó diccionarios, enciclopedias, libros de Medicina, obras de Botánica, revistas de ciencias, y con aquella honrada convicción con que servía los intereses de la casa, y ya apertrechado, listo, consciente, se dispuso á poner manos á la obra. Y como las ideas negras le estaban atormentando, creyó que nada podía sustraerlo á la tortura de pensar como el estudio, el análisis, la importancia del extracto de coca. Cerró, pues, el libraco de su escritorio, y se dió á escribir, en blanco pliego de papel, con su mejor letra:

«EXTRACTO DE COCA

»*Planta sagrada de los incas*

»La *coca* está clasificada como uno de los mejores tónicos antideperdidores dinamogénicos. Con el uso de la *coca* el cuerpo humano adquiere una constitución atlética, que le permite afrontar todas las inclemencias exteriores, procurando una pro-

digiosa resistencia á la fatiga. ¿Quién no recuerda la historia de esos correos indios que recorrían enormes distancias, dejando atrás caballos reventados y jinetes extenuados, y el famoso sitio de La Paz (República de Bolivia), en el que sólo los soldados que tomaron la *coca* resistieron la fatiga y el hambre?»

Al llegar aquí pensó que sería bueno ilustrar su exposición con nombres de celebridades, lo que por otra parte le servía para mostrar á los ojos de Perrín su eruditismo, adquirido á costa de velas. Y prosiguió:

«Estos hechos, absolutamente comprobados, excitaron la curiosidad de indagadores: Unanue, Gosse, Mantegazza, Nieman, Wolher, Demarle, Rossier, Moreno y Maíz, Lippmann y Gaceau, han estudiado la acción fisiológica y terapéutica de esta planta, y están todos conformes en que la *coca* cura la cloro-anemia de los linfáticos; sirve para la fatiga cerebral en los hombres de negocios; triunfa de los céfalos y de los vértigos, y estimula todo el sistema nervioso cerebro-espinal.»

Se detuvo, leyó, y como todo autor, incluso el ser mitológico llamado Supremo Arquitecto del Universo, encontró buena su obra. Pero fué á proseguir y no pudo. La imagen de María, á bordo del trasatlántico, agitando su blanco pañuelo, en el adiós de la despedida, lo conturbó de nuevo. De nuevo escuchó el acento del criado: «La señora ha salido desde temprano al campo»; de nuevo sintióse abandonado, sin ternuras en torno, repleta el alma de aquella angustia, de aquella intensa necesidad de amar, y ante la miseria y la soledad de su corazón corrieron por sus mejillas dos mudas lágrimas.

***

Allá, en Macuto, en presencia del mar, y al abrigo de las palmas, las cosas pasaban de otro modo: un alma de mujer rejuvenecía, vivía otra vez vida de adolescencia, de rayos de sol y de alería, de sonrisas que concluyen en besos, de encantadoras futilezas, de primer amor. La pasión de María lo señoreaba todo en su alma.

Sintióse feliz, gozosa de su juventud, gozosa de amar y de ser amada. Este sentimiento ahora lo conocía ella. Por una divina ceguera, no se explicaba que su amor fuese culpable y su publicación inconveniente. Le venían ganas de gritar, por sobre el estruendo de las olas, en aquella playa testigo de su felicidad, que amaba, que adoraba, que era dichosa. Todos los hombres, todas las cosas le parecían buenos. El amor fué para ella un Leteo; apenas saboreó aquellas mágicas linfas lo olvidó todo: su matrimonio, su familia, su pasado, su porvenir, las conveniencias, todo. ¡Cuántas veces, en las noches templadas, alzando el cuello del paletó de Brummel, casi en público, lo amonestaba inocente, con frase de ingenua ternura, casi maternal:

—Cuidado si te resfrías, Julio!

¡Cómo le quitaba, de un papirotazo, los granos de polvo de la ropa! ¡Cómo le hacía el nudo de la corbata, riñéndole por la menor negligencia! ¡Qué! ¿Se olvidaba de su dandismo? ¿No era Brummel? Y se reía á carcajadas por naderías, como una chicuela.

Encalabrinada, rijosa, mimosa, no comprendía lo que no fuera su derecho á la vida y al amor. ¡Cuánto hubo de reñirla doña Josefa para que no desatendiese al reclamo telefónico de Crispín! La servidumbre conyugal sólo se la recordaba la campanilla del teléfono, á las doce, todos los días.

Doña Josefa, la excelente doña Josefa, con su experiencia de matrona madura, ducha en achaques de mundo, sabía que á la sociedad no puede dársele de patadas, porque la sociedad paga en la misma moneda, y los mil pies de la multitud hacen daño, aunque calcen zapatitos de raso y botas de charol. Doña Josefa, que no en balde leyó bibliotecas íntegras de novelas y paseó de fiesta en fiesta y de salón en salón sus arrobas sofocantes, encontraba inconveniente por extremo la situación, y deseaba regresar á Caracas lo antes posible. Pero la influencia de Rosalía se interpuso á cada instante entre la decisión de la señora y la felicidad de María.

—Déjala, mamá, déjala. Hace bien. Es su desquite. ¡Ha sido tan desgraciada la pobre!

Brummel, por su parte, se dejaba querer; pero ya saciado el deseo, empezó á encontrar demasiado engorrosa y llena de almíbar la aventura. El juzgaba las cosas bajo otro punto de vista.

Buen comediante, su orgullo consistía en hacerse aplaudir, en deslumbrar al público. Ya conocido y comentado un triunfo suyo, satisfecho de paso, si podía, su capricho de semental, lo demás le importaba un pito. El éxito íntimo, la posesión, era para él lo de menos. Le bastaba con rendir el corazón de una mujer, aunque fuese rendimiento el más platónico, y con que su triunfo donjuanesco trascendiera al público, no por ruin confesión del galante, sino por estudiadas indiscreciones propias ó ajenas. Su alma inquieta de enamorador militante necesitaba el asedio, la emboscada, la sorpresa, la actividad del táctico ó del guerrillero en campaña. La trinchera asaltada, la ciudadela rendida, la capital entrada á saco, no le detenían apenas, porque su orgullo consistía, no en el botín, sino en la

gloria de la dificultad vencida. El caso de María, ya del dominio de todos, ¿qué más le interesaba?

Ahora coronaría su triunfo, antes que llegase el inevitable hastío, abandonando á la expectación pública y á la propia tristeza aquel bagazo de amor.

Pensaba, además, en Eva. Por la primera vez de su vida, los dardos de su carcaj se embotaron. ¡Cómo! ¿Había un corazón que no claudicaba? Eva se le metió entre ceja y ceja, y vino á ser su pensamiento constante. Aquella aventura de María, que él juzgó más difícil, ¿no la emprendió últimamente para encelar á la niña con la propia cuñada? Tanto pensaba en Eva Luz, aun en medio de la embriaguez de su última erótica hazaña, que se preguntó á sí mismo: «¿Estaré enamorado?» Pero su vanidad, alambicando los sentimientos, le dió esta respuesta: «No; sino que para representar bien, debe uno penetrarse tanto del papel, que se sienta á sí mismo engañado. La verdad ó la ilusión de la verdad es el mejor medio de seducir. Y la ilusión no es completa sino cuando se cree uno capaz de producirla y cuando es capaz de sentir lo que halla de verdad en la propia mentira. Yo soy como el actor, que para conmover debe estar conmovido.»

Nunca había sutilizado á tal punto Julio de Nájera, ni acaso pensó nunca menester de tales sutilezas para explicarse la actitud tan desusada que estaba asumiendo su espíritu. Era que por su alma de Lovelace empezaba á correr la fuente de puras, cristalinas é ignoradas aguas de amor. Era que de aquella caza desesperada, de aquella firmeza de la una y de aquel asedio del otro, luego de un paréntesis de indiferentismo ingenuo y glacial, empezaba á nacer en el alma de Brummel el anhelo de la

cosa imposible, el suspiro por la cosa inaccesible, la aspiración al ideal, que viene á ser, en relaciones de esta índole, amanecer de amor.

*
* *

Mientras Crispín enjugaba sus gruesas lágrimas en silencio, temeroso de ser visto por los compañeros de oficina, preparándose á continuar aquel erudito y laborioso informe sobre las excelencias de la coca, objeto de tantos desvelos, el timbre de su escritorio retiñó. Perrín llamaba. Crispín Luz atravesó la sala, empujó los batientes forrados en reps verde y...

Perrín, de sopetón, pidió no sé qué inventario de no sé qué bancarrota.

—El inventario no he ido á hacerlo aún: no ha sido posible.

En realidad, Crispín, con sus preocupaciones, se había olvidado de aquello; pero no se atrevió á confesar su descuido y buscó un pretexto que aducir.

Perrín se amostazó:

—¡Pero cómo, señor Luz, por Dios! Sabía usted mi interés en el asunto. ¿Por qué no ha ido usted á practicar ese inventario?

—He estado ocupándome del anuncio sobre la coca.

Perrín se puso las manos en la cabeza.

—¿Pero usted se ha vuelto loco, señor Luz? ¡Cómo preterir el inventario, que es de tanto momento!

—Yo... como usted sabe... la coca...

—Pero, señor Luz — vociferó Perrín, siempre asombrado—; si ese es un trabajo suplementario. ¿Por qué venir á hacerlo aquí? ¿No tiene usted tiempo de sobra en su casa?

El honorable Perrín, espejo de comerciantes, abría los ojos y se ponía las manos en la cabeza, desolado, porque el factótum de la oficina, su hombre de hierro, no le daba sino diez horas diarias de trabajo personal.

¡Cómo! ¿No tenía Crispín tiempo de sobra en casa para los trabajillos suplementarios?

Y dado el carácter de cera de su hombre de hierro, Perrín se permitió observar, con impertinencia, como si Crispín fuera algún mala cabeza de su familia:

—Señor Luz, noto hace días que usted ha perdido la chaveta.

Luego, ya domesticado, jovial, añadió:

—¡Como no sea necesario recetar á usted el extracto de coca, amigo Luz!

VIII

Eva, Mario Linares y Crispín se dirigen en coche, al través de las calles ardidas de sol, hacia la estación de La Guaira.

Con el mismo desasosiego que un escolar el asueto para correr al solaz, poner de lado los enfadosos textos y zafarse de la rigidez de la disciplina, esperaba Crispín su vacancia del domingo, al objeto de volar á Macuto á los brazos de su mujer. Por el tren de las tres, el sábado, salía de Caracas y no regresaba hasta la mañana del lunes.

Como tantos maridos hacían lo propio, y multitud de temporadistas de veinticuatro horas se apiñaba en el andén con el propósito de dominguear en Macuto ó en Maiquetía, añadíase un vagón, y como la afluencia de pasajeros lo requiriese, añadíase un par. Allí se topaban los conocidos, en las manos el juguete para los hijos ó el regalo para la esposa. Allí eran los apretones de manos, la sonrisa de saludo y de inteligencia para los habituales encuentros, en la misma guisa, en el mismo sitio, con el mismo itinerario cada fin de semana. Y los diálogos sempiternos, por el estilo de este cliché:

—Hola, ¿qué tal? Á ver á la familia, ¿eh?

—Lo mismo que usted, sí señor.

—Muy animado Macuto, según parece.

—¡Oh, sí! Aquello es vida. El mar rejuvenece.

—¿Y cuándo regresa usted?

—Pues yo pienso traer á mi esposa el lunes. Dejo sólo con las Equis á mi chica mayor, que tiene un divieso en la nariz y sufre de un romadizo inveterado; ¿usted sabe?

A veces terciaba otra persona, algún señor entrado en años con ideas de 1715. El señor abominaba de Macuto. Aquello era peor que Caracas. No había libertad. El amaba el campo; sin la esclavitud de la etiqueta, eso sí.

—Yo, con franqueza, soy partidario de Maiquetía—afirmaba el buen señor—. Allí tenemos fiestas religiosas admirables, como la peregrinación. Nunca paso de Maiquetía. Aquello es más campo; hay menos bullicio. La familia no tiene que fincharse desde que Dios amanece.

Por fin el tren partia...

A los pocos minutos quedan atrás las últimas casucas de la barriada, y no se divisa más la población. El tren empieza con empuje á trepar el monte, deslizándose como una culebra por la angostura de la ferrovía pegado al talud, temeroso de despeñarse por los voladeros. Avanza, avanza á duras penas, con torpedad; tornavira, flanquea la montaña, caracolea, zigzaguea, engaña la aspereza de la agria cuesta, y sigue humeante, asmático, dando bufidos.

La nariz achatada contra el cristal, pensativo, silente, mira Crispín la ascensión penosa del monstruo. Se había puesto á meditar, recordando la brusca injusticia de Perrín con motivo del inventario. Aquello lo preocupa sobremanera. ¡Ay, si por ventura se traslucía! Su prestigio en el almacén se desmoronaría. ¡Si Schegell lo supiera! Pensó en la vida de su caprichosa mujercita en aquel Macuto socorrido en galanteos; pensó en las seniles

rabietas de su madre, que evidentemente corría con las botas de siete leguas hacia la decrepitud...

En asientos fronteros al de Crispín iban juntos Eva y Mario Linares, charla que charla. En un vagón de ferrocarril, en *tête-à-tête* con una muchacha tan de su agrado, ¡cómo había de tener la lengua Mario Linares!

El hermano de Eva oía sin escuchar, á cien leguas de allí. Pero el panorama distrajo á los conversantes.

—Fíjate, Crispín—dijo á éste su hermana sacudiéndolo y enseñándole el paisaje, como si Crispín no llevase clavados los ojos en él.

Un torrente se desprendía, bramando y roto en espumas, de la cima; pasaba á toda carrera, con el empuje sonante de sus aguas, por debajo de un puente, y proseguía su loca fuga al abismo.

Los túneles, de cuando en cuando, abrían sus negras bocas. Se divisaba un horizonte de montañas: unas más bajas, otras más elevadas; éstas más vecinas, aquéllas más distantes; cuáles azules, brumosas; cuáles claras, verdes, de largas cabelleras de vegetación, y no faltaban las crestas calvas y los peladeros calcinados del sol.

Alguien, cualquiera, acaso el caballero preferidor de Maiquetía, el vejete con ideas de 1715 que atravesaba por allí á menudo, se asombraba sin embargo, en todos sus viajes, de las *obras de los hombres*, y en todos sus viajes repetía á sus vecinos, como ahora, aludiendo á la vía férrea:

—¡Qué obra más atrevida! ¡No hay sino los ingleses para estas cosas!

La temperatura, entretanto, se ha ido haciendo fresca, fría. La niebla se arremolina en torno del tren; las nubes se miran allá abajo, sobre cres-

tones de sierra, por encima de los cuales ciérnese la mirada de los viajeros y vuela como un hipógrifo el expreso.

De pronto, á una vuelta, se fijan todos en el horizonte con interés, y de todas las bocas sale la misma exclamación:

—¡El mar!

Distante, muy lejos, allá, confundiéndose con la viva turquesa del cielo, se divisa una cosa gris, pálida, redonda, inmóvil: el mar.

El tren comienza á descender. Ya no es el vehículo perezoso, jadeante, sino un torbellino, un alud, la montaña que echa á rodar con ímpetu loco por aquella angosta cinta ferroviaria, de curvas violentas, de pavorosos declives; es la locomotora que ruge y humea devorando el espacio, sin apenas obedecer á los frenos.

—¡El Zig-zag!—exclama uno de los pasajeros—. ¡Hemos llegado en tan poco tiempo al Zig-zag! Parece mentira.

Mario se apeó, como otros muchos, y trajo una copa de limonada á Eva Luz. El calor empezaba de nuevo.

De La Guaira, en sentido inverso, ascendía un tren que cruzaba con el de Caracas en aquella estación. Venía repleto de extranjeros. Por la ventanilla empiezan á salir cabezas curiosas, rostros colorados, espaldas atléticas, figuras desconocidas. Un vapor angloamericano acababa de llegar ese mediodía, repleto de turistas yanquis, y los yanquis subían á Caracas.

En el cafetín de la estación y dentro de los vagones ascendentes se perciben locuciones inglesas, fragmentos de conversación: hombres que piden cerveza, mujeres que se ahogan de calor, viajeros que apresuran á los acompañantes; todo el bullicio

de una detención en el campo, frente á una cantina, cinco minutos:

El tren que remonta parte el primero, é inmediatamente rompe á volar por cima de los montes, hacia las playas, el que se dirige á La Guaira.

Ya el mar no es la cosa plomiza y quieta, sino el intranquilo, azul y espumeante mar Caribe. La espuma taracea los peñascos, las arenas, al pie de los cocales. Las velas cruzan el horizonte. Las casitas de Maiquetía, con sus techos rojos, se enfilan debajo del viaducto entre los árboles. El Tajamar de La Guaira, un poco más lejos, hunde en el Océano su dorso de mampostería, á cuyo abrigo ya no se balancean los trasatlánticos, sino que allí se están fijos, cachazudos, en apariencia de marinos monstruos.

Eva contempla el panorama con su binóculo. De pronto, volviéndose hacia su acompañante y pasándole el anteojo, dijo:

—¡Qué adornado aquel buque! Mire, Mario.

Mario asestó el catalejo en la dirección que Eva mostraba con la rosada punta del índice.

Uno de los steamers, en efecto, el italiano, lucía de gala. El verde, rojo y blanco de la enseña nacional, su cruz de nieve en fondo escarlata al centro, daba al sol de la tarde, con alegría, sus risueños colores. Izados por bramantes al aire, grímpolas, flámulas y gallardetes retozaban con las brisas.

Pasando los gemelos á Crispín para que también mirase, dijo Mario:

—Es por el nacimiento de la primogénita del trono, quizás.

Y Crispín añadió:

—Es verdad. En el almacén oí algo.

Y empezó á recordar para su capote una frase

de Schegell, á propósito de aquel real alumbramiento, sobre los matrimonios estériles. ¿Sería una alusión? ¿Contra quién se enderezaba aquella pulla buída? ¿Sería contra su hogar? Por eso sí tumbaría los dientes á Schegell de un bofetón. ¡Inmiscuirse en los asuntos ajenos más íntimos! ¡Atrevido! ¡Canalla! Si el pícaro del cajero sospechase la acritud del negociante por el mamotreto de inventario, el hombre de hierro estaba perdido. ¡Adiós respeto; adiós autoridad! El hombre de hierro se partía; el brazo derecho de Perrín se gangrenaba. ¡Si Schegell supiera!

La brusca cesación del movimiento lo sacó de sus imaginaciones. El tren acababa de arribar á Maiquetía. Algunas personas se agrupaban á ver y á ser vistas; otras á recibir á sus deudos.

—¡Papá, papá!—gritaban los niños.

El tren siguió. La playa, los cocales, una serie interminable de casucas que aparecían y se borraban en segundos... Y se llega á La Guaira.

Nubes de mozos de cuerda se aglomeran en las portezuelas.

—¿El señor se embarca?

—Deme la papeleta para reclamar el equipaje.

—¿A Macuto?

—¡Ah, sí señor!

—¿Cuál es su maleta?

—Démela á mí, señor.

—A mí.

—A mí.

Los pasajeros se desmontaban con premura, maltrechos, dando empellones, saludando aquí y allá. Y corrían, desalados, hacia el tren de Macuto, pronto á partir en aquel instante.

A María le produjo doble desagradable impresión el arribo de Crispín y de Eva, á pesar de es-

perarlos. La presencia de Eva, sobre todo, la desazonaba. ¡No creyó odiarla tanto! Eva, allí, le producía la impresión de un enemigo que, á media noche, á mansalva, penetrase en su aposento para sustraerle algo más caro que la vida y que el honor. ¡Quién sabe qué! Algo siniestro, en complicidad con la presencia de su esposo, le auguraba el arribo de Eva. Sufre. Está recelosa, y cuando al brazo de su marido se endereza al hotel, le parece el brazo leal de Crispín, aquel único sostén de su vida, como argolla de ergástula, verdadera esposa, manilla de hierro, fatídica escarpia, alcayata que la afianza en la infelicidad. Hasta sintió ímpetus de escabullirse. El, entretanto, la reñía con dulzura, á media voz, á causa de la desatención del teléfono.

—¡Jesús, Crispín! Me lo has dicho bastante. No quieras martirizarme el día que vienes á pasar con una.

Ya en el hotel, su marido manifestó la conveniencia de regresar á Caracas. Se dijera que ella no comprendía, extrañada, azorada, tratando de entender, como si le hablasen otro idioma que el suyo.

—¡Pero estás loco! ¿No ves que esto me da la vida, que estoy cambiada, que me siento muy bien?

Y tuvo un arranque de retrechería. Artimañosa y carantoñera se le sentó en las piernas, lo besó en los ojos, y tirándole amorosamente de los bigotes, como hacía con Brummel, empezó á embriagarlo la zalamera.

—Tú no querrás que tu mujercita muera, ¿verdad? Me dejarás en Macuto, mi vida, ¿no?

Extrañado, encantado, radiante, feliz, Crispín prometía, cedía. ¡Cómo no! Que se quedara. El

no aspiraba sino á saberla contenta, rebosando salud.

Y luego, pensando en sus noches solitarias y tristes, el exorable esposo,

—¡Pero tú sabes, María!...—le dijo—; ¡es un gran sacrificio para mí! ¡Qué falta me haces! La vida es insoportable sin tu presencia. ¡Te quiero tanto!

Ella proyectaba cosas. Cuando restablecida por completo regresara, todo cambiaría. Nada de aburrimiento. ¡Iban á ser tan felices!

IX

Aquel domingo fué uno de más bellos días de Crispín. Se levantó de mañanita, se afeitó él mismo y se fué á los baños. Había poca gente á esa hora y se lo hizo observar á Tacoa al entrar.

—Poca gente, amigo Tacoa.

—Sí señor. Los caraqueñitos madrugan poco.

—¿Y usted, Tacoa?

—¿Yo? Desde las cinco estoy en mi puesto.

Era hombre célebre aquel Tacoa. Jamás, desde que Macuto existe, se conoció otro bañero. Pequeño, regordete, ventrudo, redondo, no le faltaba sino el borrico albardado para ser remedo cabal de Sancho Panza. Aquella bola de carne estaba en armonía con el edificio de baños, de fachada semicircular. Era indígena, ó quizás mestizo de blanco é indio, á presumir por su piel clara, á pesar de la curtimbre del mar y del sol; pulquérrimo, de buen natural, pulido por el trato de gentes, y no obstante su familiaridad con los bañistas, cortés y moderado. Conocía, por supuesto, á todo el mundo.

¡A cuántos presidentes de República, á cuántos ministros, á cuántas celebridades de todo orden había él zabullido en el mar! Ellos pasaban; él no. A menudo se dirigía á cualquier gomoso en estos términos:

—Cuando su abuelo, don Fulano, en los baños viejos...

O bien á algún zagaletón:

—Mira tú, perillán; tu padre, á tu edad, era todo un hombre. No chillaba con esa algarabía como tú.

Su obligación ahora consistía en estarse á la puerta recibiendo los billetes y vigilar y asear el edificio.

Cuando invadiendo los dominios de la bañadora solía penetrar como Pedro por su casa en el departamento de las mujeres, las ovejas no se descarriaban al ver aquel lobo en el aprisco. Las que estaban desnudas ó en camisa cruzábanse las manos sobre los senos, exclamando:

—¡Jesús, Tacoa!

Las que salían del agua en este momento, reían de la indiscreción, y seguían andando con la camisa pegada y húmeda que moldea las carnes, y se frunce é introduce con lujuria entre las divinas oquedades del cuerpo femenino, mientras que otras bañistas, las piernas al aire, en pantaloncillos ó enaguas, continuaban poniendo, sobre la blanca piel, la media negra.

El edificio, por fuera, simulaba un templo en rotonda. A la izquierda de un tabique entran las sacerdotisas; los bonzos á la derecha. Ambos compartimentos, semejantes: un ábside en curva reentrante, con nichos numerados para el despoje de los oficiantes, ó dígase bañistas. Un triángulo escaleno, cuyo vértice penetra mar adentro, sirve de rompiente y de tajamar. La furia del agua y la osadía y abundancia de tiburones impiden el bañarse en las playas, y la promiscuidad de sexos la impide aquel sedimento de prejuicios de un pueblo que, aun practicándolo, teme el pecado, y cuyo

concepto del honor es el mismo, ó poco menos, que el empingorotado y absurdo del siglo XVII hispano. No en balde nuestro país llamó un tiempo amo y señor á don Felipe II, y lleva en sus venas sangre de los graves españoles, altisonantes y enfáticos en punto á casos de amor, como lo prueba, tanto ó más que la historia, todo el glorioso teatro de aquella gloriosa nación.

Crispín entró en el agua. No sabía nadar. Agarrándose de la cuerda que sirve de apoyo, se acuclillaba, en espera de la ola. La ola en su abrazo brutal lo envolvía, le hacía perder el equilibrio, lo revolcaba. Crispín, manoteando, braceando, sacaba la cabeza fuera del agua, los ojos irritados por la sal marina, la boca amarga de los buches sorbidos y los bigotes en guías hacia las comisuras bocales como un chino. Su figura desmirriada, en desnudez, aparecía caricaturesca. Los hombros enjutos, los brazos kilométricos, el estómago sumido, las choquezuelas como nudos en las piernas como veradas; todo aquel desmirriado y triste ser, los cabellos en punta, el agua á media pierna, jugando con el gran mar azul y resplandeciente de hermosura y de fuerza, era un espectáculo grotesco. Reía de su impotencia y azotaba al mar como Jerjes. Luego tornaba á ponerse en cuclillas: la ola venía de nuevo, desarrollando su cauda luminosa, y otra vez lo zambullía, entrándole por los ojos, por las orejas, por la boca, por todas partes. Y vuelta á golpear al agua con palmadas y sornavirones.

Otro caballero mañeador que nadaba como un pez y permanecía de espaldas sobre el agua, como una boya, causó la admiración de Crispín.

—Venga, venga—le decía el nadador—. No tenga miedo. Yo lo ayudo.

Pero Crispín no se atrevia.

—¡Oh, no! Ya he bebido bastante agua.

Cuando regresó al desayuno, su mujer se desperezaba en el lecho.

—Anda, floja—se permitió insinuarle—; anda, levántate. El agua está deliciosa.

Después de la colación se fué á caminar hacia La Guzmania, limpio de cuerpo, liviano de espíritu, extrañándose de aquella libertad inusitada y de aquel vagueo bajo los árboles, á millas de su casa, contra sus habitudes eutropélicas. En el parque se encontró con un señor que leía. Saludáronse y convinieron en caminar juntos un rato.

—Esto desentumece, ¿eh? No es la vida sedentaria que vive uno en Caracas.

Crispín asentía, encontrándolo todo á maravilla: el cielo, el mar, la montaña, el arroyo, las palmeras. Le parecía que todo aquello lo veía por primera vez. Se encontraba en excelente disposición de ánimo. A menudo dirigía á su acompañante frases en que salía á colación la esposa.

—Mire usted, mi mujer es muy previsora; cuando venía para Macuto...

Y contaba una futileza cualquiera, en loa á las previsiones de María.

Entusiasmándose, á la vista de los uveros, exclamó:

—A mi esposa le encantan. Voy á llevarle. Permítame usted.

Se puso á recoger uvas silvestres y á repletar su pañuelo y sus bolsillos.

—A la verdad, son de un agridulce delicioso. ¿No las prueba usted?

El señor no probaba nada, asegurando que aquellas ácidas frutas serían buenas, á lo sumo, para los pájaros.

Crispín tildaba de herejía tal parecer, mordis-

cando las acres uvillas playeras y gesticulando con la dentera que produce la acrimonia de las uvayemas.

—¡Vamos, hombre! Una fruta excelente la uvilla. ¡Gusta de tal suerte á María!

Ella se lo había dicho: el empleo de sus mañanas consistía en saltear uvas, entre amigas, en bandadas, como pericas. ¡Una diversión!

A cosa de las diez regresarían de la excursión matinal el señor y Crispín. Al pasar por frente de *La Alemania,* éste se detuvo. Varios ociosos, instalados en plena acera, jugaban al dominó. Crispín se dispuso á verlos; se interesó en la partida; se hizo explicar; trató de penetrar los misterios y complicaciones infantiles é insulsos de aquel insulso é infantil divertimiento, invención de algún aburrido con poca chispa ó de algún matemático de á bordo ó prisionero, sin caletre para más.

Lo cierto es que al entrar en el casino, Crispín participó su proyecto á María.

—¿Sabes, mi hijita? Pienso comprar un dominó para nuestras veladas de Caracas.

Como su mujer no respondiese, él dijo:

—¿No te parece bien? ¿Te gusta el dominó? Es un juego agradable. Distrae mucho.

Y acordándose de las uvas:

—¡Toma! ¡Qué cabeza la mía! Ya iba á olvidar... ¡Como á ti te gustan tanto!

—¿A mí?

—Sí; ¿pues no me dices que correteas todas las mañanas por las playas, salteando uvas?

—¡Ah!

—¡Cómo ah!

—Que no recordaba el habértelo dicho. ¡Tienes una memoria!

* * *

Esa noche se bailaba en el casino, y hubo de adelantarse media hora la comida, con objeto de arreglar convenientemente los corredores, retirando las mesas del restaurant, sillas y butacones inútiles; encender los farolitos venecianos puestos adrede, y que ciñen y decoran la baranda, y regar con esperma el cemento de los corredores y las tablas del salón. Se comió á trompicones. Cuando ambas primas acabaron de trajearse para la fiesta, ya los primeros arribantes concertaban piezas de baile, y de cuando en cuando se oía el registro de una flauta ó el preludio de un violín, todavía desacordes.

Se rompió con un vals, y apenas terminado, salían los bailadores fuera, á los corredores, á respirar la brisa marina, el terral nocturno, mientras nuevos arribantes se precipitaban en el salón, buscándose los mozos y las mozas.

Los graves papás, las voluminosas mamás y los maridos cincuentones se repantingan en cómodos asientos contra los muros, á mirar cómo brincan y se divierten los suyos y á gozar de los ojos y aun del recuerdo.

Se empezó una cuadrilla. Julio de Nájera, discretamente eclipsado por el día, apareció esa noche en el baile en todo su esplendor. María y Mario Linares hacían *vis-à-vis* á Eva, cuyo galán era Brummel. Este, correcto, glacial, brummélico, sin dar resquicio á la sospecha, tomaba las transparentes manos de María, en las figuras y pasos de baile, con la punta rosada de sus dedos. María, por el contrario, trató una y otra vez de estrechar con fuego en el disimulo y mudanzas de la cuadrilla las manos acicaladas del tenorio, espiando con discreta indiscreción en los ojos de su amante el vuelo de las miradas, celosa de Eva.

Brummel, que enamoró á María para encelar á Eva, ¿por qué se mostraba correcto, glacial, brummélico, sin dar resquicio á la sospecha, cuando la ocasión era propicia como ninguna para permitir entrever á la renuente muchachita los progresos que supo hacer el desdeñado en otro corazón de mujer? ¿Por qué no hacia alarde ni gala de su triunfo? ¿Por qué no probaba con un guiño de ojos, con un ademán de connivencia, que él sabía consolarse de la una y reemplazarla con la otra! ¿Por qué no daba celos á la chiquilla de Eva? ¿Por qué se erguía en su frac, correcto, glacial, brummélico?

Algo adivinó ó creyó adivinar Eva Luz, sin embargo, con ese claro instinto de las mujeres en cosas de amor.

Cuando finalizó la cuadrilla, Brummel sacó su pareja á los corredores á respirar un poco de aire. Se acercó á la baranda, y acodándose allí con familiaridad, de espaldas á la concurrencia, se puso á conversar con Eva, también de vista al mar, de pie junto al esbelto y elegantísimo de Brummel.

En el cielo cabrilleaban las estrellas. A lo lejos se oía el tumbo del mar.

Brummel, en voz meliflua, empezó á querellarse. Ella no era lo que parecía con su aspecto ingenuo y encantador. Debajo de aquella envoltura de seducción había un alma dura, desamorada. ¿No sabía Eva de memoria que él la amaba, ¡ay, desde cuándo! en silencio, en tortura, con heroísmo de que él mismo se creía incapaz?

—El alma de usted, Julio—dijo Eva—, no podría negar yo que es un espectáculo digno de contemplación; pero vamos á admirar juntos ahora algo menos inmaterial. Mire: mire el cielo estrellado. Los luceros nos guiñan los ojos: se están burlando quizás de nosotros.

Julio sonrió, aplaudió los rasgos de crueldad y de ingenio, dos cosas encantadoras, muy de ella, una seducción más que la hacía tan diferente de las otras mujeres. Pero él la adoraba, y ella reía. ¿Por qué?

Eva pensaba para sí: «¡Dios mío, y éste es Brummel, el irresistible Brummel, arrancador de corazones! ¡Pero si es idéntico á todos! ¡Si es la misma eterna canción! No merece la reputación que las tontas le dan. Le voy á probar que se ha equivocado; que yo no soy del montón; que no sirvo para pedestal de fatuos »

Julio insistía. El la adoraba. Que ella no le creyera no le sorprendía. Aquella maldita reputación lo perjudicaba á los ojos de ella, y con razón. Pero estaba dispuesto á probarle la sinceridad de su sentimiento. Que exigiera la prueba más dura. Se sentía dispuesto á complacerla, á pasar por todos los crisoles: su amor le infundía fuerzas para salir victorioso.

Era sincero en aquel instante: estaba enamorado, quizás de veras, quizás merced á la ilusión de su teoría; para conmover es necesario estar conmovido. Pero ante la actitud de Eva quiso cambiar allí mismo, violentamente, de táctica, ponerla de lado y entregarse á María, quien pasaba y repasaba cerca de la baranda, comiéndose á Julio con los ojos. Sino que pensó, no sin acierto, que el no llenar mucho lugar en el corazón de Eva era óbice al advenimiento de los celos, porque salvo casos clínicos, donde no hay amor no despuntan celos.

Mientras Julio charlaba y exponía su corazón, Eva, tornando la cabeza con disimulo, miraba de hito en hito hacia el salón y por los corredores, como si buscara algo, en asechanza de quién sabe qué.

La orquesta empezó á preludiar otra pieza. Julio continuaba sus querellas. Eva seguía oteando, de soslayo, con disimulo, impaciente.

—No me hable de amores, Julio. Su voz es agradable, pero oiga: se parece á un piano que no produjese más que una melodía, la misma, siempre la misma.

El sonrió, la alabó. Estuvo feliz, seductor. Pero las mujeres son las mujeres. Mario pasaba en ese instante. Eva se dirigió á él.

—Mario, hágame el favor de darme el brazo. Lléveme al salón.

Y dejó plantado en aquella baranda, sin motivo, sin explicación á los ojos de toda la concurrencia, á Brummel, al lindo, al rufo, al jarifo, al enamorado, al dandy Brummel, sueño y encanto de tantas mujeres.

Con perfidia, con estrategia, había acechado la ocasión de romper con él así, ruidosa, desdeñosa, cruelmente. No creyó tan cerca la oportunidad, pero una vez propicia, no había por qué se escapara. La ocasión la pintan calva. Y pensó, riéndose á carcajadas en lo íntimo de su alma: «Ahí queda eso: un harapo; que lo recoja María.»

LIBRO TERCERO

I

La artritis y sus secuencias victimaban á doña Felipa; á la dispepsia crónica, á los fallecimientos cardíacos, sumábase otra dolencia muy más cruel —concreciones en las vías biliares—, máxime en los periodos agudos del mal, cuando sobrevenía el cólico hepático. Entonces era todo berrear la vieja, correr la familia y presentarse el médico, el célebre, el solemne doctor Tortícolis, á ingerir inyecciones hipodérmicas de morfina para mitigar, por medio del narcótico, la pena, ó bien á propinar cucharadas y aun vasos íntegros de aceite de olivas, cuando el dolor no era muy lancinante.

—Es una tremenda colelitiasis—afirmaba el cuellierguido del doctor, con aquella tiesura de persona que le valió su bien llevado apodo de Tortícolis, y trayendo á cuenta la terminologia médica y de la farmacopea, terminalogía á que era muy afecto y que hubiera debido granjearle otro apodo, el de Pedancio, por donde se habría inmortalizado el doctor Juan Peza, como Pedancio Tortícolis.

La anciana padeció en corto espacio de tiempo

dos cólicos hepáticos, que minaron aun más su ya usada naturaleza. Sino que la vieja, testaruda en todo, pugnaba con sus años y sus dolencias, sin ceder á morirse. Pero no digería más que líquidos y los regüeldos la ahogaban.

Se redujo á su aposento, y ya no vivía sino muriéndose, tendida ó arrellanada en un extraño mueble, mitad asiento, mitad cama, que gracias á un resorte enderezaba el espaldar, tornando la yaciga en poltrona, ó tumbaba el respaldo trocando la poltrona en yaciga.

Flaca, nariguda, amarillenta la tez y amarillentas asimismo las esferas escleróticas, el pescuezo como un cuello de violín, parecía doña Felipa un maniquí alámbrico y de cera, ó fabricado con pleitas de atocha.

Y desde su aposento, ya reclinándose, ora repantigándose, entre eructo y eructo, bregaba por dirigir la casa, por pedir cuentas, por cuchichear con Ramón, por seguir viviendo y mandando, á manera de comodoro herido en medio de la refriega.

Crispín, muy apesadumbrado, vivía cuanto le era dable al pie del butaque materno.

—Ramón—llamaba la vieja, desadormitándose.

—No está aquí, mamá; soy yo, Crispín.

—No es á ti; es á Ramón á quien llamo.

—Anda por fuera, mamá. Pero diga, ¿qué desea?

—Pues hablar con él. ¡Pobre hijo mío!

Y la anciana cuidábase poco de aquel otro hijo suyo que estaba allí, velándole el sueño.

Acababa doña Felipa de pasar el último ataque de cólico, y esa noche, en el recibo del corredor, amueblado con un ajuar de mimbre, que dicen de Viena, las Linares, de visita con motivo de la enfermedad de la anciana, departían casi tan alegre-

mente como en sus propias tertulias caseras. A la habitación de la paciente, sita hacia el fondo, no llegaba el rumoreo de aquel buen humor general. Crispín acababa de presentarse, diciendo:

—Mamá sigue bien. Después de tomar la poción se ha quedado dormida.

—Así puede vivir diez años más—dijo María.

Y añadió para encubrir la brutalidad de su aserto:

—Eso dice el médico.

—¿Y Eva?—preguntó Mario Linares.

—Por allá la dejé. Probablemente venga ahora. Discúlpenla si no se presentó antes á recibirlos. ¡Tan atareada la pobre!

—¡La pobre!—repitieron á una Mario Linares y Adolfo Pascuas.

En ese instante, cosa de las nueve, llamaron al portón, y se presentaron de visita el doctor Luzardo y su familia, rara gente.

Sabían que doña Felipa no andaba muy bien. ¡Qué lástima! Una matrona de tanto mérito!

—Pocas nos quedan como ella en esta sociedad —aseguró el doctor.

Crispín abrió aun más sus grandes ojos redondos con un meneo de cabeza, que bien podía ser para dar gracias, como para asentir á tan lisonjera opinión.

En el fondo, á Luzardo y á su familia se les daba un ardite de la enfermedad y de las virtudes de doña Felipa. Ellos venían á otra cosa.

El doctor, médico sin clientela, nunca practicó en serio su carrera y arbolaba el título académico á modo de estandarte en cuyo torno, hambrienta de autoridad y honores, se congregaba la familia, «la familia del doctor.» A pesar de sus continuas declamaciones contra personas constituídas en dig-

nidades de gobierno, el doctor Luzardo vivió siempre de empleos oficiales subalternos, conexos con sus sedicentes estudios: inspector de sanidad pública, médico de ciudad, ó algo por el estilo. Su pedantismo le hacía creerse superior á sus cargos y pensar que si hubiera un Gobierno serio, conservador, un Gobierno en el cual los ciudadanos se apreciaran en razón directa de los méritos, él sería por lo menos ministro ó consejero de Estado. Si bien al servicio de los gobiernos existentes—pandillas de rateros—él podía permitirse el censurarlos desde la eminente cima de su honorabilidad personal. Por lo demás, era un vejete adocenado, y más doctoral que docto.

Su familia se reducía á la trimurti que lo acompañaba, la esposa y las dos hijas, contraste perenne con el vejete larguirucho, acartonado, lampiño, pues eran las tres damas gordas, pringosas, rechonchas, más damesanas que damas, amorfas y bigotudas.

Difícil precisar la edad en tales mujeres. Imposible distinguir cuál fuese la madre y quiénes las hijas. Aquellos tres sacos de tocino tenían cuarenta, cincuenta, sesenta años, ¡quién sabe! El solo indicio de los pelos blancuzcos del frondoso mostacho en el uno de aquellos esperpentos, indicaba la edad provecta. Por lo demás, los mismos andares patojos, los mismas piernas cortas y embutidas en el vientre, los mismos bustos adiposos, tetones, comadronescos. Junto á ellas la voluminosa doña Josefa, encorsetada, empolvada, presentable, decente, parecía una sílfide. Beatas redomadas, musitando preces, desgranando rosarios y pegando á la cogulla, odiaban con odio de sacristía á cuanto fuera lujo, gracia, coquetería, buen olor.

Se las llamaba por mal nombre las osas. Solteronas papandujas, las hijas, las osas menores, no

conocían el amor sino por un pecado á que nadie quiso inducirlas nunca. Habían ejercido no sé qué profesorado de catecismo en no sé qué parroquia, y de aquel vago magisterio conservaban un tono de suficiencia dogmática con que hablaban á todo el mundo, como si todo el mundo fuera catecúmeno intonso. A la más leve rascadura sobre su costra hipopotámica comparecía en ambas la maestra de escuela, con su disciplina, su autoridad, su maestrescolía y su grotesca importancia.

No venían por doña Felipa, de quien se les daba un bledo, sino en la esperanza de encontrar allí público y disfrutar la gloria de esparcir, las primeras, cierta nueva religiosa. Así, la una de ellas, soltó de rondón:

—¿Saben ustedes? Quien arribó ayer de Nueva York es el padre Iznardi Acereto.

—¿Y quién es el padre Iznardi Acereto?

Como nadie conocía al padre Iznardi Acereto, las Luzardo parecieron amostazarse, á pesar de que tampoco lo conocían ellas. Pero triunfó la inmanente lógica, y ante la ocasión de verter el acopio de noticias obtenidas por medio de algún presbítero, sonrieron con sus bocazas bigotudas.

—¿El padre Iznardi Acereto? Un padre virtuosísimo, venezolano, joven: una esperanza, una gran esperanza de la Iglesia.

Y se explayaron en consideraciones.

¡Como Caracas no lo echase á perder! Porque en Caracas, las señoras, como usted oye, las señoras, echan á perder al clero. El padre Iznardi, que pertenecía á la Congregación X, venía con el propósito de establecerla en Venezuela.

—Pero las Congregaciones—dijo Mario—están prohibidas por las leyes de la República. No sé cómo se las componga.

Ahí saltaron las tres euménides á un tiempo, como picadas de tábano:

—¿Prohibidas? Pues fundará la Congregación. ¡Cuente usted con qué la fundará! Cuanto á las leyes y á los gobiernos, la Iglesia se ríe. Ahí están el señor arzobispo y las señoras de Caracas.

El doctor Luzardo quiso meter baza, elevando á más altas esferas la cuestión:

—¡Las leyes! ¡Ay, amigo Linares; usted es muy joven; yo tengo los cabellos blancos: vea! Las leyes no significan nada; no involucran la opinión del pueblo venezolano, que no las hace, que las ignora.

—Pero si no las hace, las acepta.

—Por eso no. El pueblo de aquí es un hato de carneros. Acepta las leyes, sí, como una tiranía.

—Entonces, doctor Luzardo, según usted, ¿las revoluciones de Venezuela son protestas?

—Usted lo dice, amigo Linares; protestas contra la tiranía que le impone leyes que no comprende, costumbres que no practica, mandatarios que no elige, que no ama.

Adolfo Pascuas, mudo hasta allí, adujo una excusa cualquiera, saludó y se fué. Rosalía y María le acompañaron hasta la puerta, enlazadas por la cintura, como en tiempos de soltería, enfadadas de la controversia, del debate, de la lección, que de todo había en los discursos de aquella gente que vino á erigir en el corredor de la casona tribuna, púlpito y cátedra.

—El que tiene la culpa es Mario, que les da cuerda—susurró María á la oreja de su prima.

—De veras.

Crispín, sin compartir el parecer de Mario, tampoco opinaba como el doctor. Para él las leyes eran sagradas por ser las leyes. Y cuanto al régi-

men gubernamental, Crispín, hombre pacífico y ajeno á la política, sin reatos que pudieran torcer ú obscurecer su criterio en el asunto, y aleccionado por triste experiencia, se adscribía á los pacifistas, repitiendo la célebre frase de don Domingo Olavarría: «En Venezuela el peor de los gobiernos es preferible á la mejor de las revoluciones.»

Se abstenía de terciar en el parloteo, porque éste iba ya tomando visos de disputa, como toda conversación en la que ingerían su dogmatismo el doctor Luzardo y sus tres osas.

Cuanto á Mario, charlatán incorregible, pensaba: «que rabien», sin parar mientes en la desazón de Crispín, en la fuga de Adolfo, en el alejamiento de su hermana y de su prima, ni en las señas de malhumor de doña Josefa.

—Pues yo no pienso, doctor, que las revoluciones sean meras protestas. En medio de una docena de pesimismos é ignorancias de buena fe, que no creen sino en la eficacia del sable, otra docena de odios personales al presidente ó á sus agentes y otra docena de ambiciones extraviadas, pero altas, nobles, disculpables, nuestras guerras civiles no son sino la exteriorización de una morbosidad, el poner por obra, con pretexto más ó menos hábil, cierto fondo latente de banditismo.

—¿Un bandolerismo disfrazado, entonces?

—Sí señor; un bandolerismo disfrazado.

—Pues por lo que á mí respecta, amigo Linares, creo con firmeza que mientras nos gobiernen pícaros, las revoluciones son santas.

—¡Ah, no!—dijo Crispín, horrorizándose—; la guerra nunca es santa.

—Caro nos cueston esas doctrinas, doctor. Vamos carrera tendida al coloniaje. Supóngase que perdamos la libertad; pero conservemos siquiera la

independencia. Es el caso de México; y ya lo ve cuán próspero. ¿Era más feliz en tiempo de las revoluciones inveteradas que le valieron la pérdida de sus provincias nórdicas, hoy en manos del yanqui, y la invasión europea? ¿Qué seria de la República y de la patria mexicanas, á no existir aquel benemérito de las Américas, aquel glorioso y épico Benito Juárez? Sin libertad pudo ser Roma el primer pueblo del mundo. Por lo demás, es preferible el tiranicidio á la revolución.

—¿Cree usted que hay diferencia? Demos que muera el tirano; ¿no se sublevarán unos por conquistar el poder, y no pugnarán otros por no desapuñarlo?

—Hay otra cosa, doctor. Esos hombres nuestros que se citan como tiranos espantables no son, ni con mucho, tales tiranos. El más formidable de todos ha sido Castro. Y sin embargo, ¡cuán lejos de un tirano, de un Rosas, por ejemplo!

—Es que los tiempos son muy otros. Ejerce la dictadura hasta donde puede. ¿Cree usted que una degollina á lo Rosas la tolerarían las potencias?

—¡Bah! ¿No toleran la matanza de los judíos en Rusia, de los cristianos en Albania? El emperador Guillermo II, ¿no ordena impunemente el azote para los niños y madres polacos, renuentes á la germanización de las escuelas y de los hogares, por el sólo crimen de hablar y aprender en polaco y no en alemán? ¿Inglaterra no hace perecer anualmente, según sus propias estadísticas, once mil niños boers en los campos de concentración del Transvaal? ¿Y la guerra de China? ¿No se apandillan las grandes potencias para llevar la pillería y el exterminio al Extremo Oriente, en nombre de Mercurio y de Cristo, por el comercio y por la religión? ¿No es esa guerra una agresión cobarde é ini-

cua, de la inicua, cobarde y agresiva Europa? ¡Bah! No me hable de las grandes potencias.

—¡Qué diferencia! ¡Qué diferencia! Vamos, amigo Linares, aquellos son países estables y cultos. ¿Cuándo se ven aparecer allí tipos como los nuestros?

—Oiga, doctor. El emperador Guillermo no me negará usted que es un soldadote sin campañas; si no bruto, brutal; un déspota anacrónico. El zar de Rusia, un pobre señor. Francisco José de Austria, un viejo chocho. Eduardo VII, un libertino...

Las osas hacían aspavientos. El doctor Luzardo se ponía las manos en la cabeza, escandalizado, pues por extraña constitución anímica, él, que no respetaba nada en su país, veneraba hombres y cosas del extranjero, sobre todo las cosas y los hombres de Europa, á los que la distancia, la vetustez y la historia prestaban, á sus ojos, un prestigio sagrado.

Doña Josefa, no menos alarmada, increpó á su hijo:

—¡Jesús, Mario! No dejas títere con gorra.

Crispín Luz, con su habitual signo de asombro, abría desmesuradamente sus grandes ojos de buho.

Rosalía y María, retiradas, de pie bajo una lámpara del corredor, se engolfaban en la lectura de un diario de la noche, indiferentes á cuanto no fuera la reseña de una fiesta social, á la que no pudieron asistir por la gravedad de doña Felipa.

Mario, irrestañable de parluria, pleiteando la palabra á los demás que querían arrebatársela y y rebatirle, continuó:

—Por lo que respecta á nuestros hombres públicos, ¿no opina usted, doctor, que Guzmán Blanco fué un cerebro muy claro, un estadista, un reformador consciente y brillante? Y Castro, ¿no es un

innovador que dicta leyes, abre caminos, erige monumentos, mejora el ejército, organiza la hacienda y tiene en grado heroico la virtud, ya rara en Venezuela, del patriotismo y la no menos rara del amor á la gloria? Natural es que ambos, innovadores violentos y de carácter cesáreo, conciten en su contra animosidades. Cuanto á Crespo, á pesar de sus rapiñas, fué un gobernador liberal y tolerante. Ninguno más que él prestaba oído á la opinión pública. La prensa fué libérrima durante su administración. Recuerde que hasta negro bozal se le decía, y no por eso persiguió á sus detractores.

—Usted cambiará de opinión cuando avance en edad—aseguró una de las osas—. Y entonces comprenderá que esos hombres y unos pocos más son los causantes de todas las desgracias de Venezuela. ¿No protegen la masonería? ¿No derrocan y suprimen los conventos? ¿No imponen el divorcio? ¿No roban el tesoro de la nación? ¿No encarcelan? ¿No persiguen? ¿Quiere usted más?

Las osas se alborotaban, en actitud de púgiles, exasperadas por el disenso á sus pareceres.

Doña Josefa, francamente desagradada con la impertinencia charlatana de su hijo, lo reprendió:

—Pero ¡por Dios, Mario! ¿Qué tienes? Pareces una cotorra.

Este comprendió que sería prudente amainar. Pero nueva embestida osuna le decidió á insistir. Estaba de veras cargante esa noche, y casi tan pedantesco en su terquedad como el doctor Luzardo.

—Acepto cuanto afirman las señoras—dijo—. Sólo añado que si á mí, á Crispín, al doctor, á cualquiera de nosotros, nos invistiesen con la suprema autoridad que, dados nuestros hábitos, ejercen los presidentes de República en Venezuela, seríamos quizás mucho peores que los hombres á

quienes censuramos con tanta acritud y á veces con tanta injusticia.

María y Rosalía no regresaban á sentarse al circulito donde peroraban mejor que conversaban Mario y el doctor, sino que permanecían engolfadas leyendo á cuatro ojos el diario que el repartidor de periódicos acababa de deslizar por las junturas de la puerta á la salida de Adolfo. Como estaban al otro extremo del corredor, á espaldas de doña Josefa, ésta no las veía, si bien escuchaba perfectamente el conocido rumoreo de las enaguas y el sonar del papel apañuscado y sabía á las dos mujeres por allí cerca.

—¿Esas niñas? ¿Dónde andan esas niñas?—inquirió, sin embargo, más que otra cosa para ver de canalizar por otro rumbo la conversación.

Crispín aprovechó el receso, y se levantó diciendo:

—Permítanme un momento. Voy á ver cómo sigue mamá.

—Nosotras nos vamos, Crispín—exclamó la osa mayor.

—No se vayan. Espérense un instante. Le avisaré á Eva para que venga á saludarlas.

A poco de allí apareció Eva.

Doña Felipa seguía bien. Pero imposible dejarla sola.

No quiere tomar lecho por nada. Y pide noticias y cuenta de todo.

Las osas comprendieron que era llegado el momento de partir. Y partieron con el bamboleo de sus tres grasas moles. Detrás iba el régulo del doctor, amo de los tres sacos de tocino, custodio de las tres Furias, cornac que guía de feria en feria sus elefantes domésticos.

Apenas salieron,

—Yo las abomino—dijo Eva.

Y Rosalía:

—A mí me producen un malestar casi físico.

—Son malas y torvas porque no amaron nunca —expresó María.

Y Rosalía, aludiendo á las osas menores, tornó á embestirlas con una frase que ya había dicho á la oreja de su prima:

—Son virtudes agresivas.

Pero María afirmó que Mario tenia la culpa, porque las exasperaba contradiciéndolas y porque daba cuerda á las teorías del doctor. Demasiado moderadas estuvieron. El cargante é imperdonable había sido esa noche Mario. Todos asintieron menos Eva, que sonreía, sin opinar. Sonreído también de los cargos que se acumulaban sobre su cabeza, Mario dijo en son de disculpa:

—Me encanta hacerlas rabiar, ya que han hecho rabiar á tantos. Lo repugnante de esta gente consiste, no en lo que dicen, sino en el modo como lo dicen. El doctor es cargante, pero ellas, las tres, son más pesadas que las virtudes de que blasonan.

Doña Josefa, para no ser menos que los demás, introdujo su cuchara en la olla podrida de improperios ó burlas.

—A mí se me parecen á la mujer del Nabab —dijo.

—¿A la mujer de Perrín?—preguntó Mario recordando que su madre llamaba *el Nabab* á Perrín.

—No, hombre; á la del otro, el auténtico, el de Daudet.

Como nadie recordaba aquella vaga persona de novela, se rieron,

Y Rosa le dijo:

—¡Jesús, mamá! Siempre anda usted con sus comparaciones de biblioteca.

II

Cuando meses atrás, á poco del regreso de Macuto, María le participó la gran noticia á Crispín, éste no supo qué pensar, alelado, y se la hizo repetir varias veces.

—¿Tú en cinta, María? ¿Pero es posible?

—Y tan posible como que estoy de veras embarazada.

—Pero ¿cómo no lo has dicho antes?

—Porque antes lo ignoraba.

—Bien, mi hijita. ¿Qué tienes? ¿Qué sientes? ¿Cómo supones?...

—¡Por Dios, Crispín! Las mujeres sabemos de estas cosas.

Entonces fué cuando Crispín se alborozó de veras, llamando á su mujer *mamita,* y cabriolando como genuino caprípedo. El, tan comedido, tan discreto, sintió deseos de comunicar á todo el mundo en el almacén la noticia. Le retozaba en la boca la frase: «Oiga usted, caballero, mi señora está en cinta.»

A Schegell sobre todo se lo hubiera él gritado con la voz de Stentor, para atronarlo y confundirlo.

Cuando se lo dijo á doña Felipa, la vieja gruñó:

—Pero ¿estás seguro?

—Sí, mamá; ¡cómo no!

—Y eso, ¿desde cuándo?

—No sé. María se viene á dar cuenta ahora.

—Mira, Crispín; yo también soy mujer; tú no eres muy ducho...

—Pero ¿qué quiere usted decir, mamá? ¡Por Dios! No me desespere. No amargue las más santas alegrías de mi vida.

La reticente anciana se hundía en mutismo, el ceño apretado como un puño.

Crespín salió furioso. Pero poco á poco fué recobrando el humor apacible: «Pobre mamá—pensó—; la enfermedad la pone tan impertinente...»

A Rosendo y á Joaquín les escribió sendas cartas. ¡Cómo no! ¡Una trascendente noticia! Les hablaba de la madre, ya no grave, pero requiriendo asiduos cuidados. Eva, la pobre, constituída en hermana de la Caridad, y al propio tiempo en ama de llaves. ¡Qué alma tan bella! Y luego la buena nueva: «La familia se aumentará dentro de poco. La angelical María dará al mundo un retoño. El advenimiento del chiquitín es esperado con ansia en este feliz hogar.»

Otros sentimientos animaban á la angelical María. Aquella melosidad, aquellos agasajos de Crispín, duplos, múltiples, desde el día en que lo advirtió del embarazo, la torturaban hasta lo increíble. Empezó por sentir lástima de su esposo, pero se le ha hecho intolerable, repulsivo. Aquella aversión es más fuerte que su voluntad, y su disimulo no puede vencerla. Físicamente, Crispín le inspira horror. «¿Por qué, Dios mío?», se pregunta. Nada sabe sino que al ver ese regocijo, ella sufre; al sentir el calor y la respiración de su esposo de noche, en la cama, sufre. A veces no puede contenerse y le da un empellón cuando él, panza arriba, la cabeza en las almohadas y la boca abierta, duerme y ronca.

—¡Jesús, Crispín, no ronques tanto! No me dejas dormir con esa música.

El se disculpa, se torna hacia la pared, se echa boca abajo, muerde un pañuelo de seda, hace cuanto puede por complacer, por no impertinar. Pero nada. Vuelta á dormirse y al ronquido.

Brummel, por su parte, con su despego, la ha hecho andar una calle de amargura. A la casa no ha querido volver.

—No pisaré nunca más el quicio de esa gente—le dijo.

«¿Será por no encontrarse con Eva ó por no visitarme?», se pregunta María. Citas en iglesias, caminatas al Calvario, carreras en coche á extramuros, todo lo ha osado, á todo se ha expuesto la pobre mujer, enferma de amor. En el hogar de aquella pasión han ardido todos sus escrúpulos, y se fundió hasta su orgullo de hembra.

Por fortuna, Crispín, anuente en el regocijo de su paternidad, la permite salir con Juanita Pérez. ¡Ay! ¡Juanita Pérez ha sido su áncora de salvación! Ya no se distancia de Juanita.

Juanita Pérez es la amiga complaciente, la amiga pobre, la condiscípula, compañera de antaño, hoy huérfana, venida á menos, y que desdeñada de los hombres por fea, no por misérrima como ella se figura, tiene que coser para las amigas de la infancia, condiscípulas prósperas, y que suda la gota gorda por reunir los veinte pesos mensuales, alquiler de la casita por la Pastora.

Su hermana la mayor, más fea aún, cose que cose, apenas sale sino á la iglesia. Juanita va por las costuras, hace las compras, reparte los encargos, ensaya á domicilio el traje de prueba. A veces pasa el día cosiendo en esta ó en aquella casa, y se aprovecha para almorzar; para llevar con disimu-

lo, en la noche, un bocado á la mayor, y acepta para vestirse los trajes viejos ó usados de las relaciones pudientes, mitad regalo, mitad limosna. Ella sabe tornarlos nuevecitos y se emperejila con tales prendas, ó bien los vende como de su manufactura en los barrios bajos. Juanita Pérez es la amiga que sirve de criada y la criada que sirve de amiga. Goza reputación de honrada porque trabaja, no pudiendo hacer de otra suerte; de virtuosa, porque para delinquir es menester un hombre, y ninguno la invita á pecar; de cristiana, porque alaba la caridad que la ayuda á vivir, y porque asiste á misa por escuchar el órgano y gozar de ese espectáculo al alcance de todos los bolsillos, además de que iglesiea porque es el templo quizás el único rincón donde codea de igual á igual á sus amigas de antaño. Por lo demás, el alma de Juanita Pérez es sumidero de rencores: contra las hermosas, porque es fea; contra las casadas, porque es virgen; contra las ricas, porque es pobre. Ella abomina de los hombres porque la dejan en soltería; de la sociedad, porque se cree explotada; de la vida, porque se cree víctima de la fatalidad. Espera de buena fe que un día el Todopoderoso, redimiéndola de las injusticias humanas, la hará ascender al Empíreo, al coro de los mártires, ya bienaventurados, sin desvestirla siquiera, con los faldellines de acomodo y pingajos olientes á bencina. Juanita Pérez es la víbora que inocula su veneno en esta guisa:

—¡Fulana es tan buena! Este sombrero me lo regaló ayer. No creo un ápice de cuanto se le achaca. Pero ¡ay niña, debiera ser más prudente!

Y refiere una historia íntima, de las que ella presencia en los interiores adonde la piedad le da acceso, de las que ella presencia ó adivina y enrevesa á gusto de su torva intención.

Y Juanita Pérez fué el áncora de salvación de María. Empezó por llevar y traer papelitos y acordar citas en las iglesias entre Julio y la mujer de Crispín. Aquella fué una romería de templo en templo. Hoy en la Pastora, mañana en la Candelaria, el jueves en Altagracia, el viernes en San José. Y no faltaron á Santa Rosalía, ni á las Mercedes, ni á San Juan. Cuando Julio se fatigó de aquel amor oloroso á incienso, reducido al platonismo de un beso ó á la osadía de un apretón detrás de un pilar, mientras Juanita Pérez musitaba sus preces ante el Santísimo, fué Juanita la que iba por el coche para las escabullidas al Portachuelo, al Empedrado, al Camino Nuevo. Y fué Juanita, la amable, la discreta, la indispensable Juanita, la que prestó voluntaria y generosamente su cama y su casa cuando su hermana salía á compras, lo que ahora ocurría periódicamente dos ó tres veces por semana.

Aquello le reportaba mejor provento, con menos ajetreo, que zurcir farfalás.

Juanita Pérez valía un tesoro, y María la mimaba, queriéndola con mezcla de gratitud y de avaricia.

So pretexto de costuras, María obtuvo el que Juanita pasase todos los mediodías con ella. Pero la intimidad y los nexos fueron estrechándose, al punto de que Juanita, con disculpa de acompañamiento á la soledad de María, ya no comía ni dormía sino en casa de Crispín. Á éste se encargaba de hacer creer la propia Juanita que todo no era sino caprichos del embarazo. Crispín, aunque á regañadientes, cedía.

Como la aversión que le inspiraba su esposo era invencible, y como por una fidelidad *á rebours*, María sentíase incapaz de engañar á su amante

con su marido, ideó el que Juanita Pérez durmiese en el lecho nupcial, con ella, relegando á Crispín al canapé. Las primeras noches el esposo protestó, se incomodó, no quiso, pero María insistió, gimió, invocó á los santos, jurando que su malaventura la haría abortar. Resignándose con un beso en la frente, golosina rara para él, Crispín aceptó el extrañamiento al diván. Poco á poco fué acostumbrándose. El mismo llegaba ahora á mullir su yaciga. Había que encoger las piernas en aquel maldito sofá y no rebullirse ó tartalear mucho para no rodar por tierra, puesto el ancho de la otomana. Pero ¡qué demontre! Aquello pasaría pronto. ¡Cuestión del embarazo! «¡Por las que pasamos los maridos!», pensaba Crispín. No tardaría en llegar el querubincito. ¡Cómo no sufrir gustoso por aquel hijo suyo! El querubincito sería un libertador de tristezas, un redentor de infortunios, nuncio de paz, heraldo, lictor, bautista de la felicidad. En el amor del nene se encendería, más brillante que nunca y para no extinguirse, el amor de los esposos.

De vez en cuando doña Felipa lo increpaba:

—Crispín, ¿por qué no pones á la intrusa en la puerta de la calle?

Y suspiraba con amargura y amenaza:

—¡Ah! Si yo estuviese bien no estorbaría aquí cinco minutos más.

El mismo Crispín se desahogaba á veces en el seno de su hermanita:

—Esta mujer siempre en la casa, presente siempre ¡Es atroz! Se ha introducido entre María y yo como una pared. No tener un instante á solas, ni de día ni de noche, para tratar uno con su mujer... ¡Es atroz!

—¿Por qué no la despides clara, rotundamente?

—¡Es tan amiga de María! ¡Se quieren tanto!

Y luego, suspirando, añadía:

—De todos modos, es terrible. Esa mujer me suprime porque sí, porque le da la gana, mis derechos, los derechos que la sociedad y la Iglesia me acuerdan.

Eva no respondía. Pero á menudo mojaba su pañuelo, después de aquellas confidencias, alguna lágrima fraterna por la acrimonia, por el fraude, por el ridículo de que era víctima su hermano.

Y pensaba: «¡Dios mío! Si tú galardonas de tal suerte la virtud, yo reniego de la virtud. ¡Qué asco!»

¡Cuántas veces ella, que presumía la verdad, toda la verdad, quiso abrir los ojos de Crispín! «Pero no; imposible. Equivaldría á matarlo. El, que la cree una santa... ¡Pobrecito hermanito!»

Llanto de amor, de impotencia, de vergüenza y de rabia, empapaba la funda de sus almohadas en el silencio de las noches.

III

El padre Iznardi Acereto estaba haciendo furor entre la beatería de Caracas, y aun entre la gente mundana y despreocupada, sobre todo entre las mujeres, acaso por aquel espíritu de esnobismo, llamado antes novelería, que es uno de los soportes del carácter venezolano.

Era un hombre joven, de treinta y ocho á cuarenta años, alto, fornido, coloradote, los ojos aguzados y escudriñadores, detrás de sus espejuelos de miope; el cabello corto y negro. Parecía extranjero, y se adivinaba, con verlo, que el sol de los trópicos no le requemó ni curtió de joven la piel, dándole ese tinte bronceado, amarillo bilioso, hepático, de los que habitan ó permanecen mucho en las regiones equinocciales. Partido á Europa desde la infancia, estudió en no sé cuál seminario la carrera eclesiástica, y el destino lo condujo á Holanda, donde corrieron sus mocedades en ejercicio de su ministerio. Luego pasó á los Estados Unidos. Después de una estada de cinco años entre los yanquis, se restituía al país de su origen. En sus modales había gracia y desenvoltura varoniles, sin aquella untuosidad de palabras, de ojos gachos y de brazos en cruz del jesuitismo. Acaso la circunstancia de haber perdurado en pueblos protestantes, librándolo de las mentiras del balandrán,

lo libró asimismo de muchas otras mentiras. No acostumbrándose el cuerpo, con el uso de la sotana, á los aspectos de santidad, su alma se mantuvo igualmente libre de ficciones y posturas convencionales, por aquella correlación que existe entre el interior y el exterior de las personas, que ha dado margen á toda una filosofía del traje.

Regresaba á su país, sobre todo por el ansia de verlo, y con un plan de regeneración moral por medio de la fe. Era un hombre sincero y acostumbrado, en su lucha de propagandista católico entre protestantes, á saber del triunfo por la perseverancia del esfuerzo.

Hasta su destierro llegaban al levita ecos de los desórdenes de la patria; y como la amaba con aquel sentimiento que se despierta por el terruño, aun entre los mismos que lo denostan, cuando no se vive en él y no se oye de lejos sino el clamor de sus tristezas, creyó el padre Iznardi en la redención de su patria por la fe y vino á realizar el gran sueño de su juventud.

Como esos médicos de laboratorio que desdeñan el ponerse á curar bronquitis y gastralgias, él se aficionaba poco de los chischibeos del confesonario y otras minucias de la carrera, cansado de haberse visto constreñido á practicarlas, y sintiéndose con alas para mayores vuelos, en más abiertos y azules horizontes. El oficio de confesor, sobre todo, le repugnaba. Beatas insulsas y pecadoras sin vergüenza, no eran aliciente para su alma férvida, batalladora y ambiciosa, cuya caridad consistía, no en dar centavos ni consuelos de poca monta, sino en luchar las grandes luchas en pro de muy cristianos y altruístas ideales. La rejilla del confesonario le parecía á veces la rejilla de un albañal. Decididamente carecía de vocación para conver-

tirse en letrina de orduras morales. A otros esa cóprida delectación. ¡Cuántas veces, á su paso por los templos, evitaba como á chinches á esas viejas pegajosas y rezanderas que le espiaban detrás de algún pilar!

—Padre, yo quiero confesarme con usted.

—No puedo, hija; no puedo ahora—respondía malhumorado, escabulléndose.

¡Cuántas veces quemó, sin responder, el billete de alguna elegante pecadora que lo quería hacer confidente de íntimos deliquios!

Predicar, predicaba. ¡Cómo no, si aquél era uno de sus medios favoritos de persuasión y de propaganda! Predicaba sermones abrasados de fe, de fe y de patriotismo. No era un Bossuet, ni con mucho, pero á pesar de su acento un poco extranjero, parecía elocuente, como que rebosaba de talento, de osadía y de convicción. A sus oraciones asistía numerosa concurrencia. Iba á oírsele como á un tenor en moda. Sus prédicas, sin embargo, empezaron á inquietar al arzobispado. Aquel orador no se reducía á ponderar las delicias del Empíreo ni á siniestras pinturas del Averno, admirables para emocionar almas de cocineras y gañanes, sino que osaba á más, y hasta convertía el púlpito en escuela de ciudadanos.

Misa, rezada algunas veces, á las cinco ó á las cinco y media de la mañana, en Catedral. Se le permitía decir misa, aunque no fuese cura parroquial; pero imponiéndole esa hora tempranera, casi casi en son de hostilidad. Los fieles afluían, no obstante. Llegaba apenas clareando á la sacristía; despertaba al monaguillo, amodorrado por allí, esperándolo ya, de roquete blanco y hopa purpúrea; calábase las vestiduras de oficio en un santiamén, y en un santiamén rezaba su misa.

Cierta mañana, á poco de iniciarse el santo sacrificio, aconteció una cosa tremenda.

La tierra sacudióse de súbito como el cuerpo de un corcel nervioso. Pasaron uno, dos, tres, cinco segundos y la tierra continuaba estremeciéndose. De los altares cayeron los candelabros, las imágenes rodaron por tierra, fracasándose; las briseras y cristales de las hornacinas retiñeron, rompiéndose. Los fieles echaron á correr, dando berridos:

—¡Temblor! ¡Temblor! ¡Misericordia!

Una vieja se desmayó. El monacillo, abrazándose con los Evangelios, rompió á llorar. No se oía sino este unánime alarido:

—¡Misericordia! ¡Misericordia!

Cuando los fieles desembocaron en la plaza Bolívar, las puertas de las casas circunvecinas ya traqueaban, abriéndose: por los balcones se despeñaban racimos de gente. Del Hotel diagonal con la Torre salía una algarada indescriptible: juramentos, exclamaciones, súplicas: en francés, en inglés, en alemán, en español. Y dominando el tumulto, surgía de todas las bocas el grito de lamentación, de impotencia, de amparo:

—¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia!

En medio de la universal desesperación no faltaban las notas cómicas. Una tiple de zarzuela española, recién arribada á Caracas, sin darse cuenta de la magnitud del peligro, en medio del alboroto, salía del hotel á medio vestir, furiosa, diciendo:

—Tenéis razón, ¡caramba! América para los americanos. Aquí no se puede vivir.

De todas las calles afluía gente, las caras de espanto, en greñas, á medio despertar, fantasmáticos: unos en camisa, otros en pantalones; éstos con una capa echada sobre su desnudez, aquéllos

arrebujados en sábanas, pálidos, como visiones. Las mujeres en bata, sin corsé, sin medias, sin zapatos, ó bien abrigándose apenas con una colcha, con una funda, con el sobretodo del marido, con lo primero que se encontró al correr; temblando, llorando, abrazándose con los hijos, con los hermanos, con los esposos.

Toda aquella multitud algarabienta y quejumbrosa congregábase en la plaza, en torno de la estatua del Libertador, apiñada junto á Simón Bolívar, como en los días trágicos de la patria, como si fuera él, Bolívar, el Libertador, nuestro padre, el único que pudiera salvarnos de todos nuestros infortunios.

De nuevo tembló la tierra. El clamoreo resurgió más agudo, más angustiado, más suplicatorio:

—¡Misericordia! ¡Misericordia!

Los soldados huían de los cuarteles; hombres, mujeres y niños en nuevas olas humanas fluían hacia la plaza. No se divisaba sino un mar de cabezas desgreñadas, de sombreros apabullados, de ojos fuera de las órbitas, de rostros macilentos y desencajados. Y sobre toda aquella pavorida multitud el corcel del Libertador y la figura impertérrita de Bolívar, al viento la esclavina, el bicornio en la diestra, como en alguna entrada triunfal, como recibiendo en alguna de las capitales de América, bajo lluvia de flores, los homenajes y aclamaciones de aquella gente redimida por su espada. Ese era su pueblo, su pueblo magullado y dolorido, muerto de miedo como en 1812, cuando irguiéndose el héroe en tribuna improvisada sobre las ruinas y los diez mil cadáveres de Caracas, en aquel doble terremoto de la tierra y de las ideas, silenció al cura agorero esclavo del rey, y galvanizó á la multitud con este grito sublime: «Aun-

que se oponga la Naturaleza, la venceremos, y habrá libertad y habrá república.»

En andas, en vilo, sacábase de las habitaciones á los contusos y á los heridos. De todas parte seguía llegando gente. Ya no cabían más en la plaza. Algunos gritaban:

—¡Al campo! ¡Al campo!

Entonces pudo verse una cosa épica. En la puerta de Catedral apareció el padre Iznardi, revestido aún de la sobrepelliz, grande, coloradote, impasible, solemne, como si no tuviera él, tan fogoso, nervios. Con dignidad heroica había terminado su misa. Había cumplido su deber hasta el fin.

El alba teñía de rosas el cielo de Oriente.

IV

De tiempo en tiempo el Avila bramaba como un león.

Esa mañana la multitud invadía plazas y jardines públicos. La vida de la ciudad se interrumpió con el pánico. Los almacenes no abrían sus puertas; los vehículos no traficaban. Sólo en las boticas, en las imprentas y en el telégrafo, agolpábase, estrujándose, la gente; pero no bien se oía el estrépito de una puerta al cerrarse, ó de alguna vigueta en desequilibrio que venía al suelo, cuando todos echaban á correr, en aspaviento, alocados, sin saber adónde. Salían á luz boletines y ediciones especiales de los diarios con noticias de toda la República. El público devoraba las nuevas de Maracaibo, de Valencia, de Ciudad Bolívar, de Coro, de Barquisimeto, de La Victoria, de Mérida; en angustia los que tenían parientes por allá, todos esperando nuevas fatídicas.

De repente circuló una extraña noticia. En el Observatorio Astronómico flameaba una bandera negra. Y corrió junto con un escalofrío de pavura el anónimo y absurdo anuncio de que á las doce estallaría un volcán en el monte Avila.

Todas las miradas, en el colmo del espanto, se dirigieron á los relojes públicos; pero los relojes públicos se habían parado al estruendo sísmico en la hora de la catástrofe.

La gente se arremolinaba. Unos á otros se dirigían preguntas imposibles de responder. Las mujeres empezaron á llorar. Y atropándose á la puerta de los templos clamaban de nuevo:

—¡Misericordia, Señor; misericordia!

Era precisamente la hora del mediodía. Manos invisibles, las manos del Miedo, comprimían las gargantas; apenas se respiraba. En ese instante hubo otro sacudimiento de la tierra y el Avila bramó como un león. Hasta los más serenos flaquearon. Todo el mundo creía llegada su última hora. Y no se oía por todas partes sino la alarma de la multitud, exhalándose en opiniones, en lágrimas, en rezos.

Ya nadie pensó más que en correr á los campos vecinos. Caracas salía en éxodo. Por todas partes se veían braceros con bultos, mujeres del pueblo con líos á la cabeza, carretillas con hamacas y colchones, parihuelas con baúles, y en aquella liorna, en manos de tan abigarrada emigración, maletas, cofres, abrigos, tiendas de campaña, lechos portátiles, sillas de extensión.

El cielo estaba azul, la tarde serena, y el sol, el radiante sol de Caracas, esparcía su alegre claridad sobre todos aquellos pavores en fuga.

De Rosendo se había recibido un telegrama: «Aquí todos bien. Gran susto. ¿Y allá?» Telegrama lacónico, de palabras bien contadas y calculadas, cosa de que no costara sino el mínimum, que no era Rosendo hombre á poner de lado su tacañería innata por un terremoto de más ó de menos. Como se le repuso en seguida que no ocurrió novedad en la familia, se aventuró á preguntar por otro despacho telegráfico: «¿Han sufrido intereses?», temeroso de que alguna casa de las del patrimonio común se hubiese derrumbado en la capital.

Cuanto á Joaquín, vino personalmente á ver de trasladar á *Cantaura* á su madre, á sus hermanos Eva y Ramón, á María y á Crispín. Pero imposible. ¿Cómo transportar á la anciana, tan achacosa, casi inválida? Sobre que ella dijo:

—No me moveré de aquí. Es inútil que insistan. En Caracas nací y en Caracas moriré.

María, en cinta, era otro inconveniente. Eva no quiso abandonar á su madre, y á Ramón se le convenció, aunque á duras penas, de que debía permanecer con la familia en aquellas horas de alarma y de eversión.

Por fortuna la casa poseía uno de esos corrales enormes de las viejas mansiones señoriales del país, construídas en tiempos de la Colonia, cuando el suelo, por la rareza de población, valía poco y la fortuna pública estaba íntegra en manos de un corto número dirigente, de una oligarquía. Se convino, pues, en instalarse en catres en el corral, bajo techo provisional de colchas, para resguardarse del relente. Sábanas, que pendían entre catre y catre, daban aspecto de dormitorios independientes al gran dormitorio común.

Cuando menos se esperaba, la campanilla del teléfono sonó. Los nervios estaban á tal punto sensibles y alarmados, que todo el mundo se puso en carrera, sin explicarse por qué. Al fin Eva acudió al llamato. Eran el doctor Luzardo y su familia, transidos de pavor, á quienes se les echaba la noche encima, sin saber adónde guarecerse. Se les permitió venir, de mil amores. Ramón era uno de los más empeñados en que viniesen.

—El miedo entre muchos toca á menos—dijo en tono de zumba, pero traduciendo, á pesar de la zumba, su más íntimo sentir.

Cuando ya los supo instalados y más tranquilos,

Joaquín partió á tomar el último tren de Los Teques. La gente, apiñándose en las estaciones ferroviarias, se disputaba los billetes á puñetazo limpio.

Por concesión especial, los trenes hacían alto á cada momento como tranvías, para desembuchar en cada hacienda, en cada quinta, y aun á campo raso, de trecho en trecho, racimos de personas.

Cuando Joaquín llegó á Los Teques, serían las seis y media de la tarde.

En Caracas no quedaban sino los que se instalaron desde temprano en las plazas públicas, y que se disponían á pernoctar en las alamedas.

A eso de las siete ó siete y cuarto, la tierra tembló una vez más. La obscuridad añadía espanto á la catástrofe. Todos, Eva, María, Ramón, Crispín, Juanita Pérez, la servidumbre, hasta doña Felipa, hasta las Luzardo, todos fraternizando en el espanto, dulcificados por el pavor, se agruparon en torno de una imagen en yeso de la Virgen de Lourdes, puesta sobre un velador, y empezaron á rezar contritos y fervorosos el rosario.

Se oía una voz de mujer destacándose en el silencio como una flecha dirigida al azul:

—«Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Y luego rezongaba el coro, lleno de unción:

—«Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo...»

La blanca luna, en el claro azul de la noche, ascendía por el cielo parecida á una hostia, como en los versos de Lamartine. Un perro aulló, á la distancia. Todos temblaron pavoridos en silencio.

Una sirviente dijo:

—Cuando los perros laten...

Pero no pudo concluir.

—Cállese usted: por el Santísimo Sacramento, cállese usted—la interrumpió el doctor Luzardo,

presa de terror supersticioso, el acento y las manos en rehillo.

María se desmayó. Un sudor frío empapó su rostro. Los circunstantes se inclinaron ansiosos.

—No es nada, mi hijita. No tengas miedo—le decía Crispín, haciendo de tripas corazón, no menos asustado que los demás.

Y Ramón, el egoísta Ramón, que la abominaba, se puso á verter para la enferma gotas de serpentaria en el agua de un vaso.

Apenas recobrábase María, nuevo temblor, más violento, más prolongado, más espeluznante, hizo poner de pie á todo el mundo, y mirar á la derecha, á la izquierda, con ganas de correr y espantándose de aquel enjaulamiento.

—Cúmplase tu voluntad, Dios mío—pronunció el doctor, arrodillándose.

Y los demás fueron cayendo de hinojos, uno á uno, y murmurando á su vez:

—Cúmplase tu voluntad, Dios mío.

María, sin embargo, no cayó de rodillas, ni se resignó á rezar: «Cúmplase tu voluntad, Dios mío», sino que desmadejándose y retorciéndose, empezó á dar alaridos y á llevarse las manos al vientre:

—¡Ay! ¡me muero, me muero!

—¡Un médico!—suplicaron varias voces al mismo tiempo.

Y todas las miradas se clavaron en Ramón. Pero Ramón, transido de pavura, alelado, sin comprender, repitió como los demás:

—¡Un médico!...

—¡Yo iré, mi hijita!—voceó Crispín, en desespero—. Yo iré por el médico. Yo, tu marido. Yo, que te adoro.

—¡Sí, Crispín, por Dios, un médico! ¡Me muero!

Cuando Crispín se encontró en la calle, la san-

gre se heló en sus venas. No había más luz que la del cielo, una clara luna que plateaba los edificios, dándoles un tinte sepulcral y rielando en el pavimento. El pavimento, haciendo visos al claror nocturno, parecía un charco de agua.

Ni un alma, ni un rumor. Las calles se dirían más largas. La pavura se respiraba en la atmósfera. Aquello era una ciudad de cementerio. Los pasos de Crispín resonaron á la distancia, y al eco de sus pisadas, en la ciudad silente y vacía, corrió por su espina dorsal el calofrío del pánico.

Allá, en el horizonte, el Avila bramó como un león.

Crispín se detuvo un instante; se persignó; quizo rezar. Se agarró con ambas manos á un farol de la esquina; miró hacia el Norte; miró hacia el Sur; miró hacia el Este: por dondequiera la calle recta, solitaria, muda, sombría. Bajó la vista como para no ver la soledad; pero luego volvió á clavar los ojos en la noche, y de súbito, desasiéndose del farol, ignorante de lo que hacía, echó á correr sin rumbo, pávido, como un loco, por aquella ciudad desierta.

A lo lejos, el Avila bramaba como un león.

V

Aquello no era vida. Crispín ya no podía más.

Doña Felipa con sus achaques, María con un desequilibrio nervioso, á causa quizás de los temblores, y el primogénito, el reciennacido, que subsiste por milagro, á fuerza de cuido, de desvelos, de azares, entre riesgos, ¡qué vida!

Las noches las pasa en claro el pobre Crispín, con su hijo en los brazos, y despertando con precauciones, con mimos, á la regañona de nodriza para que dé el seno al chiquitín. Este ni siquiera llora. Los pies y las manos, enormes para tan diminuto ser, se agitan en el aire, la boca hace una mueca dolorosa, y vuelta á caer en quietismo cadavérico. Cuando lo atetan, mama, chupa glotonamente, y luego echa un vómito blanco, manchando el babero, la camisita, los cobertores. De sus ojos fluye un pus amarillento, como si el pobrecito mirase por dos úlceras. La boca la tiene *choreta,* y enorme la cabeza como una calabaza.

Crispín toma al infeliz deforme en sus brazos, le llama querubín, arcángel, primor; le besa las mejillas, la torcida boca, los purulentos ojos. Se lo acuesta en las piernas, boca arriba, y con un gotero le vierte blanco líquido, gota á gota, en las cuencas; luego seca y limpia el transparente licor con un algodoncillo y trata de despegar aquellos

párpados, obstinadamente apretados. Ante la miseria fisiológica del pequeñuelo, Crispín se llena de piedad, de ternura, de desesperación. En cuanto entra del almacén, toma al niño, lo cura, lo besa y lo llama su amor, y le aplica todos los diminutivos de la lengua y todas las mimosidades del léxico. De noche, apenas encuna ó cede el hijo, lo coge de nuevo ó lo arranca otra vez de los brazos de la criadora, y lo carga, lo pasea, le canta, lo arrulla.

Otra de sus tristezas consiste en que, según él, María carece de sentimiento maternal. ¡Cómo se indignó con una chanza de Rosalía, á propósito del angelito, chanza que obtuvo, no la reprobación, sino el aplauso de María!

Rosalía preguntó á su prima:

—¿Qué nombre le vas á poner?

Y la madre repuso:

—El santo de cuando nació, quizás.

Buscaron el almanaque. Había nacido el día de Santa Ana.

—¡Admirable! ¡de perlas!—exclamó Rosalía, con cara de regocijo—. Que se llame Ano.

Y ambas se desternillaron de risa.

¡Cuántas veces ha increpado Crispín á su mujer:

—¡Jesús, María! ¡Tú no amas al pimpollito!

Los nervios de María se exasperaban.

—Mira, Crispín: no me vuelvas loca. Tú estás chocho. Yo no. Y no me recrimines por todo y á cada paso. Concluiré por ver en ti un verdugo y por abominarte.

—La verdad es que tú consideras al chiquitín como una basura. Y es tu hijo; es nuestro hijo. Tal como sea debemos quererlo.

Juanita Pérez terciaba entonces:

—Pero Crispín, considere; tenga paciencia. María está muy mal. Sus nervios...

En Crispín empezaba á despuntar un nuevo y desconocido sentimiento de repugnancia hacia su mujer; animadversión que él, sin embargo, no quería confesarse. Pensaba: «Si no quiere al chiquitín es porque tampoco me quiere á mí. Y ¿no me desviví yo siempre por ella? En el fondo es gran injusticia la suya, sobre que no querer á un hijo es monstruoso.» Pero luego se decía: «No, no puede ser. Ella sufre. ¡Ay, esos nervios! ¡La pobre!»

Su mujer sufría, en verdad; sufría mucho. Sufría porque lo abominaba á él, al esposo; porque sus caricias, sus modales, su voz, su presencia, todo él, le era intolerable; y sufría, además, por el abandono de Brummel, su grande, su verdadero, su único amor. ¿No la plantaba el perillán por una mujer con hijos, por una mujer mayor que ella, por la mujer de un soldadote brutal y oloroso á caballo, por la esposa del general Cabasus Abril? No hubo medio de retenerle. Se lo habían embrujado. Todos los billetes, todas las lágrimas de María fueron inútiles. Hasta la elocuencia de Juanita Pérez hizo fiasco. Aquella Remedios, con su nombre oliente á botica, debió de haber hecho uso de su nombre. ¿Qué pócima, qué filtro, qué menjurje le hizo apurar la hechicera? María no la llamaba en sus pensamientos y en sus conversaciones sino doña Remedios, en tono despectivo y burlón. Cayó enferma. Perdió el apetito. Se enflaqueció, empezó á quejarse de dispepsia, de flatulencia, de turbaciones gastro-intestinales. Sus ojos adquirieron un brillo inusitado, y su aspecto se tornó en ansioso y terrible, mientras la turbación de su alma se traducía por gestos bruscos y monóton s y por llanto sin razón aparente. De noche apenas si dormía. El insomnio sentóse á la cabecera de su cama. Por su cabeza pasaban, durante las horas de vela, ideas

tristes, ideas negras; se reprochaba á menudo el no querer bastante á su hijo ó el haber perdido el amor de Brummel por parquedad de mimos. Tenía la culpa de su infelicidad. Debía morir. Estaba dispuesta á no sufrir las acusaciones de su conciencia. ¿Por qué no morir? ¿Por qué no matarse? La muerte sería menos amarga que su vida.

El doctor Tortícolis, llamado á consulta, explicaba muy serio, con su énfasis habitual:

—Es un caso de lipemanía.

—¿Y qué es eso, doctor?—interrogaba el marido.

—Eso—decía gravemente el galeno, arqueando las cejas y apuntando á Crispín con el índice—, eso es, según Marcé, una afección mental caracterizada por delirio de naturaleza triste y una depresión que arriba á veces hasta el estupor.

—¿Y qué le damos, doctor? ¡Sufre tanto!

—¡Ah! Será menester un régimen. Sedativos nerviosos é hipnóticos; bromuros, cloral, inyecciones de cocaína, según aconsejan Morselli y Buccola, ó bien tintura de nuez vómica y láudano, sin olvidar las duchas y los purgantes diarios, como opinan Belle y Lemoine.

—Pero ¿y usted qué opina?—preguntó el pobre Crispín con la mayor ingenuidad.

—¿Yo? Pues... tónicos: quinina, hierro, cafeína, kola, peptonas; purgantes, lavajes metódicos del estómago. Pero mire: voy á extenderle más bien una receta.

Sacó de la voluminosa cartera un lapicero de oro, y sobre una lámina de papel timbrado con su nombre, dirección y horas de consulta, escribió:

«Clorhidrato de cocaína, 1 gramo.

»Agua destilada, 100 gramos.

»Para inyecciones hipodérmicas: de 6 miligramos.

El doctor pasó la receta á Crispín, y sobre nueva hojita empezó á extender otra prescripción:

Vino de kola, 250 gr.
Id. quinina, 250 gr.
Id. genciana, 250 gr.
Id. colombo, 250 gr.
Licor de Fowler, 10 gr.
Tintura de nuez vómica, 5 gr.

—Esto—dijo extendiendo la receta á Crispín—para que se le dé un vasito dos veces por día; en almuerzo y comida.

Explicó algo más al marido, prometió volver pronto y salió taconeando muy satisfecho de sí mismo, enfundado en su negra levita y con su cuello erguido más que nunca.

Pero María no mejoraba.

Crispín se dolía de los males de su mujer, á pesar de ser la primera víctima de aquella naturaleza en desorden. Todo lo pasaba, sin embargo. Lo que no perdonaba Crispín era el desafecto de María hacia la criaturita.

—¿Tú no comprendes—le decía—que mientras más desgraciado, más debemos quererlo?

Pero las objeciones del esposo la ponían fuera de quicio.

—Yo no comprendo nada, ¿sabes? nada. Ni deseo que tú me vengas con filosofías. Quiérelo tú y déjame á mí tranquila. Yo lo quiero á mi modo, ¿sabes? á mi modo. ¿O te crees tú solo capaz de cariño, de bondad y de rectitud?

—¡Pero María, por Dios! ¡Esas maneras!

—Son mis maneras, ¿sabes? son mis maneras. Y te casaste conmigo conociéndome de sobra. La que no te conocía esos aires de santurrón era yo. La engañada, la víctima soy yo. Así, clarito, yo...

Durante media hora no escampaba la lluvia

de agravios. Crispín se fingía el sordo, el mudo, el tonto, se desesperaba, tomaba el chiquillo y paseándolo nerviosamente, le canturreaba en voz alta para ahogar las vociferaciones de su esposa:

Arrorró, arrorró, mi niño;
arrorró, arrorró, mi amor...

La canturía y la fingida indiferencia exasperaban aun más á María, sorda á la prudencia, sorda á Juanita Pérez, sorda á la nodriza que le decía:

—No se emberrinche la señora, que le hará daño.

Crispín continuaba, el niño en brazos, cantándole:

Riqui, riqui,
riqui, ran.
Las campanas de San Juan
piden queso, piden pan.
Las de Roque
alfondoque.
Las de Rique
alfeñique.
Riqui, riqui, riqui, ran.

Una tarde llegó Crispín á su casa más temprano que de costumbre, pálido, inmutado el semblante, una gran amargura en el rostro. Había caído en sus manos un papelito anónimo contentivo de una alusión á la infidelidad de su esposa, papelito furtivamente deslizado en el escritorio de Crispín por alguna mano traidora y con la más vil y aviesa intención. Aunque la letra no se parecía á la de ninguno de los compañeros de oficina, Crispín achacó sin vacilar la ruin empresa á Schegell. Aquella asechanza, aquel golpe traidor en la sombra, á cuanto él tenía de más caro, aquella repentina irrupción de fango que manchaba su nombre, lo inmerecido de aquella nueva desventura, quién

sabe qué instinto dormido en su alma y en sus nervios lo movió, porque levantándose de súbito aquel hombre reflexivo y pacífico, sin esclarecer suposiciones, sin vacilar ni razonar, como un impulsivo, como un sanguíneo, como un violento, se enderezó á Schegell y le fulminó, sin decir oste ni moste, dos tremendas bofetadas. El cajero, sorprendido de la agresión, echó á correr; los demás empleados se apresuraron á intervenir, á pedir razones; todo fué un momento alboroto y confusión en el templo de Mercurio. Crispín se negó rotundamente á dar más explicación que ésta:

—Ese hombre es un canalla.

Así lo dijo también, sin añadir una jota, al mismo Perrín. Y todo el mundo pensó, dado el carácter del agresor, que se estaba volviendo loco, ó bien que alguna razón recóndita y de peso le obligaba á aquel extremo.

Cuando llegó á su casa, ya desfogado, el temperamento de Crispín recobró su imperio; y aunque venía resuelto á interrogar á su mujer, cuando estuvo en presencia de María no se atrevió. Le pareció que sería ofenderla. No; aquello no era posible. La duda, sin embargo, empezó á roerlo, y fué una espina más que punzaba su corazón, ya tan maltrecho y lacerado. Ahora era él quien esquivaba todo parlamento con su esposa.

A veces encunaba al chicuelo, ó lo ponía en brazos de la criadora, y se iba sudoroso, rabioso, desesperado, hacia el interior de la casa, á los apartamentos de Eva y de doña Felipa. Pero allí la cosa no era mejor. La vieja se debatía furiosa, maldiciendo, asegurando que sus hijos todos eran unos pillastres, mal agradecidos, y que la estaban matando á disgustos.

Era su cantaleta habitual.

Los caserones de Ramón se derrumbaron con el terremoto. Perrín vociferaba que Ramón, en vez de emplear materiales y obreros buenos para la fábrica, hizo una porquería y procedió como un pillete para embolsarse lo ajeno. De ahí el fracaso. Demandado Ramón, ya el tribunal había elegido una comisión de esperticia.

Perrín venía desazonado desde el comienzo. La ganancia inicial iba á consistir en el producto del contrabando que se introdujera con los materiales cuya exoneración de derechos acordó el gobierno en obsequio de aquella obra de utilidad pública. Pero el contrabando fué descubierto y apresado por la Aduana, lo que ocasionó las primeras desilusiones. La exoneración de los derechos arancelarios fué suspendida. Ahora las casas se derrumban.

—¡Ah, no! ¡Caramba! ¡Eso no!—gritaba Perrín—. Yo no estoy dispuesto á dejarme estafar por un gandul.

Perrín se olvidaba de la Biblia, á pesar de ser protestante, y de que con la vara con que mides serás medido.

Había demandado á Ramón y á su fiador solidario y principal pagador, es decir, á doña Felipa. Aquello fué la de Dios es Cristo. Joaquín y Rosendo corrieron á Caracas, á cual más furioso, é increpaban con rudeza ya á Ramón, ya á la vieja.

Joaquín argumentaba cejijunto:

—Pero mamá, lo que usted ha hecho es ilegal, es horrible, es monstruoso. Usted nos arruina. Ni usted ni Ramón tenían derecho para disponer de lo ajeno.

Rosendo afirmaba que en cuestión de intereses él no reconocía familia.

Y agregaba:

—Yo no he pasado mi vida en el monte, trabajando como un peón, para que mis hijos se mueran de hambre por las chocheras de usted, mamá, y los chanchullos de Ramón, que vivió siempre en Caracas como un millonario, sin alzar un dedo ni saber lo que significa sudar el pan que uno se come.

Tanto Joaquín como Rosendo regañaban á Eva y á Crispín, sobre todo á Crispín.

—¡Cómo es posible—le interpelaban asombrándose—, cómo es posible que tú, viviendo en Caracas, bajo el mismo techo que mamá, hayas tolerado ó no hayas impedido este desbarajuste!

—¿Pero creen ustedes que mamá rinde cuentas á nadie? Ustedes la conocen.

—¡Se necesita ser bien memo!

Eva, cuando se la interrogó, dijo:

—Solía ver á Ramón en secreteos con mamá. Pero ¡cuándo iba á suponer! Además, yo no reclamo ni exijo nada para mí.

—Ni yo tampoco—expresó Crispín.

—En lo que hacen muy bien ambos—afirmaba Rosendo—. Ustedes no tienen derecho á nada, pues no supieron vigilar los haberes comunes. Es natural que el descuido de ustedes les perjudique á ustedes, y no á quien, como yo, ha pasado su vida trabajando más que un burro.

Ramón se contentó con negar la palabra á sus hermanos. Se envolvió en su mutismo como en una toga, ofendido.

La vieja decía:

—No culpo á Ramón. El negocio era bueno. Yo no hago ni entro en tonterías. Mala suerte: he ahí todo. Además, mi deseo era ganar dinero para ustedes. Yo estoy más muerta que viva. Lo que se hubiera ganado sería para ustedes. Si hay pérdidas no se quejen tanto, pues.

Y con gesto de acritud añadía, volviéndose á Crispín:

—Todos sabén cuánto he hecho por éste. Desde bien temprano lo coloqué en casa de Perrín, para que llegara un día á asociársele. Pero él no ha sabido abrirse paso ni medrar. La culpa no es mía. Si Crispín fuera socio de aquella casa, muy distinta sería la situación.

—¡Pero mamá, por la Virgen del Carmen, no sea usted injusta!—altercaba Crispín, defendiéndose—. Yo no he hecho en mi vida sino trabajar. Fíjese, además, en que desde que usted cayó enferma, soy yo quien sostiene la casa.

—Es cierto—ingirió Eva—. Además, Crispín ha sido siempre muy generoso con todos nosotros, sobre todo conmigo... y con usted, mamá.

La vieja, sintiéndose vencida, no quería escuchar una jota más y cerraba el palenque.

Terrosa la color, extenuada, marcándose en el cuello enflaquecido las cuerdas nerviosas de la garganta, doña Felipa, con sus ojos orbiculares de amarillentas escleróticas y con su nariz judaica, cuya punta se encorva hacia la barba, ya sin dientes la boca, parecía un ave de rapiña: no un gerifalte, un neblís ó un cóndor, sino más bien un gavilán ó una lechuza.

—Todos—aseguró por último la vieja—son culpables. Si hay pillos, lo son todos por igual. Rosendo y Joaquín, ¿desde cuándo no rinden cuentas ni envían fondos? Todos son malagradecidos y me están matando á disgustos.

VI

La popularidad, la nombradía del padre Iznardi Acereto, pasó bien pronto.

> ¿Qué fué sino verdura de las eras?

cantaría el poeta Jorge Manrique, ó bien Garcilaso:

> ¿Qué más que el heno á la mañana verde,
> seco á la tarde?

Sic transit gloria mundi, diría el doctor Luzardo, con uno de sus más sobados latines.

El clero le juró guerra á muerte. Las damas de la sociedad no encontraban en aquel sacerdote al elegante y *lozano* presbítero que imaginaron. La beatería popular lo abominó, inducida por la baja clerecía. Lo cierto es que el religioso, descorazonado, vencido por el medio ignaro y hostil, terminó por abrigar la idea de regreso al extranjero, donde se había criado y adonde se iría á enterrar, con sus huesos, sus sueños irrealizables de regeneración patria por medio de las doctrinas del Crucificado. Sus ilusiones estaban en derrota. Esta gente vanidosa, frívola, egoísta, sin asomos de simpatía ni de comprensión por ninguna alta empresa moral, no eran los bueyes con que pudiera ararse, para luego semillar, el erial natío. Nadie tenía confianza

en nadie. Ninguno se empeñaba en un propósito cuyo beneficio no fuese inmediato. Sus compatriotas le parecían plantadores que no sembrasen sino arbustos de cuyo mezquina utilidad se aprovecharían bien pronto, y desdeñosos de los grandes, nobles y productores árboles que mal pudieran crecer ni prosperar por ensalmo, de la mañana á la noche.

Las Luzardo lo habían introducido en casa de las Linares. Allí conoció á Mario, con quien hizo excelentes migas, á pesar de la disparidad de opiniones. Mario le producía la impresión de un botarate que malgastara su fortuna de la manera más infructuosa. ¿Por qué derrochaba Mario su caudal de energías, su almacén de ingenio, su acopio de ideas, en vanas y estériles charlas? ¿Qué enfermedad de la raza, qué morbosismo del terruño influían en aquel hombre, como en tantos otros, para impedirle canalizar, en propio bien y en bien de sus semejantes, ninguna idea? ¿Por qué se amodorraba en la inacción, como si no tuviera músculos ni cerebro?

Solía concurrir después de mediodía á las habitaciones de Mario—en el segundo piso de la casa, al fondo, independientes—, donde iban á tertuliar varios jóvenes casi de diario.

Caían los piezas á una azotea, desde la cual se divisaba tódo el Este de la ciudad, y másléjos aún la Silla de Caracas, en las laderas verde y hacia la cúspide azul, con su turbante de neblinas al amanecer; los estribos del Avila, chorreras de agua avileñas que chispean al sol, casa-quintas blancas, entre arboledas, el antiguo Lazareto, las ruinas de Sarría, el ferrocarril Central, y fajas de carretera polvorienta, la carretera de Petare y Los dos Caminos, bordeada de haciendas y cafetales que desaparecen bajo los guamos de flores blancas y los búcaros de flores rojas.

Esa tarde se presentó el padre Iznardi Acereto á la tertulia más desanimado y alicaído que de costumbre. No estaban allí con Mario sino Esteban Galindo y Lucio de la Llosía: ambos muy jóvenes, entre veinte y veinticinco años. Lucio, escribiente en un Ministerio, al cual no asistía con fijeza más que el quince y el treinta de cada mes á cobrar el sueldo, escribía en los diarios y en efímeras revistas versos y poemas en prosa, con bastante sentimiento del arte y un nimio y vano amor de la levedad, de la gracia, de la arquitectura verbal. En él las ideas se traducían por sensaciones: era bueno lo que le agradaba y malo cuanto no se acordó con sus nervios. Con este pensar, escasa lectura y corto conocimiento del mundo, sus filosofías eran muy epidérmicas y de tan susceptibles cambios como sus nervios. Esteban Galindo, más joven, pero más amigo de hondos pensares, no era escritor, sino estudiante de Derecho, ya para graduarse de abogado. Al revés de sus condiscípulos y de la generalidad de los abogados venezolanos, que fuera de los códigos lo ignoran casi todo, Esteban Galindo cultivaba al par de su Derecho, y por su propia cuenta, estudios de Letras, de Etnología, de Sociología, de Historia, y estaba dotado, no sólo de talento, sino de una agilidad y travesura de espíritu increíbles.

—Vean ustedes—empezó el padre Iznardi para disculpar su abatimiento: se trata en el arzobispado de una propaganda al objeto de erigir en la cumbre del Avila una imagen colosal de la Virgen.

—¿Y eso le disgusta, padre?—inquirió Mario—. La idea es admirable. Ya había pensado yo en una estatua de Bolívar, de Miranda ó de Sucre en tal sitio, con más una ciudad en la cumbre, una Es-

tación de salud y de placer. Que erijan á la Virgen, bien; pero que sea una obra de arte, no un mamarracho. En mi concepto, no hay sino dos escultores modernos capaces de salir airosos en tal empresa: Rodín y Bertholdi.

—No se trata de eso, amigo mío. Usted anda por los cerros de Ubeda. Se trata del procedimiento á emplear con aquel fin.

Y el padre Iznardi explicó el proyecto clerical de hacer una petición al gobierno, firmada por ex presidentes de la República, ex ministros, ministros en ejercicio de funciones, con más caballeros y señoras de lo más granado, recomendando al Ejecutivo, en nombre de la piedad social, la erección de ese monumento.

—Pero el gobierno—dijo Esteban Galindo—los enviará á paseo.

—Lo mismo opino yo—repuso el sacerdote—. Por esa y por otras razones propuse que se hiciera la propaganda y la colecta entre los fieles. En esa forma los buenos católicos que haya en el gobierno podrían contribuir como particulares con su dinero y con su nombre. Lo que serviría de estímulo á otros. Ese procedimiento serviría, además, de termómetro para indicar á cuánto sube la fe. De qué sea capaz el catolicismo nacional nadie lo sabe; nunca se ha puesto á prueba. ¿Por qué exigirlo y esperarlo todo *de arriba?* ¿Por qué no contar con nosotros mismos? ¿A qué sino á la iniciativa individual de la Iglesia, sin asomo de apoyo gubernamental, se deben las florecientes colonias católicas de los Estados Unidos y Holanda? Me han tildado de soñador. Me han dicho claramente que mi ausencia del país me inhabilita para ninguna intromisión en la política eclesiástica.

—Usted, de veras, quizás no conozca bastante

á Venezuela, padre—opinó Lucio de la Llosía—. Esto es una pocilga. Convénzase.

—Puede ser, amigo mío: no conoceré á mis paisanos, en especial; pero conozco un poco el mundo, á los hombres. En el fondo de esta petición extemporánea, lo que hay, créalo usted, es egoísmo artero y personal, mera baja política.

—Entonces, ¿usted no cree en la buena fe del clero venezolano?

—Pero si aquí en rigor no hay clero. Se carece de vocación, de fe. Observe usted: no existe un solo nombre de familia patricia en las personas del clero; no existe un solo varón eminente por la piedad, por la elocuencia, por el saber. La mayoría la constituyen mulaticos y gentes de escalera abajo que se ordenan para ascender socialmente, no por fe.

—Entonces, si el clero carece de piedad, ¿quiénes son las gentes piadosas?

—Pues los fieles...—respondió Galindo con sorna—. ¿Cómo quieres tú, Llosía, que los clérigos sean curas y creyentes, cómicos y espectadores, pastores y ovejas?

La sonrisa con que lo dijo quitaba toda amargura á la intención. El mismo padre Iznardi tomó á chanza la salida. Mario terció.

—La pregunta de Llosía—dijo—vale la pena de una respuesta. Un momento. Voy á darles mi parecer.

Hacía calor. Se inclinó sobre el muro de la azotea y formando una bocina de las dos manos, gritó á la sirviente:

—Fulana: sube un jarro de agua con hielo.

Luego, regresando á los amigos, se expresó así:

—Venezuela, desgraciadamente, es un país sin fe, no ya religiosa, sino carente de fe en cualquier

orden de ideas. No se tiene fe en los principios, ni en los esfuerzos, ni en los hombres, ni en nada. La suspicacia es aquí monstruosidad de que ninguno se espanta porque todos la padecen. Como en un país de lázaros nadie se espantaría de las carnes agarrotadas, corroídas y purulentas de nadie. Y esta suspicacia, esta mutua desconfianza, nos conduce á un individualismo propio de tribus bárbaras. La raza española pura se distingue, entre otras cosas, porque se paga mucho de viejas palabras y de las ideas que un tiempo fueron anexas á esas palabras. Las palabras no son inmutables, pero evolucionan más paulatinamente que los sentimientos y las ideas. El concepto del honor, de la religión, de la guerra, es hoy mucho más lato que en el siglo XVII, pongo por caso, aunque la palabra permanece la misma. Así, de ese apego á las vanas palabras, deriva en mucha parte el conservantismo de los españoles.

—¿Adónde diablos te engolfas, Mario?—interrumpió Esteban Galindo—. Tú también te pagas de las palabras, como nuestros abuelos de España, no ya de su sentido, sino de su música. Eres un gárrulo á la española.

—Por favor, Esteban, déjame concluir.

—Bueno; pero no pontifiques. Mira que te pareces al doctor Luzardo.

—Pues bien—dijo Mario con fuego—; quiero manifestar que nosotros, en cierto modo, ya no nos parecemos ni siquiera á España, sino á los salvajes. ¿Entiendes? á los salvajes. No tenemos memoria nacional, ni para el bien ni para el mal, cosa de salvajes; somos más supersticiosos que crédulos, como las salvajes; somos de un individualismo feroz, como los salvajes, y nos devoramos en guerras canibalescas, como los salvajes. ¿Entiendes?

—No; tú no ibas á decir eso. Ibas á probar que en Venezuela no hay fe en nada.

—Es verdad. Pero tu interrupción me hizo perder el hilo.

—Bien, explícate... aunque sea como los salvajes.

Todos se sonrieron. Mario prosiguió:

—Caracas—dijo tecleando sobre las rodillas del padre Iznardi—, por superficialidad, por el influjo del libre pensamiento militante, por el contacto con el exterior, por la sucesión no interrumpida durante treinta y tantos años de gobiernos liberales, quién sabe por qué, es una ciudad escéptica en la más lata acepción de la palabra.

—Cosa deplorable—expresó el padre Iznardi Acereto.

—Deplorable, sí señor. Los campos y villorrios por primitividad, por ignorancia, por incultura, son descreídos en materia de religión, ó más cierto, indiferentes al culto. Quedan las ciudades de segundo orden, como Valencia y Maracaibo, que son los verdaderos focos religiosos del país, lo mismo que algunos pueblos remotos del mar, como Mérida, en la cima de los Andes, donde se conservan íntegras muchas costumbres é ideas de las primeras décadas del siglo XVIII, lo mismo que en ciertas provincias de nuestra vecina Colombia. Coro, la muy noble y leal en tiempos coloniales, tiene ahora una población casi toda judía: la semilla católica no prospera en tal medio, como es de suponerse. Y por lo que respecta á Ciudad Bolívar, es un antro de mercachifles corsos y alemanes de la peor ralea, que no adoran ni tienen más ideal sino el becerro de oro.

—¡Cómo nos pintas!—exclamó Lucio, el poeta de fruslerías y levedades japonesas en prosa y

verso, que no pensó nunca en los problemas nacionales, como si habitara en la luna.

—Nos pinto como somos, querido Llosía; como somos.

El padre Iznardi, con sincera pesadumbre, suspiró.

—Sí—dijo—; somos muy desgraciados. Usted tiene razón: aquí no se cree en nada. Aquí se ríe todo el mundo de los más nobles entusiasmos. En Caracas, lo único en Venezuela de que yo puedo hablar, la sonrisa y el chiste—el maldito chiste, mejor mientras más vulgar—son la ducha que aterida los propósitos más puros, más altos.

Para asentir á la opinión del sacerdote, preguntó Mario:

—¿No recuerdan ustedes cómo se rieron con carcajada homérica en Caracas, años atrás, cuando cierto personaje anduvo de pueblo en pueblo haciendo la propaganda de su candidatura á la Presidencia de la nación por el medio pacífico de discursos é inocentes comilonas?

—No tan inocentes sus ágapes ni sus peroratas —insinuó Esteban Galindo —. Iba preparando, *sotto voce,* la guerra.

—Muy bien hecho—soltó el poeta de las ánforas y otras bujerías, deseoso de dar su nota personal, como si se tratara de un *Pequeño poema en prosa*—. Muy bien hecho. Yo soy partidario de la guerra; por la paz, en las democracias, no llegan al poder sino los zarandajos, los aduladores, las medianías ó las francas nulidades, como Ignacio Andrade.

—Es verdad—dijo Mario—. Y por la guerra no arriban sino los desalmados y los bandidos.

—¿Cómo?...

—Como nadie... No especifico. Al contrario,

pienso que hoy Castro, lo mismo que ayer Guzmán, es de lo mejorcito.

—Di tú que con esos hombres en el poder es como Venezuela ha sido más respetada.

—Sí señor—añadió el irónico Esteban Galindo—; la agresión italoanglotudesca de 1902 fué una gran prueba de respeto dada al país.

—Pero ¿qué consiguieron? ¿Crees tú que con Andrade ó Rojas Paúl en el Capitolio hubiéramos salido mejor librados? Ya ves hoy á las potencias haciéndole zalemas á Castro y tratando de conseguir con genuflexiones lo que no pudieron obtener con amenazas.

—Lo cierto es—dijo Mario—que ahí están los yanquis, á la puerta, *con su intención como una garra,* según el verso de nuestro amigo Carías. Y si no abrimos ojos, ellos nos enseñarán, á pesar nuestro, á tener fe... Por lo menos, en el músculo y en el dollar.

—¡Es terrible!—suspiró el padre—. Pero si continuamos en guerras canibalescas y en apatía fatalista, así será. Ya lo dijo nuestro paisano Zumeta: «Los ríos son de quien los canaliza y navega; las tierras de quien las ara y cultiva.»

—La culpa es del clima, de la raza.

—No, por Dios, no—dijo el padre desolado—. El clima es cien veces más hostil en el Norte de Europa que en el centro de América. Si ustedes vieran fabricar una casa en Amsterdán ó en Haarlem, pongo por caso, sabrían lo que es esfuerzo y lo que significa triunfar sobre la Naturaleza. Lo primero que hay que fabricar es el subsuelo, que no es tierra, sino un barrizal inmundo y deleznable. Supónganse. Y por lo que respecta al frío, ¿no se le ha burlado? ¿Por qué no se burlaría el calor entre nosotros? ¿No lo hicieron ya los árabes en Granada

y en Córdoba, por medio de palacios umbríos, con surtidores y palmeras? Si en Europa hay calorífe-ros, ¿por qué no habría en América refrigeradores?

Esteban Galindo no pudo contenerse y echó á reir ante el entusiasmo del cura por los refrigeradores de soñación y por los palacios moriscos.

—He ahí la risa caraqueña de escepticismo —indicó Lucio de la Llosía, no menos sonreído é incrédulo.

La charla iba á tomar giro menos empingorotado y sociológico; pero la irrestañable garrulería de Mario no quiso perder la ocasión de ahondar un poco más en temas tan de su agrado.

—La cuestión raza—insistió Mario—es mucho más grave á mi ver. Es el gran problema del país. No hay unidad de raza, y por consiguiente carecemos de ideales nacionales. No contemos á los mestizos, en quienes predomina ya un elemento, ya otro, elementos que la educación morigera ó desarrolla, según los casos. Pero de tres venezolanos, blanco, indio y negro, dígase: ¿cuál es el lazo de unión, aparte el de la lengua y el de la nacionalidad? Los ideales son distintos en cada uno; lo mismo en arte, que en política, que en todo. Carecemos de alma nacional.

—Es muy cierto—aseveró Galindo quitando la palabra á su amigo—. Por eso yo me río de ciertos pujos de progreso: de los pujos gubernamentales por fabricar acueductos, tender puentes y erigir monumentos. En cambio se ocupan poco de la instrucción, y nada ó casi nada de la inmigración. ¿A quién preocupa, además, el predominio ó la desaparición entre nosotros del tipo, la sangre y los ideales caucásicos? Puentes, acueductos y monumentos los destruirá la ignorancia criminosa en la primera revuelta. ¡Y otra vez á construir en los

paréntesis de paz! ¿Se empuja así al país hacia adelante? ¿Y la gente? Como en cada guerra civil mueren muchos, los mejores, los más valientes, la flor de la raza, va restando lo incoloro, lo enteco, lo pacato, lo cobarde, lo ruin, lo enfermizo, lo nervioso, lo anémico, lo insignificante. ¡Y haga usted calzadas y puentes y ferrocarriles! ¡Y viva el progreso! ¡Y viva la patria!

Desde la azotea, como para subrayar la amarga ironía de Esteban Galindo, se percibía en lontananza una leve columnita de humo, en la serena tarde azul y dorada. Era el ferrocarril del Este que corría allá, muy lejos, en carrera tendida hacia Petara. Lucio de la Llosía, salido afuera, á respirar el ambiente puro, cansado del aire apestoso á cigarro de la habitación donde se parloteaba, quiso apuntar el telescopio al horizonte; pero no pudiéndolo manejar con la destreza con que manejaba consonantes, tomó un anteojo de larga vista, siempre á mano para gozar del bello paisaje, y se puso á seguir con el anteojo el vuelo torpe, como de avutarda, del ferrocarril.

El tren avanzaba por la planicie. Las esmeraldas del Avila, claras hacia las cimas, heridas aún por el sol de la tarde, tornábanse obscuras malaquitas en laderas y quebradas. Al abrigo de unos raquíticos y asoleados bambús, allá lejos se distinguían figuras cerca de la estación. Era un grupo de señoritas y mancebos elegantes que jugaban al lawn tennis.

Más arriba, por una vereda, rumbo al monte, subía una negra, las faldas arremangadas, los pies descalzos y un haz de chamiza á la cabeza.

Ya era tarde. La parlaría duró mucho. El padre Iznardi se dispuso á partir.

Con melancólica amabilidad al despedirse, re-

sumía sus ideas de regeneración patria, diciendo entre consejo y chanza á sus amigos:

—Ya saben: lo primero abandonar la indiferencia, la cruel y estéril rechifla, creer y enseñar á creer en Dios. Que nuestro pueblo tenga fe en el Altísimo. La fe en los hombres, en el propio esfuerzo y en la felicidad vendrán después.

Y Esteban Galindo, sin poder contenerse, rezongó:

—Amén.

VII

Perrín era inexorable con Ramón y doña Felipa. Y la inexorabilidad del filistino constituía una de las mayores tribulaciones de Crispín. Nunca le habló una jota el comerciante de aquel embrollo; pero el dependiente imaginaba que Perrín no debiera llevar las cosas tan á punta de lanza, tratándose de la madre y del hermano del mismo celoso y fidelísimo servidor á quien antaño bautizó con justicia «el hombre de hierro». Doña Felipa y Ramón lo tildaban de sinvergüenza y de bobalicón porque no dimitía el cargo, separándose de Perrín y compañía. ¡Pero qué difícil, cuán dolorosa tal deposición! ¡Equivaldría á trastrocar su vida! ¡Se había connaturalizado por tal suerte con sus hábitos de servidumbre! Su naturaleza misoneísta se horrorizaba á la mera idea de un brusco cambio de existencia. Y ante el pensamiento de sentirse fuera de la jaula comercial de Perrín, ensayando las propias alas en el espacio abierto, lo invadían temores de ignotos peligros.

«Además—pensaba—, ¿no estamos al borde la ruina? ¿Cómo escoger este momento para renunciar á lo seguro por satisfacer nuestra vanidad? ¿No he contraído yo un compromiso ante Dios y ante la sociedad, para con mi mujer y mi hijo? ¿Qué derecho tengo de, por vanidad, exponer el sosiego de la una y el porvenir del otro? Por otra parte, ¿no

es á mi madre y á mi hermano á quienes ese hombre demanda y enjuicia? ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué partido tomar? ¿Resolverme? ¿Y si yerro? Aparta, Señor, de mis labios esta nueva copa de cicuta.»

Acerbo debía de ser el trago en realidad para Crispín. En su corazón cundían sentimientos encontrados: el de satisfacer á su madre y á Ramón, renunciando á toda concomitancia con el persecutor de aquellos seres queridos; el de apego invencible á la casa y á las ocupaciones en que transcurrió su juventud; el temor de comprometer con una intemperancia ó ligercza de carácter el porvenir de su mujer é hijo, y por último un sentimiento de punto ó de vanidad. ¿No afirmaba Schegell que la dictadura de Crispín en el almacén —eran sus palabras—estaba en vísperas de expirar? Lo cierto es que Perrín, cuando no le tocase el asunto de Ramón, descubría un ápice de desvío del antiguo factótum. No lo llamaba tan á menudo, á propósito de cualquier cosa, como antes. Otro timbre—el correspondiente al empleado de inmediata inferioridad á Crispín en el escalafón de la casa—empezaba á resonar con frecuencia. ¿Sería que Perrín adiestraba á un probable sucesor, á un futuro hombre de hierro? Schegell aseveraba que sí. Crispín empezó á ver con ojeriza al émulo, y llegó á tanto la cosa, que en el almacén se formaron dos partidos: los crispinistas y los parciales del probable sustituto, capitaneados por Schegell.

Aquellas eran cuestiones de honra para Crispín. ¿Cómo abandonar, pues, la casa?

Y sin embargo...

Sufrir, sufría, por el conflicto entre sus deberes, porque era menester pensar en el trance ingrato, porque debía tomar resolución, y él no estaba acondicionado á resolverse.

Ya no esperaba el crepúsculo. Al sonar las cinco, junto con todo el personal salía del almacén, la cabeza como un volcán, cojitabundo, inquieto. No iba á su casa directamente, sino que ascendía de la esquina de la Francia al Principal, calle derecha hasta la Santa Capilla, hasta Mijares, hasta las Mercedes, iglesia y virgen de su devoción y preferencia. Penetraba en el templo, y allí, en la penumbra, en la soledad, arrodillándose, rezaba con fervor, implorando á Dios la salud de su hijo, la salud de su madre. Pedía al Señor asimismo que tornase de ríspido en dulce el tornadizo carácter de María, y para él menos fragosa la cuesta, y de no tanta ponderación la cruz de la vida.

Luego, al anochecer, volaba á su hogar. Su placer consistía siempre en tomar al chiquitín, curarlo por sus manos, calentarlo á su pecho y mecerlo y arrullarlo como estuviese el chiquillo impertinente. A pesar de los achaques, el niño se aferraba á la vida. Ya gruñía como un porquezuelo. Cuanto al solemne doctor Tortícolis, cuando se le interrogaba movía la cabeza con gesto dubitativo ó de evasión.

—Pero bien, doctor, ¿vivirá?—inquiría Crispín con el mismo desasosiego de los primeros días.

—Ya usted ve: va viviendo. Es un milagro; pero se cumple.

—¿Y qué será menester, doctor, para que viva?

—Pues... que no se muera.

Y como la brutalidad de la respuesta llenaba de pesadumbre al pobre Crispín, el médico, humanizándose, añadía:

—Se ha hecho cuanto indica la ciencia. Se le ha aplicado para la oftalmia el agua blanca; para la fiebre, antitérmicos en proporciones dosimétricas; para la diarrea, salol, tannalbina, y hasta pensé

un momento en lavados intestinales con agua naftolada. Ya usted lo ve mejor. En último caso recurriríamos á la dieta hídrica.

Crispín, desentendiéndose de la habitual fraseología del gran Tortícolis, le imploraba, en angustia:

—¡Sálvelo, doctor; por la Santísima Virgen! ¡Yo no soportaría ese golpe!

Y clavando los ojos en el pequeñuelo, é imaginándoselo tendido exánime, entre cirios, dentro de blanco ataúd de raso, angustiábase al punto de que el dolor asomaba en perlas á sus pupilas.

—¡Oh, no! Sería muy cruel. Yo no soportaría ese golpe; imposible.

No se le había podido bautizar.

—¿Cuándo lo hacemos cristiano, doctor?—interrogaba Crispín.

Pero el médico se oponía al remojo.

—No hay que pensar en eso por ahora. Más tarde.

Y luego, apeándose de su solemnidad, añadía:

—Vale más pagano vivo que cristiano muerto.

María no sacaba ahora la cabeza fuera de las habitaciones ni para comer. Rosalía y doña Josefa solían venir á verla, aunque no con la frecuencia de antes, huyendo el contagiarse de murria en aquella mansión de infelicidad. Juanita Pérez era la única fiel, la sola que soportaba con servil paciencia, y á trueque de un mendrugo y de una pitanza, la acrimonia de María. En calidad de compañera asalariada, más bien *nurse* que amiga, sufría las asperezas de la enferma. Su hermana mayor tuvo que hacerse con una criada para cumplir las antiguas obligaciones de Juanita.

María sufría como nunca, y las personas allegadas á ella no sufrían menos, ante aquella mujer

pálida, surcada de arrugas prematuras, que se acusaba á sí misma continuamente de ser causa de su infelicidad y de la infelicidad de los suyos; que veía ó creía ver de noche, ya en sueños, ya en insomnios, fantasmas, muertos, ángeles, llamas de infierno ó sangre de alguna degollina. María rehusaba todo alimento, creyéndose indigna de la vida y declarándose pronta á matarse de inanición. Era un martirio para todos, máxime para Crispín. Cada vez que su mujer se juraba indigna de alentar y causa de la infelicidad doméstica, el marido se figuraba que aludía á falta conyugal, á la falta deshonorante de que la acusó el anónimo. Pero otras veces se negaba á dar asenso á tales suposiciones, por considerarlas descabelladas.

Sentía á veces vivos impulsos de interrogarla. La sorda sospecha, nunca desvanecida totalmente, separaba su corazón de aquella mujer á quien, sin embargo, se empeñaba en creer y aun creía inocente.

En ocasiones, Crispín, huyendo á las reyertas con su mujer, y temeroso de lanzarle en el calor de una disputa el secreto á la cara—porque no quería, porque no podía, porque prefería la duda á la seguridad de la falta, porque temía lanzárselo, no fuera María en cólera y por desventura á confirmarlo—, escabullíase del aposento connubial, y como en las piezas de su madre no encontraba sino recriminaciones y animadversión, se marchaba cabizbajo, perezoso, vencido, al corral. Allí se echaba en la obscuridad y el silencio nocturnos sobre las piedras del lavadero. Miraba al cielo, testigo de su amargura, y meditaba en el derrumbamiento de todas sus ilusiones, en presencia de las estrellas.

Cuando la servidumbre extinguía las luces de

la casa, cuando ya todos estaban durmiendo, él se descalzaba para no hacer el menor ruido, y con sus zapatos en la diestra, y deslizándose por el caserón en quietud, iba á echarse en el canapé adonde le recluyera el desafecto conyugal, á veces sin desvestirse, temeroso de despertar al niño ó para evitar las amonestaciones de su mujer.

En una ocasión quedóse dormido sobre las piedras del lavadero. Cuando se despertó estaba hecho una sopa. La fina lluvia nocturna lo había calado hasta los huesos. Al día siguiente amaneció con fiebre y una fluxión de pecho. Tuvo que tomar cama, y como la enfermedad degeneró en pleuresía, por mucho tiempo debió permanecer en reclusión.

Poco á poco, al cabo de muchos días de padecer, fué recobrándose. Cuando pudo tenerse en pie, descolorido, esquelético, pensó lo primero en restituirse á sus tareas del almacén. Pero allí estaba el imprescindible y tieso doctor Tortícolis con su cuello de ocho centímetros de altura y su eterna levita de ceremonia, que lo previno diciéndole:

—Si usted quiere salvarse, amigo mío, debe someterse á un tratamiento higiénico. Váyase inmediatamente al campo, á Los Teques. Nada de trabajo intelectual. Descanso, mucha alimentación, mucha superalimentación: comer, llenarse y seguir comiendo. Mantequilla á pasto. Tomar sus copitas de coñac. Beber leche fresca y buen burdeos. Y las medicinas que le indiqué: cápsulas creosotadas y Wampole.

E inclinándose al enfermo le agregó al oído:

—¡Ah! Y nada de contacto sexual.

Crispín Luz sonrióse melancólicamente. Luego preguntó:

—¿Pero cómo me voy al campo, doctor? ¿Y el almacén? ¿Y el niño?

—Nada, nada. Lo primero es la salud. Al niño lléveselo. El campo le probará. Lo mismo que á la señora. Todos esos pulmones han menester de oxígeno.

—¿Pero al campo, doctor? ¿Solos? ¿Sin usted?

—Tranquilícese. Yo iré á verlos de cuando en cuando. Además, en Los Teques hay excelentes facultativos. Yo les indicaré allá un buen médico: discípulo mío de patología interna. ¡Supóngase!

Días después partían Crispín, María, la inseparable Juanita Pérez, el niño y la nodriza para *Cantaura*.

VIII

El aire puro de las montañas, las aguas vivas que formando chorreras caen de las cumbres y se empozan en cristalinos pozos, la leche al pie de la vaca, las caminatas al sol, el ajetreo y la despreocupación del campo, iban reponiendo á María, devolviéndole el sueño, barriendo las alucinaciones nocturnas, tornándola poco á poco, física y moralmente, á su primitivo ser.

(*Mens sana in corpore sano*—recordaría el doctor Luzardo.)

Comía, engordaba; iba despercudiéndose, perdiendo el marfil añejo de la piel. Su hígado, su estómago, toda su maquinaria funcionaba con regularidad. Los nervios asumían más sumisa actitud. Las ideas negras, según ella misma las llamaba, rompían á volar como fuga de cuervos. La historia de sus lamentables amores no le embargaba el ánimo de continuo, como entre las cuatro paredes de su habitación, en Caracas. Con la salud recobraba, sin darse cuenta, longanimidad y mansedumbre, y su corazón poníase tan rozagante como su cara.

El mismo chiquitín, aunque apenas sacaba la nariz fuera de los corredores, dió en curarse de los ojos, en volverse un mamoncito de primera; en una palabra, se resolvió á sanar y á vivir, aferrándose con sus manazas al seno de la nodriza y reclinan-

do cómodamente la cabezota de hidrocéfalo en el regazo del ama.

Sólo Crispín no mejoraba. Seguía flacucho; la fiebre lo invadía á la tardecita; sudores copiosos empapaban su piel y las ropas de su lecho. El menor esfuerzo lo agobiaba. Comer, no comía, á pesar de la prescripción médica. Parecía un espectro de puro flaco. El pescuezo le bailaba dentro del cuello de la camisa, ya holgado en demasía para aquella magrura. Las manos, huesudas, largas, nudosas de coyunturas, sólo pellejo y huesos, se dirían las de un esqueleto. Los pómulos salientes, rosados por la fiebre, los hundidos ojos, las arrugas, el pergamino del rostro, toda su descarnada figura inspiraba compasión. A veces, repantigado en un butaque, en el corredor de la casa, ensayaba disipar su tedio con la flauta, pero no bien soplaba un momento en el orificio, postrábase desfalleciente.

—Es como si levantara un peso de mil kilos —decía.

Y entonces Juanita Pérez, para lanzar una saeta y para distraer la morriña del pobre Crispín, agregaba:

—¡Ah, sí! Como si hubiese cargado á alguna de las Luzardo, ¿no es cierto?

—Cuando me cure—decía á su mujer—haremos un viaje por mar. Iremos á Trinidad, á Ciudad Bolívar. Quiero embarcarme en un gran vapor. Quiero conocer el Orinoco. Di, María, debe ser curioso, ¿no es verdad? ¿Recuerdas *El Soberbio Orinoco*, de Julio Verne, que leíamos juntos?

Memoraba su luna de miel, corrida en aquella misma casa de *Cantaura*, poco tiempo atrás. Se la pasaba recordando su primer amanecer en la montaña: á Petronila, coquetona y endomingada, echán-

dole maíz á las gallinas; á Juana, que le dió una camaza de leche recién ordeñada; á Juan, el hijo de la cocinera, que hendía leña en un rincón de la cocina y que le presentó un ramo de flores. Y luego la carrera de María hacia la cama, cuando la sorprendió en camisa, casi desnuda, y la vocecita de la esposa que decía:

—Si es que me da pena, Crispín. De veras, me da pena. Tú, vestido; y yo, así.

A menudo la llamaba:

—¿María?...

—¿Qué quieres?

—Siéntate junto á mí; ven.

La esposa aproximaba una silleta á la mecedora de Crispín.

—¿Te acuerdas, María, de nuestra luna de miel? ¿Te acuerdas del viaje á caballo? ¿Te acuerdas del ramo de flores y de la camaza de leche que te llevé á la cama aquella primera mañanita de campo? ¿Te acuerdas?

María se acordaba, ¡cómo no! de aquel pasado de ayer. ¡Pero por cuántos vericuetos y precipicios había discurrido su alma desde entonces! ¡Su pobre corazón sufrió tanto! ¡Qué enfermo debía de estar, ahora se lo explicaba ella, ahora que su corazón convalecía! Fuera de las cuatro paredes de su casa, lejos de cuanto mantenía latente en su ánimo la fresca y emponzoñada herida de amor; sin el obligado pensamiento de su amargura, gracias á distracciones y novedades de la vida campestre, curada físicamente por las montañas, y moralmente por el tiempo—gran doctor—, María, después de la crisis, tornaba á la conciencia de sus deberes domésticos.

Dióse cuenta de la enfermedad de su marido, y pensó en la viudez y en la libertad como cosa pro-

bable. En lo íntimo de su alma algo se alegraba y sonreía ante la idea de la futura redención. ¡Volver á ser libre! ¡Ah, qué felicidad! Ahora, con su experiencia de la vida, ya no erraría al emprender otra vez rumbo. La idea de la viudez le sonreía y la angustiaba al propio tiempo. Hubiera querido hallarse viuda súbitamente, un día al amanecer, sin drama, sin peripecias. Le sucedía lo que á la persona que va en casa del dentista. Quiere sacarse la muela, para evitar el dolor; pero imposible de suprimir una pena sin otra. La persona titubeaba. Quisiera sentirse libre de la carie sin pasar por el martirio de las pinzas.

Los esputos de su marido le inspiraban un asco atroz, lo mismo que el pestífero aliento. Lo asistía, no obstante, sin forzarse en desechar, como hasta hácía poco, la idea de manumisión. Sí; pronto ya no sería más esclava. Necesitaba, pues, apurar aquel tósigo, ya cercano á las heces. Había que cumplir ese deber conyugal; «el último», pensaba ella.

Al chicuelo tampoco lo quería como una madre debe querer, como ella se sentía capaz de amar á otro hijo suyo. Sin embargo, acaso porque fué acostumbrándose al retoño, merced acaso al apego invencible por los renuevos que la Naturaleza pone en el corazón de los padres en obsequio de la especie, para salvarla de la extinción, acaso por no escandalizar con lo desusado é inhumano de su flaco sentimiento de maternidad, lo cierto es que ya no abominaba en agrias parlurías del pequeñín, sino más bien se aficionaba ó fingía aficionarse del sin ventura, y hasta deseaba con sinceridad, en ocasiones, que viviera y creciera.

Cuanto á Crispín, ya no dudó de su mujer, y no sólo desechó como infame la idea de infidelid, sino que el natural queredor, bueno, del infeliz, fué

reaccionando poco á poco, á medida que la esposa perdía en rispidez. Y como ésta, convenciéndose cada día más del inevitable y próximo fin de su marido, le mostraba cada vez mayor solicitud, como si quisiera reparar todas las injusticias anteriores, el optimismo de Crispín, el ciego y absurdo optimismo que tan caro le costaba á su inexperiencia, y que no desaparecía ni con sufrimientos ni á las puertas de la tumba, terminó por imponerse.

Las tardes iban todos á un colladito accesible, cercano, á contemplar las puestas del sol. Era un capricho de Crispín. Apoyándose en el brazo de su esposa, y á veces también en el brazo de Juanita Pérez, caminaba el pobre enfermo, paso entre paso, penosa, trabajosamente. Por fin se llegaba, y sentándose en las sillas que Juan y Petronila conducían desde la casa, admiraban aquellas fiestas polícromas del cielo.

Desde allí se divisaba un horizonte de montañas lujuriantes de vegetación, un rompecabezas de montes y quebradas imposible de descifrar. Parecía absurdo querer salir de aquella cumbre sino volando por encima de crestones y cañadas de la cordillera. En lo profundo de las quiebras la obscuridad se escondía. Luego las laderas iban clareando, hasta las cumbres, que chispeaban como esmeraldas al sol del crepúsculo. Y allá en la lejanía, sobre el último picacho, la gloria del poniente. El sol, arquero velado de su broquel, á veces no se descubre, pero irradia en todo el cielo de Occidente luces divinas, nácares, conchas rosadas, surtidores de gualdos fuegos. Ya son fingidos ánsares albicantes, palomas carmesíes, dragones de oro, flamencos de rosa; ya son lagos de ópalo, fuentes de topacios en fusión, cascadas róseas gemas y arquitecturas grises y pizarrosas, por cuyos venta-

nales y boquetes surgen llamas de incendio; torres de amatista, pilares de alabastro, cúpulas de cornalina. Triunfa en el vasto azur la gama del oro; en la joyería asiática del crepúsculo predominan crisólitos, crisoberilos, rubicelas, jacintos y topacios, rosas de fuego y lirios de sol. Predomina en el poniente la gama entera del amarillo, desde el jalde profundo hasta el diamante de aguas atopaciadas.

Joaquín y la señora de éste solían venir por las mañanas. El hermano acompañaba al enfermo en el corredor, ó bien del brazo lo sacaba al sol y á caminar un poco por los senderos, bajo los yagrumos, los guamos, los guayabos y los membrillos, ó por entre los cafetales, ahora maduros.

—Respira este aire—le decía Joaquín—. Esto va á ponerte bueno muy pronto. Me pareces muy débil.

El enfermo tosía con ruido extraño, como si dentro de su pecho se quebrasen en añicos cosas frágiles y sonoras.

—Deseo curarme pronto. Mi anhelo es hacer un viaje por mar. Nunca me he embarcado. Será delicioso eso de que uno esté como en su casa, y sin embargo adelantando y sobre el mar.

Pero no había que andar lejos. Se fatigaba mucho. La conducta de su mujer; «el retorno—como él pensaba—del antiguo afecto»; el que su mujer lo atendiese con solicitud y sufriese y perdonase sus impertinencias de enfermo, lo tenía conmovido.

—María es una santa—decía á su hermano—. ¡Estuvo tan mal de los nervios la pobre! Pero el campo la ha transfigurado en corto tiempo. Yo también me pondré como un hércules; como tú, Joaquín.

María aprovechaba los paseos matinales de

Crispín para salir ella con la concuñada. Iban de preferencia á bañarse juntas á un pozo rebosante de agua cristalina frígida. De la cima de un monte se desprendía el chorreón bullente con gran estrépito; caía en una piedra cóncava, como la taza de gigantesca fuente, y formaba allí la más deleitosa bañera. Luego el agua del pozo corría un trecho dentro de un canal por la Naturaleza labrado en la roca, y se despeñaba á su turno sobre otra piedra, formando nueva cascada y nuevo pozo. De allí desparramábase hasta perderse en varias venas de agua, en acequias, por entre los cafetales.

Las mujeres llegaban; se zambullían, y chapuceando y riéndose como ninfas, pasaban una hora feliz, dentro de aquella agua fresca, á la sombra de los árboles, entre cantos de capanegras, paraulatas, azulejos, turpiales y cien pájaros más que allí cantaban y anidaban de continuo, por donde se conocía el pozo con el nombre de *Pozo de los Pájaros*.

Joaquín Luz no creía en la gravedad del hermano. Cuando la esposa de Joaquín hacía hincapié en los esputos, en los pómulos róseos, en la fiebre no interrumpida, en los sudores nocturnos, en la demacración, en los hombros puntiagudos, éste, de la mejor buena fe, la tranquilizaba.

—No, mujer. No lo creas desahuciado. Crispín siempre fué enclenque y canijo. Cuando niño, por cualquier cosa le daban unas bronquitis del diablo. Yo le he visto peor. Verás cómo sana.

La señora, más incrédula, gesticulaba, respondiéndole:

—No, Joaquín. No haya ilusiones. Está malo; está tísico el pobre. Yo no permito que los muchachos nuestros vayan mucho por allá. Para mí es caso perdido.

IX

Una mañana se presentó Joaquín Luz á caballo, más temprano que de costumbre, vivaz, dando voces:

—¡María! ¡Crispín!

—¿Qué es? ¿Qué hay?

—Es necesario prepararse á partir inmediatamente.

—¿Partir? Pero ¿por que?

—La guerra acaba de estallar. El general Hache se alzó anoche en el Guárico.

—¿Pero nosotros por qué hemos de partir?—preguntó Crispín, extrañándose de la actitud y premura de su hermano—. ¿Por qué hemos de partir cuando aqui todo está en calma, y lo estará aún por mucho tiempo?

—¡Crispín, por Dios! Tú no sabes lo que dices. Oye: acabo de recibir comunicación y órdenes terminantes del Comité revolucionario de Caracas. Mañana, al amanecer, me alzo yo aquí.

—¿Tú? ¿En *Cantaura?* Pero ¿estás loco? ¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

Y como Crispín estaba viendo los granos de café, rojos, maduros, cimbreando las matas, y la cosecha en vísperas, no se explicaba el absurdo abandono de la finca, y con su buen sentido en alarma, increpó á su hermano:

—¡Es un crimen, Joaquín! La cosecha, la finca, todo va á perderse. Es un crimen. Cuando pudiéramos ponernos á flote con la venta del café y un poco de economía... Nos vamos á arruinar. ¡Qué locura!

—No es locura. *Cantaura*, tarde ó temprano, vendrá á caer en manos de Perrín. La cosecha, además, es mediocre. El último deshierbo de este año, como ves, no lo hice. ¿A qué gastar dinero, con la guerra encima y para beneficio de Perrín? Además, empeñé mi palabra. Un golpe de fortuna en la política puede salvarnos á todos. La intempestiva es la guerra. Mejor hubiera sido dentro de dos ó tres meses; pero ¿qué hacer?

—¿Y su familia, Joaquín?—preguntó María, en alarma.

—Hoy mismo sale para Caracas. Ustedes se alistarán para irse también volando. Yo debí alzarme esta mañana: son las órdenes. Pero imposible reunir la gente. Será á la noche ó al amanecer. Prepárense, pues, á tomar el tren de la tarde.

Y torciendo su caballo, se perdió á la carrera entre los cafetales.

María empezó á empaquetar á toda prisa, aterrorizada, viendo por todas partes fusiles apuntados sobre su pecho y espadas prontas á tajar su cuello. Juanita Pérez chillaba. Crispín se enfurecía. ¡Tan bien que les iba á todos en *Cantaura!* ¡Qué lástima! ¡Condenada revolución! Y nadie había soplado una jota de guerra.

Joaquín les dejó, al partir, la proclama del jefe insurrecto, publicada en Caracas y circulando ya, de fijo, en todo el país; una proclama impresa, repartida con antelación al alzamiento, ampulosa, como buen documento subversivo, en donde se juraba derrotar la tiranía, salvar la patria y di-

fundir, á bayoneta limpia, la felicidad. Allí se invitaba á los venezolanos, con toda la altisonancia de nuestro altisonante lenguaje político, á cumplir la tremenda obra de redención; á los venezolanos, sin diferencia de banderías, á los hombres de buena voluntad, sin exclusivismos partidarios. *Redentores* se apellidaban á sí mismos los rebeldes. Y la revolución se titulaba grotescamente la *Revolución Redentora*.

A la postre se convino en que ambas familias partirían al siguiente día, imposible como era el viaje con la premura que Joaquín deseaba.

Esa noche, apenas obscureció, fueron llegando y congregándose los *redentores*. Eran los pobres diablos de peones y campesinos comarcanos, improvisada carne de cañón, futuras víctimas, incapaces hasta de saber descifrar la proclama de guerra, aquel documento enrevesado que los entusiasmaba, sin embargo, aunque ignorando por qué. Iban presentándose con sigilo, uno á uno ó en grupos, con precauciones de conspiradores de teatro, el arma debajo de la *cobija* ó manta, y se instalaban en los corredores y contornos de la casa ó en los patios de la Trilla. Los más cautelosos ocultábanse á dormir entre los árboles.

Apenas amaneció estaban descuartizando varias yuntas de bueyes, y trescientos montañeses asaban en puyas de palo, al fuego vivo, trozos de carne. Los más precavidos se comían un pedazo y guardaban lo restante como bastimento en la marusa ó morral y hasta en capoteras de lienzo blanco, ya morenas de puro sucias. Vestía la mayor parte calzoncillo y calzón, franela y blusa, por toda muda; en la cabeza sombrero de cogollo, de alas tendidas, y alpargatas en los pies. Otros iban de camisa, y no faltaban algunos de paletó. Los

había fajados con cinturones dobles, en cuyo vano guardaban el dinero, si lo tenían; otros ceñían á la cintura una simple correa con un bolsillo de cuero. De la correa ó del cinturón de cada quien pendía, en su vaina, un cuchillo de monte, más ó menos largo, y ostentaban algunos en el cinto revólveres y puñales. Los más previsores se habían terciado un guaral, á manera de tahalí, á cuyo extremo colgaba una taparita con aguardiente ó con café, según la temperancia ó preferencia de cada uno. A veces al extremo del bramante ceñido á la bandolera no colgaba una taparita de café ó aguardiente, sino un cuerno de toro, hueco y ya preparado para servir de vaso.

Algunos, fogueados en antiguas guerras, se burlaban de los novicios, daban consejos ó referían cuentos militares, cosas de guerra, y lucían viejos sables con talabartes de cuero flamante ó adornados con vistosos tahalíes, ya de lana, ya de estambre. Las espadas eran curiosas, dignas de un museo, de tamaños, condiciones y orígenes diversos: desde las puntiagudas y angostas como aguijones ó pinchos, hasta las de tarama de plata y ancha hoja, llenas de majestad y ponderosas, capaces de competir con Durandal.

En punto á curiosidad en armas de guerreo no había que parar mientes: allí se hermanaban tercerolas de cañón doble, para cargar con cartuchos, y carabinas de un cañón, de las que se disponen con guáimaros, pólvora y taco. No escaseaban winchesteres, y los menos parecían los máuseres, restos salvados de antiguas rebeliones. Lo que sí portaban todos eran *cobijas* y *machetes,* abrigo y arma indispensables é inseparables del campesino de Venezuela.

Joaquín Luz se presentó por fin á caballo, se-

guido de ocho ó diez jinetes más: el estado mayor, jinetes que ostentaban espadas y winchesteres de estreno. Era indisputablemente un bello espécimen de hombre Joaquín Luz: de apostura varonil, robustas espaldas, erguida cabeza y desenvoltura de ademanes. Su charla jovial, su risa franca y hasta su negra barba, cuidadosamente recortada, le granjeaban voluntades entre los campesinos. A la simple vista se comprendía que aquel hombre, muy superior á aquella horda, tenía que ser el comandante. Vestía blusa de casimir azul marino, cuellierguida y abotonada á semejanza de un dolmán. La blusa, de pliegues verticales, se ajustaba con cinturón de la misma tela. El pantalón era del mismo color y paño, y ceñía por fuera del pantalón, hasta la rodilla, polainas de charol usadas, con hebillas metálicas. Montaba un caballo brioso, crinudo, de color zaino. Sobre las piernas del jinete, al desgaire, la *cobija* de bayeta azul y roja, igual á la del más pobre campista, caía á ambos lados, junto á los estribos.

Las dos familias estaban ya en la casa de la hacienda liando los últimos paquetes para partir esa mañana misma. Acercóse Joaquín al grupo del corredor, sin desmontarse; echó hacia atrás el sombrero alón de terciopelo azafranado; se ladeó en la montura; dijo algo al oído de su mujer, que lloraba como una Dolorosa, fué besando á sus hijos, á quienes Juan, el criado, suspendía hasta los labios paternos; abrazó á Crispín, se despidió de María, de Juanita Pérez, de Juana la cocinera, de Petronilla, de Juan, de todos; y súbito, abriendo su caballo hacia el patio, después de la última despedida, le dirigió la palabra á su gente, campechano, como buen camarada.

—Muchachos—les dijo—, supongo que todos irán

contentos. Que ninguno vaya contra su voluntad. El que no quiera acompañarme que lo avise: es tiempo todavía.

Los más próximos al improvisado cabecilla respondieron:

—Sí queremos.

—Todos queremos.

Alguno hasta gritó:

—¡Viva nuestro jefe!

—¡Vivaaaa!—repuso el coro.

La esposa de Joaquín lloraba á lágrima viva. Los hijos, los mayorcitos, emocionados por el prestigio paterno, rompieron asimismo en sollozos.

Entusiasmado con los vivas y con la sumisión de su hueste, Joaquín, empinándose en los estribos, la arengó:

—Bien, compañeros. Partamos á la guerra. Nuestra causa lo exige. Nuestra patria lo necesita. Abandonemos nuestros hogares, hagamos el sacrificio de nuestras vidas para derrocar la tiranía é imponer la legalidad y la justicia. Las armas las tiene el enemigo. A quitárselas. ¡Viva la Revolución!

No se oyó sino un sólo grito, sonoro, ardiente, entusiasta:

—¡Vivaaaa!

El cabecilla había espoleado su caballo, y ya se perdía entre los árboles seguido de jinetes y peones.

La esposa del insurrecto, abrazada con su primogénito, continuaba llorando.

—¡Pobre Joaquín!—suspiró.

—¡Pobre Venezuela!—subrayó Crispín—. El no. El es feliz. ¿No ven ustedes cómo los sigue esa muchedumbre, adonde la lleve: al bien, al mal, á la muerte? Parece un señor feudal.

A las dos horas poco más de haber partido Joa-

quín, oyóse de nuevo tumulto de tropa. Uno de los niños que salió al patio, dijo candorosamente:

—Debe de ser papá que se devuelve.

Pero no, no era papá que se devolvía. Era tropa de línea; eran fuerzas del gobierno acantonadas en Los Teques, que acababan de saber el alzamiento ocurrido en *Cantaura* y corrían á sofocar la insurrección.

—Vete, Juan, que te cogen—gritó la vieja cocinera á su hijo, único ser con pantalones que, aparte Crispín, había quedado para transporte de la familia y vigilancia de la hacienda.

Corrió; pero no tan rápido que no lo vieran.

—Allá va uno desgaritado—observó un teniente.

—Párese, amigo—le gritaron.

Y como el prófugo no se detuvo sonó una descarga: ¡poum, poum, poum!

Por fortuna, Juan corría como un gamo y logró emboscarse, rumbo al conuco suyo.

Los soldados lo persiguieron.

El comandante de la fuerza, entretanto, muy atento, muy respetuoso; tranquilizaba á la familia, presa de la más atroz angustia. No había por qué alarmarse. El no era un verdugo. Pero recomendaba el viaje á Caracas lo antes posible. Los malhechores cundían en tiempo de guerra.

Juana, la cocinera, queriendo granjearse la voluntad del oficial, le obsequió con una taza de café, que éste se puso á apurar con la mayor confianza.

Los soldados, de su cuenta, huroneando, entraban y salían por todas partes. Petronila, muerta de miedo, se guindaba de las faldas de María. Juanita Pérez ofrecía en sus mientes una promesa á Santa Rita, abogada de imposibles, si la sacaba con vida de aquel trance. Crispín maldecía la guerra. La esposa del cabecilla fingía serenidad. Los

muchachos lloraban. El oficial, sorbo á sorbo, apuraba su café.

De repente, un traqueteo y una llamarada, á lo lejos, solicitaron la atención. Los soldados habían incendiado un rancho de paja contiguo á la Trilla.

A poco llegaron otros soldados, arrastrando un cuerpo. Era Juan, expirante, acribillado á tiros.

La pobre madre, la vieja cocinera, al ver á su hijo sanguinolento, exánime, rompió en alaridos.

—Eso no es nada, vieja—dijo un soldado.

Perdido el miedo, colérica, desesperada, desafiadora, la pobre anciana, mostrando el puño cerrado, épica en su dolor, rugió:

—¡Asesinos!

Otro soldado, dirigiéndose al moribundo, como si el moribundo estuviese para chanzas, dijo con sonrisa idiótica ó malvada:

—Anda, buen mozo, aliéntate para que sirvas á la patria.

La vieja, al oirlo, gruñó desesperada:

—¡La patria! ¡Maldita sea!

El oficial, siempre muy relamido, se empeñaba en consolar, demasiado vivamente, á Petronila.

Crispín, agitando su cuerpecito endeble, apostrofó á los militares, hecho una furia; pero el esfuerzo y la excitación lo hicieron caer en la poltrona, sudoroso, jadeante, descolorido.

La soldadesca partió, por fin, llevándose cada quien una gallina, un pantalón, una almohada, el cántaro del tinajero, los cazos de la cocina, cualquier cosa, lo que hubieron á mano.

Al pasar, sacudían brutalmente los arbustos de café. Los granos, olorosos, maduros, rojos, caían por tierra, perdiéndose, como inútil llovizna de redondos y encendidos corales.

X

No bien hubo regresado á Caracas, Crispín se puso peor. Ya no le fué apenas posible abandonar el lecho. El grave Tortícolis no cumplió la promesa de visitar al enfermo en la campaña.

Restituído el paciente á Caracas, cuando el médico lo vió, cuando lo auscultó, cuando pudo constatar los progresos de la tuberculosis, salió de la pieza del doliente sobándose las manos, arqueando las cejas y poniendo la boca en figura de O.

—¡Increíble en tan corto lapso! Ambos pulmones averiados, perdidos. Cavernas así...

Y el médico, en ademán de exageración, hacía un círculo con índices y pulgares.

La noticia corrió por la ciudad entre los conocidos. Los amigos de la casa, los parientes, los compañeros de almacén, acudían á demandar nuevas, á saludar, á poner de relieve su cordialidad.

De día en día Crispín se agravaba. Aquello era una carrera tendida á la eternidad. El pellejo parecía pegado á los huesos. De la nariz á las comisuras bocales se plegaban dos arrugas enormes que lo avejentaban de treinta años. El pelo, no cortado con la periodicidad antigua, crecía en mechones, y los numerosos y prematuros hilos de plata se apretaban en hacecitos, albicantes, en la fronda obscura y lacia de los cabellos. Su mirada orbicular de buho parecía salir de una calavera.

Rostros olvidados, antiguas sirvientes, rondaban la casa, pretextando inquirir nuevas del paciente. Hasta mujeres desconocidas, beatas de aspecto untuoso y desolado, se aventuraban en el zaguán y los corredores. Las beatas, como las moscas, buscan lo manido, se placen en los verdores de la descomposición, y se interesan mucho, sin que nadie se lo pida, en la salvación de almas ajenas. La casa hervía, pues, en personas de esas que andan en solicitud de ocasiones para rezos, misas y cuchicheos de sacristía.

La pobre María, en angustia, cuidaba de su marido como la más amante de las esposas, y apesarábase con ingenua sinceridad ahora por aquella vida en fuga. Las cosas apremiaron tanto, que un día se trató de llamar al sacerdote, para que prestase los últimos auxilios espirituales á Crispín.

—Todavía no—opinaba María, deshecha en llanto—. El está aún entero. Vivirá mucho tiempo más. Además, no cree en su fin. Sería angustiarlo. Yo no me atrevo.

Pero las Luzardo se alborotaban, se encabritaban como potros cerriles. Tratábase de salvar un alma. Fuera contemplaciones.

El viejo espíritu de la Inquisición las poseía: la salvación por el martirio. ¿Qué venía á ser la tortura sino un bien, puesto que el alma se redimiese de culpas? El dolor purifica. A confesarlo.

La osa mayor, humanizándose, limando sus geniales asperezas, trataba de convencer á María.

—¿Pero tú no ves, niña? Está agonizando. Puede perder de un momento á otro el conocimiento. Piensa en su alma, en su alma, que es lo principal.

—Yo no me atrevo á decírselo—lacrimeaba la esposa.

Horripilándose ante la probabilidad de que muriese el enfermo, y hábiles en estratagemas religiosas, las Luzardo sugirieron un plan.

—Dile, María, que has hecho una promesa á la Virgen del Carmen, para que lo cure. Dile que tú, que Rosalía y doña Josefa, que nosotras todas, vamos á confesarnos y á comulgar ese mismo día. A la postre, vencida por los ruegos y las excitaciones, se aventuró María á dar aquel paso.

Cuando expuso el mentido plan y le trató de la promesa, Crispín abrió desmesuradamente los ojos y dijo melancólicamente:

—Ya comprendo: piensas que estoy muy malo. Pero no. Yo te aseguro... No puede ser. ¿No es verdad? ¿Yo no me estoy muriendo, María, di?

Se iba angustiando con sus propias palabras.

La esposa rompió á sollozar.

Con el llanto de la esposa, el enfermo, ya en angustia, se desesperó. Pavorido, empezando á darse cuenta, temiendo comprender el extremo de su caso, y en la necesidad de agarrarse de una brizna de esperanza, preguntó llorando á su mujer:

—Di, María; yo no me estoy muriendo, ¿no es verdad?

Y como en acto de contrición repetía:

—Yo soy católico, apostólico, romano. Yo me confesaré. Que me traigan al padre Iznardi. Pero no; yo no estoy tan malo, ¿no es verdad?

María empezó á tranquilizar aquella angustia de moribundo que la transía de piedad y de dolor.

—No, Crispín; no creo que estás malo; no lo creas. Te confesarás mañana, pasado, cuando mejores, de aquí á un mes.

—Yo soy católico, apostólico, romano—repetía el enfermo, como en la esperanza de que por ser católico, apostólico y romano la muerte lo respetaría.

Convino en confesarse; más, acaso, en busca de muletas para su voluntad desfallecida, que en la comprensión clara del último trance; más bien como una morfina, á cuyo influjo había acostumbrado á adormecerse que en el deseo de purificar su alma para que sin mácula volase al regazo del Señor.

¡Purificar su alma! ¡Tanto daría blanquear la nieve ó perfumar la más oliente rosa! Había conservado ileso el candor de su alma, á pesar de la vida. Como un cadáver en hielo, como un feto en alcohol, su corazón en la llama de la fe se conservó sin pudrirse.

No se le pudo traer al padre Iznardi, como pedía. El padre Iznardi, puesto en entredicho por la superioridad eclesiástica, acababa de partir para Europa, á la carrera, descorazonado, vencido, prófugo, triste, muertas ya sus ilusiones de regeneración patria por medio de las doctrinas de Jesús.

El doctor Luzardo hizo venir, en defecto del padre Iznardi Acereto, á un clérigo español, capuchino de cabeza rasurada, luenga barba y aire duro; un fraile con fama de virtuoso, pero hediondo á tabaco, el aspecto de voluntariedad y soldadesco, sin una chispa en los ojos del sacro fuego que ardía en los de Francisco de Asís, sin aquella fraternidad inteligente de este santo poeta, que se llamaba á sí mismo hermano de los pájaros y de las estrellas.

Cuando el confesor penetró en la pieza mortuoria, Crispín Luz se debatía en un ataque de asfixia. Al ver al enfermo, el capuchino creyó que se escapaba aquella alma de sus grasientas manos, y en la brutalidad de su religiosismo estrecho, mugroso y carnicero cayó sobre la víctima.

—Persígnate, hermano.

Pero el hermano mal podía persignarse.

Alzando la cabeza de entre las almohadas, lívido, el cabello erizo, los ojos brotándose, las narices palpitantes, irguió el busto, mientras cabeceaba y manoteaba, desesperándose, en busca de aire.

—Persígnate, hermano. «Yo pecador...» Vamos, comienza: «Yo pecador...»

Nadie había tenido tiempo de retirarse. El doctor Tortícolis, en son de protesta, empuñó su sombrero y se fué. Rosendo, herido por la actitud del clérigo, dijo en tono de reproche:

—Padre, ¡por Dios! déjelo, que se ahoga.

El fraile fulminó con una mirada feroz hacia el punto de donde surgía la voz de amargura, la voz fraterna y compasiva.

El enfermo, tras un esfuerzo último, dejó caer la cabeza y permaneció un instante exánime.

—¡María! ¡María!—murmuró por fin con acento imperceptible.

—Aquí estoy, Crispín—repuso la esposa, tomando entre las suyas la flaca mano del enfermo.

El fraile snsistió:

—Hermano, olvida las vanidades del mundo. Rompe los lazos de la tierra. Piensa en Dios, que te aguarda. La misericordia del Señor es infinita. Vamos, hermano: «Yo pecador...»

Hizo una seña con la cabeza para que los circunstantes se alejasen, y fueron saliendo sobre la punta de los pies María, Eva, doña Josefa, Rosalía, Juanita Pérez, la esposa de Joaquín, las Luzardo, Rosendo, Ramón, Mario, Adolfo Pascuas y el doctor Luzardo.

Cuando el enfermo se dió cuenta de que todos lo abandonaban, se angustió horriblemente, y empezó á clamar:

—¡María! ¡María! ¡por Dios! ¡mi hijo!...

El fraile salmodiaba con energía:

—«Yo, pecador, me confieso á Dios Todopoderoso, y á los bienaventurados...»

El enfermo no decía nada.

—Vamos, repita, hermano.

Entonces, Crispín, el acento entrecortado por los sollozos, murmuró:

—¡Ahora no, padre! ¡Mi mujer!... ¡mi hijo!... ¡quiero!...

Lo que el infeliz quería, de seguro, era abrazarlos, verlos en torno; era no morir, no morirse sin hablar, sin decir algo que le estaba oprimiendo el pecho.

El fraile proseguía, impertérrito:

—«...y á los bienaventurados siempre Virgen María y San Miguel Arcángel...»

Desde la pieza contigua, adonde se refugiaron deudos y amigos, no se percibía sino un confuso cuchicheo; sordo rumor que, sin embargo, taladraba los oídos y las almas.

Y de súbito, cerniéndose por sobre las vagas lamentaciones y los sollozos del expirante, se oyó clara, concisa, enérgica la voz del fraile:

—Resígnate. Dios va á recibir tu alma. No llames sino á El.

XI

Acaban de sonar las cinco. El Este, cubierto desde temprano de masas de sombra, se agrisa un poco. La lluvia, fina y constante, buena para distender nervios y apocar espíritus, no cesa desde mediodía. La ciudad, velada por el velo opaco de la llovizna, parece amodorrada, bostezante, jaquecosa. Nadie transita las calles. Los raros á quienes la necesidad ó el deber echa fuera, al arroyo, se acogen al amparo de los umbrales y de los portones. A repartir el pan de la tarde, un panadero cruza, calado el impermeable, de amarillo desvaído, sobre su burro pelicano, entre dos serones cenizos.

A la puerta de la casa de Crispín Luz, los caballos negros de un coche funerario, impacientes contra su costumbre, cabecean, y se rompe un instante la monotonía del aguacero con el campanear de los frenos contra los pretales metálicos.

Caballeros vestidos de luto se agolpaban á la puerta, bajo los paraguas, en silencio. Apenas expira en los aires la campanada última de las cinco, los caballeros se abren en filas y se descubren, en acera y zaguán, último adiós y postrera reverencia al que pasa dentro de su urna forrada de paño negro y en hombros de seis empleados de la agencia funeraria.

Ya dentro del coche el ataúd, se le enguirnalda

en torno con guirnaldas de flores. Al través de los cristales, opacos por la lluvia, las flores parecen marchitas.

Rompe á andar el carro fúnebre con su fruto podrido adentro, y la comitiva lo sigue. Los señores dan saltitos para evitar los pozos de agua.

De la casa mortuoria sale un lamento, como de mujer que se hubiese torcido un pie.

***

A las nueve de esa noche ya había cesado de llover. Los relacionados se apresuran á cumplir el triste deber del pésame con la viuda y familia de Crispín Luz. Crispín Luz fué en concepto de cuantos iban llegando *un modelo*: buen hijo, buen esposo, buen padre, buen hermano, buen caballero, buen ciudadano, *un modelo,* en fin. Y para algunos el principal mérito del muerto consistía en haber sido por años empleado de confianza en la casa Perrín y compañía.

El señor Perrín, acatarrado, no pudo asistir al entierro é imposible exponerse á la humedad esta noche. Pero en su reconocimiento hacia el hombre de hierro, durante varios años de factotumismo, el señor Perrín ordenó á sus dependientes:

—Es necesario que ustedes concurran en cuerpo á los funerales del señor Luz. Fué un empleado *modelo*.

Y allí estaba esa noche toda la casa Perrín y compañía, menos el jefe.

—Imposible que el señor Perrín se expusiera á pillar una pulmonía—expresaba uno de los pequeños aprendices de Mercurio, como si el señor Perrín fuese una cantatriz.

El probable sustituto de Crispín, el que venía

reemplazándolo en la confianza y los quehaceres del almacén, decía:

—La casa se ha portado admirablemenie. Paga los gastos del entierro.

—Sí—añadía otro—, y eso á pesar de la desavenencia del señor Perrín con Ramón Luz.

—¡Y la corona!—exclamaba un tercero.

—Es de siemprevivas de porcelana y vale por lo menos 50 pesos.

—No exageremos—dijo Schegell concienzudamente, metiendo baza—; 50 pesos no cuesta, pero está facturada en 33'50 pesos.

Las charlas se localizaban por grupos. Al entrar se buscaba á alguno de los deudos del fenecido; se le veía y se era visto por él; se le dirigía alguna frase por el estilo de este cliché: «Lo acompaño en su sentimiento», ó se le palmeaba en el hombro como fraternizando en el dolor, ó bien se le estrechaba la mano con intención, el aspecto compungido, ó con gravedad cómica, mientras se le veía en los ojos fijamente con miradas de pesadumbre ó de conmiseración. Y se pasaba luego á cualquiera de los grupos adonde se encontrasen personas amigas, á conversar un rato de todo, hasta del muerto.

En uno de estos grupos de gente moza—amigos de Ramón y de Eva—, Lucio de Llosía dejó caer estas palabras, saboreando de antemano la sensación de importancia que produce el divulgar cosas no sabidas:

—El afortunado es Brummel.

—¿Afortunado por qué? ¿Se ha repetido alguna otra escena como la de Macuto?—preguntó alguien.

Y Esteban Galindo insinuó:

—Para su reputación de Tenorio basta y sobra con aquélla.

Lucio de la Llosía se amostazaba interiormente porque la parlería de los demás estaba impidiendo el que su noticia cayese con la gravedad que él deseaba. Tuvo que soltarla de rondón.

—Pues, señores, Brummel se embarca hoy en La Guayra para Europa.

—¿Para Europa él?

—Sí, hombre—dijo Llosía—; va como attaché de la Legación en Francia.

—¿Attaché de la Legación?—corrigió la mala lengua de Galindo—. Attaché de la ministra, dirás tú.

Ramón, que se acercaba al grupo en ese momento, y que por la gravedad de Críspín y el poco callejeo de esos días, no estaba al corriente de las novedades, preguntó:

—¿Y quién es el nuevo ministro en Francia?

—Cabasús Abril.

Ramón se alarmó.

—¡Válgame Cristo! ¿El general Cabasús Abril? ¡Pero si es un burro! No rebuzna por milagro. ¡Cómo es posible!

Entonces le explicaron. El secretario de la Plenipotencia sería Gil Fortoul, que sí sabe de esas cosas y manejaría el pandero. Cuanto á Cabasús, no era más que figura decorativa, de muy mal gusto, por cierto. Desterraban á Cabasús con una Legacía por temor de que se fuera á la Revolución. Y como la generala no podía separarse del querubín de Brummel, se lo llevaba de attaché.

—¡Bonita pieza la generala!—dijo Esteban Galindo—. No se apuren ustedes; dentro de poco figurará en París en colecciones de tarjetas postales y en alguna de esas posturas íntimas que sólo Cabasús y Brummel creen conocer.

—¡Excelente gobierno!—gruñó Ramón enfurecido—. ¡Qué atajo de pillos!

Y levantando el índice de la derecha, en tono profético añadió:

—Cuatro meses le doy de vida. Esto se desmorona, se lo lleva el diablo. Ya huele á muerto.

El petulante de la Llosía, aunque no sabía inglés, pronunció á trompicones esta frase de Shakespeare, cuyo significado conocía, y juzgó oportuno:

—*There is something rotten in the State.*

La casa resplandece. Faroles ó girándulas, distanciados de un metro, penden en hileras de las lumbres, y de las girándulas cuelgan á su vez y mariposean en el aire cintas negras. Fundas de lienzo blanco, listadas por negra franja de gro mate, disimulan la alegría de espejos y de cuadros, mientras que en el corredor de entrada hileras de sillas fúnebres, á ambas manos, aguardan las actitudes hipócritas de la condolencia.

En el gran salón de la casa no habían sino hombres. Las mujeres se refugiaban en la antesala, en torno de la viuda y de las amigas íntimas de la viuda. En la atmósfera flotaba un ambiente de creolina y de éter: el fenol desinfectante y el reactivo de los soponcios y de los ataques de nervios.

—¿Cuántos niños te quedan, María?—preguntaba una señora á la viuda, tuteándola, á pesar de una amistad muy de superficie.

—Uno, un varoncito.

—No es mucho—observó la buena señora.

—¡Pobre Crispín—gimió la viuda, sin pizca de ironía—; tan atareado siempre!

Y refería, la milésima vez aquella noche, la vida y los quehaceres de su marido. Y la señora olía, mientras conversaba, las sales de un pomo.

Eva, hacia el interior, en servicio de su madre,

á quien ya fué imposible ocultar la realidad, venía en frecuentes carreritas, sobre la punta de los pies, al comedor, adonde Rosalía, Ana Luisa Perrín y algunas otras íntimas se habían reducido á conversar. Allí estaban también Adolfo Pascuas, irreprochable en su traje negro, con cara de hastío, en un rincón, mudo, solo, y Mario Linares, muy nervioso, siguiendo con los ojos la figurita de Eva cada vez que ésta se alejaba, y empeñado, cuando la niña regresaba, en consolarla y distraerla, charlándole á la oreja con una solicitud que hacía cambiar sonrisas de inteligencia entre Ana Luisa Perrín y Rosalía.

Por fin los visitantes comenzaron á partirse.

Rosendo en la sala, Ramón en el corredor, y en el saloncito María y doña Josefa, asesoradas de Juanita Pérez, despedían el duelo. Bien pronto no quedaron sino las personas de la familia.

Cuando el portón de la calle traqueó para cerrarse definitivamente esa noche, ya extinguidas las luces, María comprendió por primera vez lo irremisible de la ausencia de su compañero; y á pesar de la infelicidad de su matrimonio, á pesar de sus vanos ensueños de viudez y de libertad, á pesar de todo, rompió á llorar de veras con llanto generoso é irrestañable.

FIN

Cárcel de Ciudad Bolívar, 1905.







